



Matthew Lipman

Lisa



C I F i N

Textos de Filosofía para Niños

MANANTIAL

Título original: *Lisa*
© Matthew Lipman, 1976, 1983

Colección: Textos de Filosofía para Niños
Directoras de la colección: Gloria Arbonés y Stella Accorinti

Traducción: Horacio Pons
Revisión técnica y adaptación: Gloria Arbonés y Stella Accorinti

Diseño de tapa: Juan Marcos Ventura

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 1999, de la traducción y de esta edición para Argentina y Uruguay
Ediciones Manantial SRL
Avda. de Mayo 1365, 6° piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: 4383-6059 / 4383-7350
e-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

Centro de Investigaciones en Filosofía para Niños (CIFIÑ) - Argentina
e-mail: cifiñ@hotmail.com
URL: <http://www.izar.net/fpn-argentina>

Impresos 1500 ejemplares en febrero de 2005 en
Talleres Gráficos Leograf SRL,
Rucci 408, Valentín Alsina, Argentina

ISBN: 987-500-026-4

Derechos reservados

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| CAPÍTULO 1 | 9 |
| EPISODIO 1. <i>¿Podemos querer a los animales y a la vez comerlos?</i> | 9 |
| EPISODIO 2. <i>Ari evalúa qué es una pregunta</i> | 18 |
| CAPÍTULO 2 | 23 |
| EPISODIO 3. <i>El juego de las citas</i> | 23 |
| EPISODIO 4. <i>La llegada del señor Lamonedá</i> | 28 |
| CAPÍTULO 3 | 35 |
| EPISODIO 5. <i>Cena en la casa de los Jarosky</i> | 35 |
| EPISODIO 6. <i>Kio se cae por las escaleras</i> | 40 |
| EPISODIO 7. <i>El profesor Sáenz recibe una reprimenda</i> | 44 |
| CAPÍTULO 4 | 47 |
| EPISODIO 8. <i>El funeral de Pablo</i> | 47 |
| EPISODIO 9. <i>¿Toni debe pelear con Sebastián?</i> | 52 |
| CAPÍTULO 5 | 57 |
| EPISODIO 10. <i>Las tres cabezas del gigante</i> | 57 |
| EPISODIO 11. <i>Molestan a María</i> | 62 |
| EPISODIO 12. <i>El intento de salvar al profesor Sáenz</i> | 65 |

| | |
|--|-----|
| CAPÍTULO 6 | 71 |
| EPISODIO 13. <i>Lisa va de compras</i> | 71 |
| EPISODIO 14. <i>El partido de fútbol</i> | 73 |
| EPISODIO 15. <i>Malena y su abuelo visitan a los babuinos</i> | 81 |
| CAPÍTULO 7 | 89 |
| EPISODIO 16. <i>Lisa recuerda cosas pasadas mucho tiempo atrás</i> | 89 |
| EPISODIO 17. <i>El padre de Lisa pierde su trabajo</i> | 92 |
| CAPÍTULO 8 | 97 |
| EPISODIO 18. <i>¿Siempre podemos creer en lo que nos dice un libro de texto?</i> | 97 |
| EPISODIO 19. <i>Suki consuela a Lisa</i> | 101 |
| EPISODIO 20. <i>La escuela realiza un concurso de belleza</i> | 104 |
| CAPÍTULO 9 | 111 |
| EPISODIO 21. <i>Asaltan a Miguel</i> | 111 |
| EPISODIO 22. <i>Lisa siente la tentación de subrir al auto de un extraño</i> | 115 |
| CAPÍTULO 10 | 121 |
| EPISODIO 23. <i>El viaje en barco por el río</i> | 121 |
| EPISODIO 24. <i>La cadena y el cable</i> | 125 |
| CAPÍTULO 11 | 131 |
| EPISODIO 25. <i>Ser amigos y querer a alguien</i> | 131 |
| EPISODIO 26. <i>El desafío del señor Pastorino</i> | 133 |
| EPISODIO 27. <i>La canción de Kio</i> | 137 |
| EPISODIO 28. <i>La señora Tessio encuentra trabajo</i> | 139 |
| EPISODIO 29. <i>La fiesta sorpresa</i> | 142 |

CAPÍTULO 1

EPISODIO 1. *¿Podemos querer a los animales y a la vez comerlos?*

—¡Devuélvanlo! —quería decirles Lisa a sus padres—. ¡Llévenlo de vuelta adonde lo hayan comprado!

Se sentó frente a su nuevo regalo de cumpleaños, un tocador con una hilera de lucecitas alrededor del espejo, exactamente igual a los de los teatros.

—¡Es lo mismo que si me hubieran dicho: “Tomá, ponéte linda”! —pensó—. Estaba segura de que nunca lo sería; era irremediable.

Pero aceptó el regalo con un “gracias” apenas murmurado, y ahora se descubría explorando su rostro en el espejo.

—No tengo un solo rasgo que esté bien —refunfuñó para sí misma—. Está todo mal. La frente es demasiado alta, los ojos están muy separados, la boca es demasiado grande y la nariz muy respingada. “¡Y miren esos dientes, separados como estacas!” —Incluso le fastidiaba tener las orejas un poco puntiagudas. De repente lanzó una risita, al recordar que un rato antes su padre le había dicho:

—Sabés, Lisa, con tus rasgos, tendrías que haber sido un fauno. —Todavía se divertía con la idea cuando su madre entró en la habitación. También la señora Tessio sonrió, al suponer que Lisa había usado el tocador.

—La cena está lista —dijo suavemente.

A Lisa le encantaba el pollo asado, y éste estaba especialmente bien cocido, así que la carne se desprendía de los huesos mientras su padre lo trozaba. Él sabía cuánto le gustaba la pata, de modo que le dio una. Estaba maravillosamente tierna y jugosa.

Se le cruzó por la cabeza el recuerdo de cómo había tratado de molestarla Miguel el otro día, en la escuela.

—Lisa Tessio come pollo muerto —había dicho. Pero ella no se había enojado. Simplemente se rió y contestó:

—¡Si hay alguien al que no le gusta el pollo, por lo menos como lo hace mi mamá, debe de estar absolutamente loco! —Pasó el plato para que le sirvieran más.

Luego de la cena, Lisa salió. Apenas llegó a la vereda, vio acercarse al señor Jaramillo, que llevaba a su perro con una correa. El señor Jaramillo era nuevo en el barrio; en realidad, Lisa no lo conocía para nada. Cuando pasaban frente a la casa de Lisa, el perro vio a un gato junto a un árbol y se lanzó en su persecución. El señor Jaramillo tiró de la correa y el perro quedó tendido. Se levantó en seguida, gruñendo y tironeando para alcanzar al gato, que había desaparecido detrás del árbol. El señor Jaramillo empezó a caminar, pero el perro se quedó quieto. Cuanto más tiraba y tensaba aquél la correa, más resistía el animal. El señor Jaramillo lo llamó, le gritó, pero el perro no se movió. Por último, el hombre tomó una ramita de un arbusto cercano y empezó a pegarle; inmóvil, el perro soportó los golpes. Lisa los miraba fijamente, horrorizada. Ni siquiera podía gritar. Súbitamente, dio un salto y trató de agarrar la rama.

—¡Deje de hacer eso! —ordenó furiosa.

Sorprendido, el señor Jaramillo se aferró a la rama y se volvió, preguntando:

—¿Qué tenés que ver con él?

Fuera de sí de rabia, Lisa exclamó:

—¡Yo también soy un perro!

Jaramillo se alzó de hombros y empezó a tirar de nuevo de la correa. Esta vez, el perro no se resistió y comenzó a caminar junto a su amo; pronto se perdieron de vista.

En el colegio, al día siguiente, Rodolfo García dijo:

—¡No sabés qué bien lo pasé este fin de semana! Mi papá me llevó a cazar patos.

—Hay que ser muy valiente para cazar patos —contestó Marcos sarcásticamente—. Siempre están fuertemente armados.

—Muy gracioso —replicó Rodolfo.

—Ni siquiera te los comés, así que, ¿para qué los matás? —insistió Marcos.

—Hay demasiados —dijo bruscamente Rodolfo—. Si los cazadores no matan a los que están de más, va a haber patos por todos lados.

—Claro, claro. Seguro que los únicos que afirman haberlos contado y decidido que son demasiados son los cazadores, para poder seguir cazándolos. Apostaría que van a seguir haciéndolo hasta que no queden más animales.

—¿Y qué? —intervino Miguel.

—La gente tiene derecho a cazar —le dijo Rodolfo a Marcos—. Hay leyes sobre eso.

—No sé... si hay leyes, no pueden decir algo a favor de la caza indiscriminada —retrucó Marcos—. Ahora me vas a decir que la gente tiene derecho a cazar lo que quiera, incluso a otras personas. Una vez vi una película sobre eso, y nunca la olvidé.

—¡Eso es ridículo! —replicó Rodolfo—. Matar personas es completamente diferente de matar animales.

—Pero si podemos exterminar a los animales porque decimos que hay demasiados, ¿qué impide que exterminemos a la gente si también creemos que hay demasiada?

Lisa había escuchado la conversación sin intervenir. Pero ahora señaló:

—Exacto, porque una vez que nos acostumbramos a matar animales, a lo mejor nos resulta difícil parar cuando se trata de gente.

Rodolfo negó vigorosamente con la cabeza.

—La gente y los animales son totalmente diferentes. No importa qué les hagas a los animales, pero tenés que recordar que no debés hacerles lo mismo a las personas.

La conversación derivó hacia otros temas, pero Lisa se quedó preocupada.

—¿Por qué todo parece tan simple —se preguntó— y después, cuando empezás a hablar, siempre resulta ser tan difícil? Marcos tiene razón: es horrible la forma en que matamos a los animales todo el tiempo. Pero para comerlos, primero tenemos que matarlos. No entiendo, ¿cómo puedo estar en contra de matar pájaros y otros animales, cuando me gustan tanto el pollo y la carne asada? ¿No tendría que negarme a comerlos? ¡Uf, estoy tan confundida!

El padre de Lisa estaba en su escritorio, escuchando música. Ella se sentó en un almohadón junto al sofá, y esperó que terminara la música. (Cuando se sentaba así en el aula, con las rodillas recogidas hacia el mentón y su largo pelo que caía a lo largo de la espalda, parecía una letra M, como le dijo una vez Ari Stotelmeyer.)

—Beethoven —dijo el señor Tessio.

Lisa no dijo nada.

—Cuarteto de cuerdas —dijo su padre.

Y Lisa siguió sin decir nada. Pero pensó:

—Él sabe que no puedo distinguir una pieza musical de otra. Pero recuerdo todo lo que me dice; ojalá me hablara más. —Entonces se acordó de su problema—. A lo mejor tendría que hacerme vegetariana, concluyó, luego de contarle a su padre la conversación con Rodolfo, Miguel y Marcos.

—Y tenés dos razones, según creo entenderte. Primero, sentís lástima por los animales. Y segundo, creés que si podés matar animales, tal vez podrías llegar a pensar que está bien matar seres humanos.

—Eso es. ¿Pero mis razones no tienen nada de bueno? Rodolfo dijo que no.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no?

—Dijo que había que matar animales porque hay demasiados. Y también que si no tuviéramos animales para matar, sería todavía más probable que hoy nos dedicáramos a matar personas.

—¿Dijo Rodolfo algo acerca de si los animales tienen sentimientos?

—No, no dijo ni que sí ni que no.

—¿Vos creés que los animales tienen derecho a vivir?

—Ay, pa, ¿cómo voy a saber? ¿Derechos de los animales? Nunca escuché nada parecido.

Su padre la miró serenamente.

—Te llama tu mamá —indicó. Lisa retorció los brazos y entrelazó los dedos hacia atrás, luego los desanudó. Se desesperó y salió de la habitación; su padre la miró apaciblemente mientras se dirigía a través del largo pasillo hacia la cocina, hasta que se perdió de vista.

* * *

—Oíme, Flo —exclamó Lisa—, ¿qué pensás? ¿Los animales tienen derechos?

—Debés de estar bromeando —se rió Florencia—. Nadie quiere reconocer que las personas tienen derechos, así que, ¿quién va a admitir algo parecido para los animales? Además, no puedo imaginarme algún día en un tribunal como abogada y representando a un gato al que le pisaron la cola.

—¿Y qué pasa con los chicos? —preguntó Marcos—. ¿Tienen derechos?

—¡Los chicos! —volvió a reírse Flo—. ¡Están a mitad de camino entre las personas y los animales! Eso es lo que cree alguna gente.

—Los chicos tienen derechos cuando crecen —comentó Beto Bazán.

—No —dijo Marcos—. Tenés derechos desde el momento de nacer. Tenés derecho a que te alimenten y te vistan. Tenés derecho a la medicina y derecho a la educación. Cuando sos chico, tenés un montón de derechos.

—¿Pero qué pasa con los animales? —insistió Lisa—. ¿Tienen derecho a que no los maten y se los coman?

Beto contestó:

—Tienen derecho a matarnos y comernos si pueden atra-

parnos, y nosotros tenemos derecho a hacer lo mismo con ellos.

—¿Lo mismo vale para matar personas? —preguntó Ari—. ¿El simple hecho de poder atraparlas nos da derecho a matarlas?

—Seguro —contestó Beto—. Y cuando pasa, decimos que es una guerra y entonces está bien.

Esa noche, Ari interrumpió a su padre antes de que el señor Stotelmeyer pudiera abrir su diario vespertino.

—Pa, ¿vos qué pensás? ¿La gente debería comer animales?

—Sólo cuando están cocidos. Crudos no son muy agradables.

—Vamos, pa. Hoy, en el colegio, los chicos hablaban de eso. ¿No sería mejor si todo el mundo dejara de comer carne?

—¿Qué pasa? ¿Hay escasez de carne?

—No, pero tal vez esté mal matar animales simplemente para comerlos.

—Si querés que la gente deje de comer carne, más vale que te asegures de que tengan otras clases de alimentos.

—Es fácil. Hay que cultivar más cereales y verduras.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho.

—A lo mejor hay demasiada gente. —Ni bien lo dijo, Ari se sintió incómodo. Recordó lo que había dicho Rodolfo sobre la necesidad de matar patos porque había demasiados. Sacudió la cabeza—. No entiendo. Hay demasiadas cosas para tener en cuenta.

—Bueno —contestó su padre—, pero querés ver toda la situación, ¿no? Así que tenés que tomar todo en cuenta.

—¿Todo?

—Claro, o bien creés que está bien matar animales y comerlos, o bien no. Debés tomar en consideración todos los hechos: ¿qué pasa si los comemos y qué pasa si no los comemos?

—¿Qué deberíamos hacer, entonces?

El señor Stotelmeyer desplegó el diario.

—¿No dirías que lo que vamos a hacer depende mucho de la clase de mundo en el que queremos vivir?

—Supongo que sí.

—Bueno, ésa es mi respuesta. Algo puede parecer incorrecto, pero luego, cuando tomás todo en cuenta, es posible que parezca correcto. O al revés: al principio puede parecer que está bien pero después, cuando se consideran todas las cosas, resulta que está mal.

Ari miró por la ventana durante un instante. Luego dijo, con bastante lentitud:

—Sabés, en el colegio hay drogas. Todo el mundo lo sabe. Todos saben quiénes las tienen y cómo conseguirlas. Los chicos que se enganchan están realmente mal la mayoría del tiempo. Pero los que las proveen no creen estar haciendo nada malo. —El señor Stotelmeyer asintió con la cabeza, y Ari prosiguió—. Y los proveedores de los vendedores no ven nada de malo en lo que *ellos mismos* hacen, como llevar la mercadería en sus autos. Y los que la cultivan, dicen “por qué se la toman conmigo, yo no hago nada”.

—Tal vez no quieran contemplar toda la situación.

—Pero aunque lo hicieran —preguntó Ari—, ¿actuarían de otra manera?

—Es una buena pregunta —contestó el señor Stotelmeyer, mientras volvía a enfrascarse en su diario.

Ari no estaba satisfecho.

—Papá, una sola pregunta más. Mirá, se supone que somos generosos, ¿no?

—Sí.

—Bueno, el otro día, un chico que conozco me pidió que le prestara algo de plata, y dio la casualidad de que yo tenía justo lo que él necesitaba. ¿Tendría que haber sido generoso y habérsela prestado?

—¿Qué pensás?

—Bueno, resulta que quise saber para qué la necesitaba. Era para comprar drogas.

—Así que, ¿realmente lo habrías ayudado si le hubieses dado el dinero?

—Supongo que no.

—¿Y dar siempre está bien, independientemente de las circunstancias?

—Supongo que hay que tomar en cuenta las circunstancias.

—Tomando todo en cuenta —dijo el señor Stotelmeyer mientras volvía a sentarse en su silla—, estoy decidido a leer el diario. —Por la forma en que lo dijo, Ari supo que hablaba en serio.

* * *

—A lo mejor, después de todo, los animales realmente no me importan —dijo Lisa.

—Ya empieza de nuevo —comentó Flo.

—No, lo digo en serio —contestó Lisa—. Si verdaderamente me preocupara por ellos, no me los comería. Pero me los como. Así que en realidad no me importan.

—Ojalá el único problema de mi vida fuera comer o no comer pollo asado —se rió Flo.

—No, lo de Lisa es interesante —dijo Ari—. ¿Cómo puede decir una cosa y hacer otra? ¿Nuestras ideas no tendrían que estar de acuerdo con lo que hacemos? ¿Nuestros actos no tendrían que estar de acuerdo con lo que creemos?

—¡Tenés razón! —exclamó Toni—. Todo debería encajar, la forma en que pensamos y la forma en que vivimos, todo debería estar conectado.

—No sé —dijo Ari, sacudiendo la cabeza—. A lo mejor eso es ir demasiado lejos.

Ninguno tenía nada que agregar, y pocos momentos después Flo y Lisa cuchicheaban entre sí.

Luego llegó Miguel con Beto Bazán. Todos trataron de ser ocurrentes, pero al cabo de un rato las bromas se transformaron en un parloteo lleno de insultos amistosos.

Mientras Beto le tomaba el pelo a Flo, ésta tenía en la punta de la lengua algo sarcástico acerca de la hermana de su compañero. Pero entonces se contuvo, al recordar que la nena estaba en realidad varios grados más atrás que otros chicos de la misma edad.

En ese momento, Lisa le dijo a Beto:

—¡Ah, no me vengas con cuentos, tu madre se gana la vida limpiando!

Beto se fue. Pero Miguel estaba furioso.

—¿Por qué le dijiste una cosa así?

Lisa lo miró con extrañeza.

—¿Qué cosa?

—¡Lo sabés muy bien! Eso de que la madre se gana la vida limpiando.

—No hay nada de malo en eso —dijo Flo—. Montones de personas que conozco lo hacen. Es una cosa perfectamente honesta. ¿Estás en contra de la gente que trabaja mucho, a lo mejor?

Pero Lisa estaba estupefacta.

—¡No sabía que era verdad! —se lamentó.

—Ah, vamos, Lisa —dijo Flo como un consuelo—, no creo que a Beto le importara, realmente.

—¡Apuesto que sí! —insistió Miguel—. ¿Cómo te sentirías si alguien hablara así de lo que hacen tus padres?

Flo se alzó de hombros.

—Dejaría que lo hicieran. Estarían gastando saliva.

Pero Miguel no quería dejar las cosas así.

—¿Ya no es bastante con que al padre de Beto lo mataran en la guerra? Es cierto, su madre tiene una pensión, pero no es mucho. Trabaja haciendo la limpieza en un hotel, y para poder llegar a fin de mes lava la ropa de algunos de los huéspedes. ¡Vamos, no era para que te burlaras de ella, Lisa!

Lisa se quedó sin habla. Nada de lo que Flo dijera podía consolarla.

—Si lo hubiera sabido —se dijo una y otra vez—, lo habría tomado en cuenta y no habría dicho lo que dije. No importa que él no se haya sentido herido. No debería haberlo dicho. —No obstante, en medio de su pesar, se le cruzó por la cabeza una idea un tanto ocurrente: ¡que la próxima vez no hablaría hasta estar segura de que lo que quería decir era totalmente falso!

Pero no pudo desprenderse de la sensación de haber he-

cho algo vergonzoso, aunque no había tenido la intención de dañar a Beto. Entonces empezó a preguntarse si realmente no había querido lastimarlo.

—¿Pero por qué iba a querer hacer una cosa así? Siempre fue agradable conmigo. Y seguro que ya tiene suficientes problemas; no necesita que yo le agregue uno más. —Y entonces se le ocurrió que esas podrían haber sido exactamente las razones por las que había tratado de herirlo. La idea le dio escalofríos.

Esa noche, Lisa no dejó su cuarto para ir a cenar. Sus padres insistieron, pero ella se negó con tanta obstinación que finalmente la dejaron en paz. El aroma de la carne asada ascendió por las escaleras y llegó a ella mientras yacía boca abajo en su cama. Era tan delicioso que aumentó tanto su tormento como su satisfacción, porque sentía que si se negaba a cenar —en especial si se trataba de carne asada—, en cierta forma expiaría lo que había hecho.

Pero eso no pareció de mucha ayuda, aun cuando se retorció en la cama al pensar en las zanahorias y cebollas asadas, y la salsa que bañaba el puré de papas. Sólo se sintió un poco mejor cuando resolvió que, en el futuro, trataría de ser más considerada antes de hacer o decir algo que pudiera herir los sentimientos de otra persona.

—Ojalá pudiera también decidirme a lograr que lo que hago esté de acuerdo con lo que pienso. ¡Pero eso significaría renunciar a la carne y al pollo asados! ¿Qué sentido tiene hacerme una promesa que no tengo intenciones de cumplir?

Se sintió orgullosa por no haber bajado a comer la carne asada. Pero esa noche, antes de dormirse, vació la heladera.

EPISODIO 2. *Ari evalúa qué es una pregunta*

—Pa —dijo Ari.

—Mmmmm —dijo su padre.

—Pa, ¿qué es una pregunta?

—¿Qué me estás preguntando?

—Sí, ya sé que estoy haciéndote una pregunta, pero no es esa la pregunta que te hago.

—¿Cuál es la pregunta que me hacés? Parece que estamos dando vueltas una y otra vez, como Abbott y Costello. ¿Quién es el primero?

—¡Pa!

—¿Qué?

—Hablo en serio. ¿Qué es una pregunta?

—¿Por qué querés saberlo?

—Eso no viene al caso, pa. Qué importa por qué quiero saber. Simplemente quiero saberlo.

—Vos siempre preguntás por qué. ¿Por qué yo no puedo preguntar por qué?

—Papá, lo único que te hice fue una pregunta sencilla, y no hacés más que dar vueltas y vueltas. Todo lo que trataba de averiguar es qué pasa cuando hacemos una pregunta.

—Creía haberte contestado.

—¿Cómo que me contestaste? No me contestaste. Simplemente me hiciste un montón de preguntas.

—No tendría que hacer tantas preguntas si supiera algunas respuestas.

—Y si yo supiera qué son las preguntas, a lo mejor no haría tantas.

—Si supieras qué son, tal vez harías aún más.

—¡Pa!

—¿Mmmm?

—Sigo tratando de averiguar.

—¿Qué es una pregunta, o qué pasa cuando hacemos una?

Ari parecía afligido. Su padre se alzó de hombros.

—Bueno, primero me preguntaste una cosa, y después otra. ¿Cómo puedo ayudarte si no hacés más que cambiar lo que me preguntás?

—Está bien, ¿qué pasa cuando hacemos una pregunta?

El señor Stotelmeyer frunció los labios y reflexionó.

—Cuando hacés una pregunta, ¿cómo te sentís?

—Confundido.

—¿Y cómo te sentís cuando te sentás a la mesa para cenar?

—Hambriento. Ah, ya entiendo adónde vas. Querés decir que cuando tenemos hambre, es natural que busquemos algo para comer, y cuando estamos confundidos, es natural que busquemos respuestas.

—¿Así que buscar respuestas es tan natural como buscar comida?

Ari se tendió en el suelo, junto a la silla de su padre.

—A lo mejor es así, ¿pero eso quiere decir que hacer preguntas es lo mismo que buscar respuestas?

El señor Stotelmeyer negó con la cabeza.

—No dije eso.

—Entonces, ¿qué es una pregunta?

—Ari, parecés una mosca enferma. Das vueltas zumbando como una mosca enferma.

Ari se rió.

—A lo mejor, la mosca no está enferma para nada. A lo mejor, sólo trata de preguntarte algo. O tal vez tiene un problema. —Entonces reflexionó—: ¿es eso lo que me decís, que hacemos preguntas porque tenemos problemas?

—¿Nosotros tenemos problemas o los problemas nos tienen a nosotros?

—Ay, pa, por Dios, ¿no vas a hablar en serio?

—*Estoy hablando en serio.*

—Bueno, ¿cuál es la relación entre una pregunta y un problema?

—¿Cuál es la relación entre un iceberg y la punta del iceberg?

—La punta del iceberg es lo único que podemos ver; el resto está debajo del agua.

—Entonces, ¿no es posible que tu pregunta sea sólo la punta del problema?

—¿La pregunta es mía pero el problema no?

—No.

—Entonces, ¿de quién es?

—De nadie. Mirá, si terminarás la escuela y no estuvieras

seguro de qué hacer después, estarías confundido y empezarías a hacer preguntas. Pero si hay desocupación, entonces eso es un problema, y no es sólo tuyo. Por eso dije que no lo tendrías sino que él te tendría a vos.

—¿Así que la razón por la que hago preguntas no es tanto para conseguir respuestas como para llegar a saber cuál es el problema?

El señor Stotelmeyer se permitió una tenue sonrisa, y asintió con la cabeza.

—Entonces, papá —insistió Ari—, si debajo de toda pregunta hay un problema, ¿quiere decir que debajo de toda afirmación hay una pregunta?

Su padre no dijo nada. Ari esperó, y luego agregó:

—Y ya que estamos, ¿significa que debajo de cada problema hay algo?

—Eso —respondió el señor Stotelmeyer— es un misterio.

CAPÍTULO 2

EPISODIO 3. *El juego de las citas*

—Escucháme, Ari —dijo Tomás—, ¿te gustaría venir conmigo a una reunión del club de filatelia?

Ari estuvo a punto de decir que no, pero se le ocurrió que no tenía que hacer nada en particular y, además, no quería herir los sentimientos de Tomás, de modo que aceptó.

Como no era coleccionista, la cosa no le pareció demasiado emocionante. Pero disfrutó observando a Tomás.

Una chica dijo:

—Te cambio ésta de Nueva Caledonia por la de Luxemburgo.

—Debés de estar bromeando —replicó Tomás—. La de Luxemburgo vale el doble que la de Nueva Caledonia. ¿Qué tal si además me das la conmemorativa de Albania que tenés en el paquete?

La chica aceptó, y así concluyó el trueque de dos por uno.

—Un intercambio justo —comentó Tomás.

Luego de la reunión, Tomás y Ari vagabundearon calle abajo, hasta llegar a la heladería.

—Escucháme, ¿qué tal si paramos acá? Me gustaría un cucurucho —sugirió Tomás.

—Por mí está bien —aceptó Ari.

—No, esperará un momento —dijo Tomás con cara de preocupación, mientras registraba sus bolsillos—. No tengo un centavo encima.

—Está bien —lo tranquilizó Ari—. Anoche hice de niñero en lo de nuestro vecino, así que pago yo.

—Te lo voy a devolver.

—Está bien —contestó Ari—, la próxima vez invitás vos.

—Muy justo —dijo Tomás—. Un trueque equitativo.

Al salir de la heladería, pasaron al lado de algunos chicos que conocían, que estaban sentados en un quiosco tomando unas gaseosas. Uno de ellos sacó el pie y Tomás tropezó con él, aunque no se cayó. Se dio vuelta rápidamente y de un golpe tiró de la mesa los libros del chico; salió corriendo y Ari lo siguió.

—No podía dejar que se saliera con la suya —explicó Tomás cuando vieron que no los perseguían y pudieron aminsonar la carrera y seguir caminando—. No *tenía* que ponerme el pie. —Luego agregó:

—Por supuesto, yo tampoco tenía por qué hacer lo que hice.

En cierto modo, pensó Ari, no es del todo lo mismo. Pero no pudo explicarse por qué.

—No sé —le dijo por último a Tomás—. La finalidad de tu club de filatelia es intercambiar estampillas, así que cuando se las das a alguien, se supone que tenés que recibir otras. Exactamente igual que si alguien me presta dinero: se supone que tengo que devolvérselo. Pero si alguien te hace una mala jugada, ¿tenés que hacerle lo mismo? No estoy tan seguro.

—Pero *tenía* que desquitarme —protestó Tomás—. No podía dejar que se saliera con la suya, hacerme tropezar así sin ningún motivo.

Un poco después encontraron a Lisa y Laura. Ari les contó lo que había pasado y por qué estaba confundido.

—Eso me recuerda —indicó Lisa— la vez que tratábamos de explicarnos cómo era que algunas proposiciones seguían siendo ciertas cuando las dabas vuelta, mientras que otras se volvían falsas.

—Sí —admitió Ari—, pero en ese caso encontramos una regla. ¿Cuál es la regla en este caso?

Lisa sacudió su largo pelo para que le cubriera el hombro derecho.

—Parece que hay ocasiones en que está bien devolver lo que recibimos, y otras en que está mal. ¿Pero cómo podemos decir cuál es cuál?

Luego de unos momentos en los que nadie dijo nada, Laura decidió que lo mejor era volver a su casa, y con eso el grupo se deshizo.

Luego de la cena, Laura volvió al dormitorio que compartía con su hermana Marina. La encontró maquillándose frente al espejo.

—¿Salís esta noche, Marina?

—Sí, tengo una cita con Gerardo.

—¿Adónde te va a llevar?

—Al cine.

—Tiene buena onda.

—Sí. Sólo que me gustaría que no tuviera una opinión tan maravillosa de sí mismo.

Sonó el timbre.

—Decíle que en seguida bajo, Laura.

—Claro, Marina —dijo Laura. Pero se cepilló el pelo con cuidado antes de ir a abrir la puerta y hacer entrar a Gerardo.

Debía de ser alrededor de medianoche cuando Marina volvió. Laura estaba profundamente dormida, pero se despertó cuando su hermana encendió la luz y golpeó con violencia su cartera contra el respaldo de la silla.

—¿Sos vos? —preguntó, somnolienta.

—¿Quién si no?— La voz de Marina era dura, y Laura podía asegurar que estaba furiosa.

—¿Qué pasó?

—Ese Gerardo.

—¿Pero qué? —Laura todavía estaba confundida—. ¿Qué hizo?

—No fue lo que hizo. Fue lo que quería. Sólo porque me llevó al cine dijo que tenía derecho a algo a cambio.

A Laura se le aclararon las cosas.

—Ah —se rió—, pero a vos *eso* no te importa, ¿no?

—¡El asunto no es ése! —replicó Marina, con la voz temblorosa—. ¡Era lo que se creía con *derecho* a recibir! Cuando das algo, no tenés derecho a *nada* a cambio!

—¡Pero la gente intercambia regalos!

—¡Eso es lo que *ellos* dicen, pero yo no lo creo! Sólo porque me llevó al cine no estoy obligada a ser cariñosa con él. Si yo quisiera, sería diferente, se lo daría aunque él no hiciera nada por mí. Pero una cosa no tiene nada que ver con la otra.

Pasó un largo rato esa noche antes de que Laura pudiera volver a dormirse. Al día siguiente, relató el incidente a Lisa y Ari.

—Es gracioso —señaló—. Es justo de lo que hablábamos. Ari se preguntaba si está bien hacer algo malo a alguien que te hace algo *malo* a vos. Y luego apareció Marina diciéndome que si alguien te hace algo *bueno*, ¿no tiene derecho a esperar que vos le hagas algo bueno a cambio!

—Ari —dijo Lisa—, ¿te acordás el año pasado, cuando hablábamos de las relaciones que pueden invertirse?

—Claro —contestó Ari—, como "Tomás tiene la misma estatura que Rodolfo", que sigue siendo cierta si la das vuelta, pero "Luis es más alto que Tomás" se convierte en falsa.

Lisa lanzó una risita.

—Exacto; y acordáte, había un tercer tipo, en el que no se deduce nada de una u otra manera.

Ari y Laura se miraron. Laura dijo:

—¿Deberías hacerle cosas buenas a la gente porque querés hacerlo y no porque deseás que te den algo a cambio?

Y Ari preguntó:

—Y cuando la gente hace cosas que te lastiman, ¿no tenés que hacerle lo mismo?

—Supongo que es así —contestó Lisa con un centelleo de sus ojos grises—. Dar algo a cambio está bien si coleccionás

estampillas o hacés tratos por dinero. Pero debe de haber montones de veces en que no funciona así.

Laura suspiró.

—Pobre Gerardo. ¿Cómo iba a saber? Probablemente no le pareció que estuviera tratando de comprar el cariño de mi hermana. Sólo trataba de jugar según las reglas.

—A lo mejor puede pedir en el cine que le devuelvan las entradas —sugirió Lisa.

* * *

Toni, Marcos y Ari trabajaban juntos en un proyecto de historia, y se quedaron un rato luego de la clase. Más tarde, cuando se disponían a salir de la escuela, empezaron a correrse uno al otro a través del largo pasillo del primer piso; al dar vuelta una esquina, se toparon con el profesor Sáenz. Marcos quedó tendido en el piso recién encerado, en tanto Toni y Ari se desternillaban de risa. El profesor ayudó a Marcos a levantarse, y éste, en agradecimiento, lanzó una risita.

—Oigan, muchachos —dijo el profesor—, yo esperaba encontrarlos, pero no pensaba en un choque.

—¿Quería vernos por algo? —preguntó Marcos.

—Así es. ¿Su clase no tiene una hora de estudio a las dos y cuarto en el aula 3?

—Claro —respondió Ari—, con el profesor Garrido, es muy estricto.

—Bueno —dijo el profesor Sáenz—, de eso quería hablar con ustedes. El profesor Garrido tiene que encargarse de otra clase a las dos y cuarto, así que yo les daré la hora de estudio.

—Ah, entonces, podemos retomar donde dejamos el año pasado —exclamó Toni.

—Por mí está bien —replicó el profesor—, pero sólo si el resto de la clase está de acuerdo.

—Creo que todos van a decir que sí —dijo Marcos.

—¿Hay algún chico nuevo en la clase?

—No —dijo Ari—, y Pamela Ríos se fue.

—No es mucho cambio para un año —comentó el profesor Sáenz—. ¡Bueno, fantástico! Los veo mañana, entonces.

Afuera, los chicos se encontraron con Flo y con Lisa, y les contaron que iban a poder tener discusiones con el profesor Sáenz otra vez.

—¡Eso es muy interesante! —exclamó Flo.

—Ufa, qué macana —dijo Miguel—, no será más que un montón de charla tonta. —Y agregó, con una voz de falsete:

—¡No puedo explicarme cómo explicarme nada!

—Miguel —dijo Lisa—, sos un caso.

—Es cierto —contestó—, tal vez no sea mejor, pero al menos soy diferente.

—No sos diferente —disparó como réplica Lisa—. ¡Sólo sos raro!

—Muy graciosa.

Lisa sonrió.

—¿Graciosa rara o graciosa ja, ja?

EPISODIO 4. *La llegada del señor Lamonedada*

—¿Cómo dijiste que se llama?

—Lamoneda —contestó María mientras le ponía más sal al huevo y le hacía morisquetas a Marcos a través de la mesa del desayuno.

—Sí, ¿pero cuál es su nombre?

—Gustavo o algo así.

—¡Ah, claro —dijo Marcos con una risita—, Gustavo Elcentavo!

Así es como llegó a conocerse al señor Lamonedada en la escuela. Había ingresado como vicedirector cuando empezaron las clases en marzo. Algún tiempo después, cuando el señor Pastorino se enfermó, pasó a ser director interino.

Era un hombre joven, de ojos azules y pelo color de zanahoria. Por lo común, usaba un saco rojo brillante y pantalones escoceses. Rara vez caminaba: solía correr a través de los pasillos, con la corbata floja y el saco al vuelo. Cada vez que

algo andaba mal en cualquier lugar de la escuela, el señor Lamonedada aparecía casi al instante.

—¡No hay problema! —solía anunciar, con los ojos brillantes detrás de sus anteojos sin marco. Por lo general tomaba las decisiones rápidamente, y la dificultad se encaraba con prontitud. “Solucionar problemas es mi oficio” le gustaba decir.

Algunas de las soluciones del señor Lamonedada funcionaban, y otras no. Cuando los alumnos de la clase de arte se quejaron de que querían pintar un gran mural pero no tenían ningún lugar donde hacerlo, habló con el dueño de un depósito para que les permitiera diseñarlo en una de las paredes de éste. Y cuando algunas de las chicas quisieron organizar un grupo de teatro, trabajó con ellas después de las horas de clase hasta que estuvieron en condiciones de competir en los certámenes de la provincia. Pero cuando intentó improvisar algunos cambios en el programa escolar, el resultado fue una completa confusión, ya que algunos alumnos debían estar en dos lugares distintos a la misma hora y otros no tenían ningún horario asignado. Otro incidente memorable ocurrió cuando trató de organizar a algunos estudiantes y profesores en un grupo para darle una nueva mano de brea al techo de la escuela. Los voluntarios lograron la hazaña de terminar con más brea que el techo.

—Todo lo que vos y Gustavo Elcentavo necesitan ahora —le dijo María a Marcos cuando éste llegó a la casa al anochechar— son plumas.

Naturalmente, como el señor Lamonedada insistía en efectuar cambios en la escuela cada vez que se le presentaba la ocasión, empezaron a circular rumores acerca de sus presuntos éxitos y fracasos. Luego de un tiempo, la leyenda que lo rodeaba tenía tanta magnitud como los hechos concretos.

—¿Qué va a hacer, cambiarlo todo por aquí? —preguntó Rodolfo con irritación.

—Así es —dijo Julia—, tiene que meterse con todo, sea bueno o malo. ¿No puede dejar nada en paz?

—Muchas de las cosas que trata de hacer deberían haberse hecho hace mucho tiempo —protestó Marcos.

—Sí —contestó Rodolfo— pero Gustavo Elcentavo cree que cualquier cosa que funcione bien durante mucho tiempo debe tener algo malo.

—Es como que si tenés alguna costumbre, sos un fracaso —asintió Malería.

—Oigan —susurró Sebastián—, ¿saben la última?

Hasta Marcos se inclinó para escuchar lo que Sebastián iba a decir, aunque sabía que probablemente no fuera más que un chisme. Según Sebastián, los porteros de la escuela se habían quejado al señor Lamonedá de que los chicos tiraban toallas de papel en los inodoros, lo que hacía que éstos rebalsaran e inundaran los baños. Luego de un momento de deliberación, el señor Lamonedá sugirió que los porteros hicieran canastas de metal para impedir que los objetos extraños obstruyeran las cañerías.

Marcos rezongó:

—Está bien, chicos, ríanse de él, pero tienen que admitir que hace que todo sea emocionante. Lo único que tiene que hacer es caminar por el salón, y todo el mundo se lanza a la carga. De repente, todo es posible.

Pocos días después, el señor Lamonedá se presentó sin aviso en el aula.

—He escuchado cosas sobre este grupo, Sergio —le dijo al profesor Sáenz—. Me enteré de que están haciendo un buen trabajo aquí.

El señor Lamonedá se volvió hacia la clase.

—¿Exactamente en qué están trabajando? ¿Pueden decirme lo?

—Sí —dijo Lisa, con bastante timidez—, sólo tratamos de explicar... quiero decir, tratamos de entender cómo explicar-nos las cosas.

—Eso está muy bien —contestó el señor Lamonedá—. Y dado que aquí todos piensan mucho, espero que piensen en cosas que les gustaría corregir en la escuela.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó Marcos.

—No, no lo sería —contraatacó Rodolfo.

—Señor Lamonedá —dijo Ari—, hemos pensado sobre el pensamiento, pero no sobre el tipo de cosas de las que usted habla. A lo mejor deberíamos hacerlo, no sé. Pero, ¿por dónde empezar?

—Empiecen conmigo —dijo el señor Lamonedá—. No me importa. Si tienen críticas sobre la forma en que hago mi trabajo, me gustaría escucharlas. —Nadie dijo nada. Las cejas del señor Lamonedá se alzaron—. Estoy sorprendido. Esperaba una vivaz discusión con este grupo en particular.

Por fin, Ari señaló:

—No estoy en contra de decir que algo está mal si creo que lo está, señor Lamonedá. Pero no me parece que ésa sea la forma de empezar.

—Antes de criticar, hay que saber cuál es el problema —dijo Lisa.

—Sí —asintió Toni—, y no estamos seguros de cuál es.

—¡Bueno, entonces averigüenlo! —dijo bruscamente el señor Lamonedá—. Tienen esta hora libre; úsenla para averiguar qué es lo que anda mal, para que podamos mejorar la escuela.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Flo.

—Claro que lo digo en serio. Nunca hablé más en serio. —Hizo una pausa al llegar a la puerta—. Piensen en lo que pasa a su alrededor. No tengan miedo de ensuciarse las manos. —Luego se dio vuelta y se fue.

—¿Realmente lo dice en serio? —preguntó Flo.

—Claro que sí —le aseguró Marcos.

—No, no es así —intervino Luis—. Lo único que va a hacer es fomentar un lío que no tiene manera de resolver. Estábamos mejor antes, cuando tratábamos de aprender a pensar mejor. Todo esto no nos va a llevar a ninguna parte.

—Profesor Sáenz —dijo Laura—, ¿usted qué cree?

El profesor pareció sobresaltarse ante la pregunta.

—Bueno, Laura, si te referís a qué creo acerca de lo que hablaron entre ustedes, desde luego estoy a favor de eso. Tal vez descubran una conexión entre pensar y creer, o algo así.

—A mí me parece —dijo Ari— que en los juegos hay reglas, y en la vida hay creencias. Pienso que nuestras creencias son como reglas. Son como reglas para lo que hacemos, lo que decimos y lo que pensamos. Por eso necesitamos las mejores creencias posibles.

—Yo no me refería a eso —dijo Laura—. Lo que quería decir, profesor, era qué pensaba usted de lo que el señor Lamóneda quiere que hagamos.

El profesor Sáenz tenía un aspecto bastante afligido.

—No sé qué decir, Laura. Sencillamente no sé. Estoy a medias a favor y a medias en contra.

—Claro —dijo Ari—, hay cosas que tal vez haya que hacer, pero de todas formas hay una manera correcta y una manera incorrecta de hacerlas.

—Digamos simplemente que algunas maneras son mejores que otras —dijo el profesor.

Pero la última palabra le correspondió a Rodolfo.

—El señor Lamóneda pone demasiado énfasis —objetó—. Yo no aceptaría sus sugerencias sobre nada.

Poco después, el señor Pastorino volvió y reasumió sus funciones de director.

—Supongo que van a volver a poner a Gustavo Elcentavo en su antiguo puesto —dijo Marcos.

—No —contestó Flo—, yo no escuché eso. Corre el rumor de que van a trasladarlo a otra escuela. Pero no le dieron una nueva función. Lo despidieron.

Marcos estaba estupefacto. Al día siguiente, en el aula, presentó una propuesta. Quería discutir las razones por las que habían echado a Gustavo Elcentavo, y si no podía hacerse nada para que volviera. Llegó incluso a proponer que le pidieran que fuera a su clase para explicar su punto de vista en la cuestión.

—Él dijo que teníamos que mejorar esta escuela criticando las cosas que están mal —insistió Marcos—. Bueno, aquí tenemos una oportunidad de hacer algo práctico. Es nuestra escuela. Investiguemos qué pasó.

—No seas tonto, Marcos —protestó María—. No es asunto nuestro. Otras personas tal vez no entenderían lo que tratás de hacer si intentaras convertirte en algo así como una junta de revisión de las políticas escolares.

Ari, sin embargo, estaba bastante inquieto.

—Creo que Marcos tiene razón. Al principio, nos van a decir que no hablemos de algo "por nuestro propio bien" y después, vas a ver, nos dirán que no *pensemos* en eso "por nuestro propio bien". Me asusta.

—No sé por qué todos se pusieron tan tensos de repente —dijo Rodolfo—. Nadie nos manda callar ni impide que pensemos. Pero como dice el profesor Sáenz, tenemos que ser prácticos. —Luego agregó:

—Además, ¿a quién le importa lo que decimos o pensamos? Lo que vale es lo que *hacemos*.

La hora ya había terminado, pero el tema debatido en el aula pronto se conoció en todo el colegio. En todos lados circulaban rumores de que Marcos había pedido que obligaran al director a renunciar, y que el profesor Sáenz había instado a los alumnos a investigar lo ocurrido con Gustavo Elcentavo.

Entonces convocaron al profesor Sáenz al despacho del señor Pastorino.

CAPÍTULO 3

EPISODIO 5. *Cena en la casa de los Jarosky*

El señor y la señora Jarosky llegaron del trabajo a la misma hora, y en seguida fueron a la cocina de su departamento para preparar la cena. Marcos y María salieron de sus cuartos.

—Marcos, ¿quieres darme una mano con la ensalada? —pidió el señor Jarosky.

—Déjame a mí —pidió María—. Me encanta cortar pepinos. Y Marcos tiene las manos ocupadas.

Marcos estaba poniendo una gran cacerola de hierro fundido sobre la hornalla.

—Parece que este guiso va a alcanzar para una vez más —anunció.

Por entonces, la señora Jarosky ya se había atado el delantal que llevaba sobre el vestido y estaba envolviendo un pan en papel de aluminio.

—¡Pan caliente! ¡Me encanta! —exclamó Marcos.

La señora Jarosky sonrió pero no dijo nada. Después de que Marcos encendiera el horno, puso el pan en él y cerró la puerta con suavidad.

María puso la mesa una vez que su padre juntó los restos de las verduras y las sacó con la tabla de cortar.

—Hay que sacar la basura —dijo el señor Jarosky.

—Yo la saco —dijo Marcos, y desapareció con la bolsa por el corredor.

El aroma del pan empezaba a circular por el comedor, y María olfateó con deleite.

—Estoy impaciente. ¡Y ese guiso huele tan rico, también! ¿Por qué está más y más sabroso cada vez que lo servís?

Marcos volvió de dejar la basura en el cuarto que estaba en el pasillo correspondiente a su departamento.

—Oíme, ma... —empezó a decir. Entonces, al ver que su madre y su padre se abrazaban, dijo— Eh, vamos, ustedes dos, sepárense y vamos a comer.

Sus padres no prestaron atención al pedido y se tomaron su tiempo antes de volver a los preparativos para la cena. Por entonces, María había sacado el pan del horno y lo había puesto sobre una tabla.

—¿Me dejás cortarlo, pa, por favor?

—Claro —respondió él mientras le pasaba el cuchillo para pan—. Sólo tené cuidado.

Cuando terminaron el guiso, Marcos y María limpiaron sus platos con pedazos de pan.

—Esta salsa es grandiosa con pan —comentó Marcos con la boca llena.

—Mmmm-mmmm —asintió María.

La señora Jarosky los estudiaba.

—Me temo que ustedes dos no tienen los mejores modales del mundo —comentó.

—Ma —protestó Marcos—, cuanto mejor cocines, menos vamos a poder contenernos.

—Tiene razón, ma —dijo María—. Así que cuando cocinás a la perfección, ¡no tenemos absolutamente ningún modal! —Tomó otra rebanada de pan y la hundió en la salsa.

Como postre, el señor Jarosky peló y cortó un par de manzanas y repartió las tajadas. Hubo un momento de silencio cuando él y su esposa tomaron el café, mientras María y Marcos levantaban la mesa.

—Te toca lavar —dijo María.

—Está bien, ya sé —contestó Marcos—, pero esperá un

momento. —Volvió a sentarse a la mesa, y María hizo otro tanto.

—Ma —dijo Marcos—, nosotros hablábamos de lo rica que era la comida y vos de lo malos que eran nuestros modales.

—Mamá no quiso decir que nuestros modales fueran muy, muy malos —interrumpió María—. Sólo quiso decir que no es de buena educación mojar el pan en la salsa.

La señora Jarosky rió.

—No es muy grave, Marcos. Es el tipo de cosas que me decían que no hiciera cuando estaba creciendo, así que automáticamente les digo lo mismo. En realidad no me molesta cuando lo hacen acá, pero tengo que admitir que me avergonzaría un poquito si lo hicieran en público.

Marcos negó con la cabeza.

—Las dos están equivocadas. No me preocupaba eso en particular. Lo que quería saber era cómo podemos decir cuándo algo es bueno y cuándo no lo es. Quiero decir, ¿qué vale como bueno y qué como malo?

—No veo cómo podés decirlo, ma —dijo María antes de que su madre pudiera contestar—. La buena comida es una cosa, los buenos modales otra. Son completamente diferentes.

—Tenés razón, María —dijo su madre—. Los modales son reglas sociales acerca de qué hacer en diferentes situaciones. Si actuás de acuerdo con ellas, la gente dice que tenés buenos modales. Pero la buena comida depende del gusto. Lo importante es su sabor. Así que cuando decimos que una comida es buena, no tiene nada que ver con reglas.

El señor Jarosky empezó a pelar otra manzana.

—Claro, pero Marcos quiere saber cómo fijamos las pautas, ¿no, Marcos?

Éste asintió con la cabeza.

—Supongo que sí. ¿Para qué usamos las pautas? ¿Y en qué las usamos?

—Bueno —contestó su padre—, yo prefiero llamarlas “criterios”. Usamos criterios cuando nos ocupamos de cosas que nos afectan...

—¿Como lo que creemos importante? —interrumpió Marcos.

—Eso es: asuntos de importancia. Cosas de valor. ¿Y para qué usamos criterios? Para distinguir lo que tiene más valor o importancia de lo que tiene menos.

—No entiendo —dijo María.

La señora Jarosky se rió.

—Déjame probar a mí, María, ¿ver es importante para vos?

—¡Ay, Dios mío, si no pudiera ver sería terrible!

—Pero tenés buenos ojos, ¿no?

—Sí. En la escuela, el doctor me dijo que tengo una visión 20-20. Quiere decir que tengo buenos ojos. Pero Rodolfo tiene 20-60. Puede ver, pero sin anteojos no ve bien. Así que supongo que sus ojos no son tan buenos.

—Así que de tus ojos decimos que son buenos porque ven bien, y de los de él no tanto porque no ven tan bien.

—Pero, ¿no te das cuenta? —ahora hablaba el señor Jarosky—, el criterio de bondad que usás es la visión 20-20 del oculista. No podés decir que algo es mejor que otra cosa a menos que tengas un criterio. Por ejemplo, si me preguntás si una marca de nafta es mejor que otra, yo no sabría qué decir. Pero si nos ponemos de acuerdo en que el criterio es la cantidad de kilómetros que puede dar mi auto con un litro de cada marca, entonces sí podría decirte cuál es mejor.

—Según ese criterio —dijo Marcos.

—Exacto —asintió el señor Jarosky—. Pero a lo mejor no según algún otro criterio.

—Estoy confundida —dijo María—. Primero teníamos *reglas* para decir qué está bien hacer, y ahora tenemos *criterios*. ¿Cuál es la diferencia entre reglas y criterios?

—Es fácil —dijo Marcos—. Las reglas son como las instrucciones de un juego. Si lo jugás, tenés que obedecer las reglas. Pero los criterios son... los criterios son..., bueno, supongo que no es tan fácil. Eh, mamá, ¿qué son los criterios?

—Un criterio es como una vara que usás para medir. Un centímetro es un criterio. Un metro es un criterio. Un litro es un criterio.

—¿Así que los criterios no son reglas? En realidad, a veces incluso llamamos vara a una regla, ¿no?

—Claro, pero no queremos decir que es una regla como las que establece un gobernante.

—Ahora manténganse un poco en silencio.

—Les voy a explicar todo —dijo el señor Jarosky mirándolos con calma.

La cara de María se iluminó notoriamente.

—Antes que nada —dijo el señor Jarosky—, Marcos tenía razón con respecto a las reglas. Las reglas nos dicen cómo actuar. Son lo que supuestamente tenés que obedecer. Un criterio es una medida que usás cuando *juzgás*. Si alguien me pregunta a qué distancia está la Tierra del Sol, entonces puedo *estimarla* usando la pauta del kilómetro.

—Ciento cincuenta y cuatro millones de kilómetros —dijo Marcos.

—Está bien —asintió su padre—. Y si me preguntás cuánta nafta hay en el tanque de mi auto, uso el criterio del litro para hacer una estimación de la cantidad; digamos, cuarenta y cinco litros.

—Pero ésos son criterios de cantidad —dijo Marcos—. Y la bondad es otra cosa.

—Tenés razón —replicó el señor Jarosky—. La bondad no es un asunto de cantidad sino de calidad. Es como lo que te dije antes, una cuestión de importancia. Y los criterios son lo que usamos para juzgar *cuán* importante o *cuán* valioso es algo.

María y su madre empezaron a hablar a la vez, pero la señora Jarosky fue quien ganó.

—Así que si digo que María es una buena patinadora, tenés derecho a preguntarme qué criterios uso, ¿no es así?

El señor Jarosky asintió con la cabeza.

—María, ¿qué criterios podríamos usar para decidir si una persona es o no una buena patinadora?

—Bueno, podría ser la velocidad, o lo bien que hacés las figuras.

—La gracia —dijo el señor Jarosky—. Exacto.

—¡Ojalá alguien me lo armara todo! ¡Estoy tan confundida! —exclamó María.

Esta vez, ambos padres trataron de hablar a la vez, pero Marcos insistió.

—Déjenme probar. Déjenme probar. Mirá, María, ¿te acordás que el año pasado hicimos esas proposiciones "si... entonces"?

María asintió con la cabeza, sin mucha convicción.

Marcos prosiguió:

—Bueno, podríamos expresarlo así: si patinás rápido, entonces, usando el criterio de la velocidad, sos una buena patinadora.

—Exacto —dijo su padre—. O, si la carne es deliciosa, entonces, usando el criterio del sabor, es una buena carne.

—Y si María toma en cuenta a otras personas, entonces, usando el criterio de la consideración, es una buena chica —dijo la señora Jarosky.

—Ay, córtela —gruñó María. Luego, repentinamente traviesa, trató de meter una servilleta de papel en la camisa de Marcos, por la espalda. Su hermano finalmente escapó diciéndole:

—¡Eh, dejáme en paz, tengo que lavar los platos!

—Está bien —dijo María—. Voy a ser considerada y te voy a dejar.

EPISODIO 6. *Kio se cae por las escaleras*

—Kio —dijo Suki—, andá a ver quién está tocando el timbre.

—Ta bien —contestó Kio de buen talante, y siguió observando cómo el resorte de metal blando con el que jugaba se deslizaba por las escaleras.

—Kio —repitió Suki con más firmeza—, tengo las manos mojadas y llenas de jabón. ¡Por favor, andá a la puerta!

Kio le hizo una mueca a su hermana, pero de todos modos se levantó y fue hacia la puerta de calle. Como siempre, tuvo dificultades con el picaporte. Sus manos eran pequeñas

y no podía hacerlo girar demasiado bien. Finalmente se las arregló para abrir la puerta.

—Hola, Kio —dijo Lisa—. ¿Está tu hermana?

—Tí —dijo Kio—. ¿Quién zoz?

—Te acordás de mí, ¿no?

—Me ovidé tu nombre.

—Lisa.

—Zuki —gritó Kio—. Es Liza.

Pero para entonces, y tras haber terminado de lavar los platos, Suki ya había llegado a la puerta, aunque todavía sostenía el repasador con que se había secado las manos. Las dos chicas se rieron y empezaron a charlar, mientras Kio se quedaba parado cerca, vacilante. Después de un rato, le dijo a Lisa:

—¿Zos un vadón o una nena?

—Tiene dificultades con la s y algunas otras consonantes —explicó Suki con una sonrisa.

—Soy una nena —dijo Lisa.

—Si zoz una nena, pod qué uzáz... pod qué no... pod qué vos no... pod qué no uzáz un veztido?

—Ah —dijo Lisa—, casi todas las chicas usan pantalones. Sólo me pongo un vestido cuando tengo ganas...

—Y nunca tenés ganas —agregó Suki. Ambas niñas rieron.

Kio seguía mirando a Lisa apaciblemente. Levantó al gato del sofá donde había estado durmiendo y le pasó el animal a Lisa.

—¡Miniño! —anunció—. Él también tene... él también tene... tene pelo ladgo, igual que voz.

Suki se arrodilló frente a su hermanito.

—Ya sé, Kio, es difícil poner en palabras lo que querés decir, y disponerlas bien al mismo tiempo.

Lisa habría prestado más atención a la observación de Suki si no la hubiese divertido tanto la idea de que lo que tenía en sus brazos era un "suniño". Pero estalló en carcajadas cuando, un momento después, Kio tironeó la manga de Suki y preguntó:

—¿Qué hiziste pada zenad?

El niño parecía terriblemente ofendido.

—¿Se díen de mí? —quería saber—. ¿Pod qué se díen de mí? —Le sacó el gato a Lisa y volvió a depositarlo en el sofá.

—Se ofende con mucha facilidad —le explicó Suki a Lisa, en cierto modo para disculparlo.

—¡No habléz de mí! —exclamó Kio.

—Lo siento, Kio, no lo pensé —dijo Suki. Trató de alisarle el pelo, pero él se apartó.

—Yo no me dí de voz —señaló, con tanta calma que casi parecía como si se hablara a sí mismo.

Luego fue a un armario y sacó una montaña de juguetes de plástico marrón. Las bolitas que se ponían en la cima se deslizaban por las laderas y a través de túneles, para terminar rodando por el suelo.

—Este resorte disparaba las bolitas de vuelta hacia la cima de la montaña —le dijo Suki a Lisa—. Pero se rompió. Creo que Kio lo hizo a propósito.

Kio no dijo nada.

Los tres jugaron un rato tranquilamente. Luego Kio se cansó y se marchó a su cuarto; llevaba el gato flojamente colgado bajo el brazo y sus pies se arrastraban y golpeaban contra los escalones.

Las chicas se sentaron en silencio durante un rato. Luego Lisa alzó la vista.

—Sabés —dijo—, fue gracioso, como si él cambiara de tema cuando sacó su juego para que jugáramos.

—Ah, no —replicó Suki tranquilizadamente—, probablemente no fue para nada así.

—No estoy tan segura —contestó Lisa—, era como si hubiera dicho: "Vamos a jugar un juego en el que nadie se lastima".

Suki negó con la cabeza, pero no dijo nada. Luego las chicas empezaron a hablar de sus proyectos de historia. Ambas tenían ideas muy interesantes en las que estaban trabajando, y a medida que hablaban, la conversación se animó más y más. Kio reapareció en la parte de arriba de la escalera, pero no le prestaron atención. Simplemente estaba de pie allí, ahora con su oso en reemplazo del gato, y las miraba en silencio.

Lisa comenzó a irse, lo cual era siempre un lento proceso cuando ella y Suki terminaban una discusión meditada. Su amiga la acompañó hasta la vereda, donde ambas continuaron con su intercambio de ideas.

Kio se balanceó en el escalón más alto, al principio con una mano en la baranda. Luego sin manos. Volcó todo el peso sobre el pie derecho y puso el talón del izquierdo sobre los dedos del otro. Ahora trató de trasladar parte del peso a su pie izquierdo. Pero entonces se quedó sin ningún apoyo. La forma en que empezó a caer y luego a rodar de cabeza por la escalera fue como en un sueño. Por suerte, los escalones estaban cubiertos por una alfombra, pero el niño sufrió una gran conmoción, y una vez que recobró el aliento, empezó a llorar. Suki y Lisa entraron corriendo, lo levantaron, lo consolaron y lo llevaron a su cama. Pronto se quedó dormido, aún aferrado a su oso.

—¿Creés que pueda haberse roto algo? —preguntó Lisa.

—Eso es lo que me preguntaba —dijo Suki—. Probablemente no, pero mi papá llegará dentro de unos minutos y decidirá qué hacer. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. No es eso lo que me preocupa —señaló por último—. Lo que me preocupa es... bueno, ¿qué pasó? ¿Cómo fue que se cayó de las escaleras, así nomás?

—Fue un accidente —aventuró Lisa.

—Si te referís a que nadie lo empujó, tenés razón —replicó Suki—. Pero no creo que haya tropezado. Así que, ¿cómo es posible?

—¡Pero no puede haberlo hecho a propósito! —exclamó Lisa.

Suki se alzó de hombros.

—A lo mejor sintió que nadie le prestaba atención, no sé. ¡Ay, Lisa, me parece que no puedo hacer mi tarea escolar y ocuparme de la casa y también prestarle la atención que necesita!

—Él sabe que lo cuidás —dijo Lisa.

—¡Así es! —dijo Suki con vehemencia—. Y en los próximos días le voy a prestar un montón de atención, para que en su

cabeza no quepan dudas de lo mucho que en realidad me preocupo por él.

Lisa no dijo nada durante un momento. Cuando habló, eligió las palabras con mucho cuidado.

—Suki, ¿creés que es una buena idea? Quiero decir, si le hacés tanta fiesta ahora, justo después de un “accidente”, ¿no querrá tener más de esos “accidentes”?

Ahora le tocó reflexionar a Suki. Luego dijo:

—Tenés razón. Actuaré como si nada. Pero en el futuro —no sólo en los próximos días sino en el futuro—, trataré de prestarle más atención.

—¡No demasiada, ahora! —dijo Lisa con una sonrisa—. Pero en realidad tengo que irme —dijo, casi sin aliento al ver la hora—. Te veo mañana. Tené cuidado.

Suki saludó a su amiga agitando la mano. Pero se repitió estas palabras: ¿tener cuidado? ¿Y una vez que lo tengo, qué hago?, ¿lo doy?

EPISODIO 7. *El profesor Sáenz recibe una reprimenda*

Nadie pudo averiguar de qué habían hablado el director y el profesor Sáenz. Éste, desde luego, no se ofreció a discutirlo, y nadie se animó a preguntarle. Así que luego de unos días, todo el mundo supuso naturalmente que la cuestión había sido olvidada. Miguel afirmó haber oído que el señor Pastorino estaba muy enojado con el profesor Sáenz por “dejar que los alumnos hablaran sobre la administración de la escuela en horas de clase, y por alentarlos a pedir la vuelta de Gustavo Elcentavo, luego de que lo echaran, para explicar su versión de las cosas”. Pero nadie supo si Miguel decía la verdad o simplemente inventaba.

Luego, más o menos una semana después, circuló la historia de que el profesor Sáenz había recibido “una reprimenda oficial”.

Flo estaba impresionada.

—¿Qué hizo de malo? ¡No hizo *nada*! Ni siquiera dijo nada ese día. Sólo trataba de ayudarnos a considerar con cui-

dado las cosas, porque decíamos que queríamos discutirlo y veía que era un verdadero problema para nosotros.

—Tenés razón —dijo Marcos—. Y el mismo señor Pastorino, antes, no veía nada de malo en lo que hacíamos. Así que, ¿por qué cayeron de repente sobre el profesor Sáenz?

—De todas formas, qué es una reprimenda —comentó Miguel mientras guardaba las cosas en su mochila para irse a casa—. Yo las recibo todos los días. No significan nada.

Ari parecía confuso.

—Sí, pero si es oficial, una reprimenda no es poca cosa. La asientan en su legajo. Lo perjudicará.

—Así es —agregó Flo—. Todas las veces que se presente para un ascenso.

—O cada vez que le corresponda un aumento de salario —dijo Marcos—. Y lo peor de todo es, ¿qué hizo de malo, de todas formas? No le pidió a Gustavo Elcentavo que hiciera las cosas que hizo. Ni siquiera quería discutir con nosotros ese día. Simplemente nos dejó, por un lado, porque es un buen tipo y, por el otro, porque era lo justo. Pero si hay algo seguro es que el profesor Sáenz es completamente inocente.

—Sí, está bien, tenés razón —dijo Rodolfo—. No fue su culpa. ¿Pero quién siguió vociferando para que Gustavo Elcentavo volviera? ¡Vos lo hiciste! Así que lo que le pasó al profesor Sáenz es en realidad culpa tuya.

La crítica de Rodolfo sacudió mucho a Marcos, al que no se le ocurrió nada como réplica.

Luego Malena lo criticó por la forma en que aprobaba todos los cambios hechos en la escuela por Gustavo Elcentavo, “sin importar lo tontos que fueran”.

Por fin, Marcos trató de exponer sus razones:

—Miren, chicos. Nunca pretendí tener razón en todo, y tampoco que Gustavo Elcentavo la tuviera. ¿Pero por qué hacerle pagar el pato al profesor Sáenz? Está bien, ahora algunos de nosotros volverán a reunirse con él después de la escuela, si todavía quiere. O podemos reunirnos sin él, si tenemos ganas. ¿Pero por qué deben castigarlo cuando no hizo nada malo?

—¿Por qué no miramos el lado bueno? —sugirió Laura—. A lo mejor Sáenz no iba a conseguir un aumento o un ascenso, de todos modos, ¡así que en realidad no va a perderse nada!

Flo se volvió hacia ella con impaciencia.

—¡Decir eso es una estupidez! Da la casualidad que sé que era casi un hecho que lo iban a nombrar vicedirector a fin de año. ¡Apostaría que el viejo Pastorino no *quería* que fuera su vice, así que usa este asunto con Gustavo Elcentavo como una excusa!

—Te voy a decir algo más —señaló Toni—. Lo que está haciendo Pastorino podría ser una forma de asustar a los chicos que quieran discutir las cosas entre ellos y llegar a pensar por sí mismos.

—¡Esperen! —exclamó Ari—. Ahora no hacen más que suponer. No saben si lo que dicen es cierto o falso. Flo dice que sabe algo que era un hecho pero, ¿cómo sabemos donde lo escuchó? Y Toni sólo supone que Pastorino nos quiere asustar.

Los ojos de Flo centellearon, pero el tono de su voz fue muy mesurado.

—Me lo dijo la profesora Herrero. Todos los profesores lo saben. ¿Sabés qué creo? Creo que el próximo en la lista de futuros despedidos es el profesor Sáenz.

Ari no dijo nada. Se sentía muy incómodo.

—¿Qué vamos a hacer, entonces? —preguntó Marcos.

Laura contestó:

—¿Hacer? ¿Por qué deberíamos hacer algo? Todo lo que hagamos para agitar las cosas sólo causará más problemas.

A lo que Marcos replicó:

—¡Ah, claro, seamos todos avestruces! —Pero luego, tras un momento de reflexión, agregó—: oigan, ¿qué tal si... qué tal si armáramos una... una delegación y fuéramos a ver a Pastorino?

—¡Es una idea maravillosa! —exclamó Lisa, y en pocos minutos acordaron que los que estaban presentes constituirían la delegación y gestionarían una entrevista para discutir la situación del profesor Sáenz con el director.

CAPÍTULO 4

EPISODIO 8. *El funeral de Pablo*

Malena Varela no era precisamente la *baby-sitter* favorita de su barrio. El señor Sívori, padre de Tomás, había resumido en gran parte la opinión de los padres con respecto a ella cuando señaló: "Si algo llegara a pasar, creo que sería más probable que el bebé cuidara a Malena y no a la inversa". Pero había veces en que no se podía ubicar a ninguna otra *baby-sitter*.

Todo lo que ganaba con este trabajo, Malena lo ponía en una caja fuerte de juguete que guardaba debajo de su cama. Con el tiempo, ahorró lo suficiente para comprar un cobayo peruano. No era un cobayo corriente. En parte era color canela, en parte del más blanco de los blancos y, por último, tenía una zona de un marrón intenso, el color del café. Lo más inusual era su pelo, delicado y suave, que caía lacio y recto hasta sus patas, de manera que todo el mundo lo encontraba parecido a un yak en miniatura. Malena lo llamó Pablo, y lo amaba con una pasión sincera. A él le confiaba todos sus secretos con un susurro mientras lo cepillaba, y sólo se detenía de vez en cuando para poder admirar sus ojitos redondos, que le devolvían un resplandor similar a fragmentos de porcelana negra. Luego lo sostenía contra su mejilla y le murmuraba: "Si algo te pasara, Pablo, creo que me moriría".

Pero en realidad Malena esperaba que no pasara nada, y menos todavía lo que sucedió el día que, al llegar a su casa de vuelta del colegio, encontró a Pablo, con sus brillantes ojos muy abiertos, totalmente rígido, frío y muerto. Lisa y Flo habían ido con ella precisamente para conocerlo. Esperaban pasar una tarde placentera compartiendo el deleite de Malena; se vieron, en cambio, en la necesidad de tratar de consolarla y acariciar sus delgados hombros y su espalda mientras sollozaba.

—Era tan precioso —consiguió decir Malena por fin, aunque todavía estaba sofocada—. Nunca volveré a encontrar nada tan precioso en toda mi vida.

—Seguro que sí, corazón —dijo Flo—. Los cobayos no son irreemplazables.

—Pablo no era un cobayo cualquiera. No había nada en el mundo igual a él.

—Bueno —dijo Lisa—, entonces sabés al menos que por un tiempo tuviste algo realmente maravilloso. Muchos de nosotros no podemos decir lo mismo.

—Ya sé —dijo Malena. Luego se levantó y se cepilló el pelo para apartárselo de la cara—. Tenemos que enterrarlo.

Lisa sólo pudo asentir con la cabeza, pero Flo pensó para sí: “Sí, porque si llega tu padre y te encuentra con este animal muerto, va a querer sacarlo y tirarlo a la basura”. Pero en voz alta sólo dijo:

—Está bien, hagámoslo.

Malena encontró una caja de cartón justo del tamaño adecuado, pero le pareció que no podía meter a Pablo en ella sin acostarlo sobre algo suave. Lisa sugirió que pusieran un poco de tierra en la caja, pero Malena negó con la cabeza. Flo dijo que un poco de papel de seda estaría bien, pero Malena volvió a decir que no. Fue entonces a su placard y lo revolvió hasta encontrar su bufanda favorita. La plegó suavemente y puso a Pablo con dulzura encima de ella; luego lo metió en la caja.

Las chicas salieron al patio y Malena encontró un lugar a la sombra, debajo de un joven abedul plateado, donde había

jugado a menudo con Pablo. Luego fue a buscar una pala al sótano y cavó un pozo de más o menos treinta centímetros de profundidad. Las otras chicas querían ayudarla, pero ella no las dejó. Puso a Pablo en la fresca tierra, en el fondo del pozo, y le susurró: “Eras un *buen* cobayo”. Por último, tapó la caja y tomó la pala para empezar a cubrir el hoyo. Pero Lisa le dijo “¡esperá!” y empezó a arrancar puñados de pasto y desparramarlos sobre la caja. Y Flo encontró algunos dientes de león que también arrojó. Finalmente, Malena dijo: “Ya está bien”, y tapó el pozo. Las chicas redondearon el montículo de tierra con las manos y pusieron una piedra en un extremo, para que hiciera de lápida mortuoria.

Poco después, Lisa y Flo se marcharon. Apenas habían llegado a la vereda cuando Malena salió corriendo tras ellas, todavía sin sonreír, y les estrechó las manos en silencio; luego se apresuró a volver a su casa.

Habían caminado varias cuadras —más o menos la mitad del camino hasta la casa de Lisa— cuando se toparon con Ari y Toni. Desde luego, ni bien los vieron les contaron lo que acababa de pasar, y ambas lo hicieron a la vez, algo que a los chicos les pareció histéricamente gracioso. No mucho después, también las chicas hacían muecas y se reían, aunque no estaban muy seguras de por qué lo hacían, y se sintieron felices de que Malena no estuviese allí para verlas en ese momento.

Luego Lisa recuperó en parte la sobriedad.

—Es curioso que Malena no haya dicho mucho, sino que se arremangó e hizo lo que tenía que hacer.

—A mí sí me dijo algo —contestó Flo—. Dijo: “Cuando lo dejé esta mañana estaba vivo, y cuando volví, estaba muerto”.

—Bueno —dijo Toni complacientemente—, así son las cosas. O estás vivo o no estás vivo. No podés estar de las dos maneras a la vez.

—Así es —se hizo eco Ari—. No podés estar de las dos maneras a la vez.

Las chicas se encaminaron pausada y silenciosamente hacia la casa de Lisa.

Finalmente, ésta se las arregló para expresar en palabras una idea.

—¿Tienen razón? ¿Es verdad que tenés que estar vivo o muerto, no podés ser algo en el medio?

Flo sonrió lánguidamente.

—No sé. Montones de veces mi mamá dice que se siente medio muerta, por lo cansada que está. —Luego sugirió—: supongo que lo que querés decir es que no podés ser lo que no sos. Pero no es así. Yo no soy abogada, pero puedo *llegar a serlo*.

—Desde luego —rió Lisa—, pero en cualquier momento dado no podés ser lo que no sos, sólo podés ser lo que sos. Justo ahora, en este momento, tengo la edad que tengo y no otra.

—Y yo tengo el nombre que tengo y no algún otro.

—Y usás la ropa que usás, y no alguna otra.

—Y mi mochila es una mochila, no un..., no un...

—No una no-mochila. —La idea de una no-mochila les pareció muy divertida.

Lisa empezó a buscar su llave para abrir la puerta de calle.

—Ninguna llave —se rió, mientras registraba todo—, sólo montones de no-llaves. Ah, aquí está.

Cuando Lisa abrió la puerta, Flo exclamó:

—¿Sabés qué? ¡Es una regla! Es algo así como la regla de Ari, sólo que no es para dar vuelta las proposiciones o una cosa así. No sé cómo decirlo, pero es algo así: en cualquier momento dado, si algo es falso, no puede ser cierto. Tiene que ser una cosa o la otra: no puede ser ambas.

—Entonces es como lo que decíamos hace un momento. Una chica no puede ser una no-chica. Una jirafa no puede ser una no-jirafa. Una persona viva no puede ser una persona no-viva.

—¡Eso es! ¡Es una regla que siempre funciona! ¿Tengo razón?

Lisa vaciló.

—No sé. No estoy tan segura. ¿Significa, por ejemplo, que no puede haber algo que esté a mitad de camino entre

lo que está vivo y lo que está muerto, o entre un ser humano y un animal?

Flo la miró fijamente durante un instante y luego sonrió.

—Ah, ahora comprendo hacia dónde vas. No, no es eso lo que quiero decir, para nada. ¿Cómo voy a saber si hay algo a mitad de camino entre lo que está vivo y lo que no lo está? Todo lo que digo es que, si algo está vivo, no puede estar no-vivo. Si algo es humano, no puede ser no-humano. Eso es todo a lo que me refiero.

—Parece bien —contestó Lisa—. En realidad, suena fantástico. Pero quiero pensarlo un poco más.

Al día siguiente les contaron a Ari y Toni la regla que habían descubierto.

—Algo es o no es —dijo Flo—. No puede ser las dos cosas.

—Dame un ejemplo —pidió Ari.

—Bueno, tomá un avión —contestó Flo—. En cualquier momento dado, o está volando o no está volando. Pero no puede hacer las dos cosas al mismo tiempo.

—A mí me suena bien —dijo Ari.

—A mí también —dijo Toni.

—Eh, esperen un minuto —interrumpió Lisa—. Tengo un problema con eso.

—¿Qué querés decir? —preguntó Flo.

—El avión que acabás de mencionar, ¿dónde está?

—Donde sea, ¿cómo voy a saber?

—Bueno, ¿está donde está, no es cierto, y no donde no está?

Flo hizo una mueca.

—Está bien. Está en el espacio en que está, y no en algún otro espacio.

—Pero ése es precisamente mi problema —dijo Lisa—. Un avión ocupa justo el espacio en que está. ¿Pero puede volar en él?

—Por supuesto que no. No tendría lugar para moverse de un lado a otro.

—Por otra parte —prosiguió Lisa—, ¿puede un avión volar en un espacio que *no* ocupa?

—Supongo que no. No puede estar donde no está. Sólo puede estar donde está.

—Bueno, entonces —exclamó Lisa triunfante—, ¡acabo de demostrar que un avión no puede volar! ¡No puede volar donde está y no puede volar donde no está!

—Pero los aviones sí vuelan, y vos lo sabés —insistió Ari—. Es un hecho.

—Claro —se rió Lisa—. Vuelan desde donde están hacia donde no están.

—¿Decís entonces que la regla no funciona? —quiso saber Flo.

—No, pero no te importa que la ponga a prueba, ¿no? —Y tras esa observación, Lisa se marchó apurada.

Un rato después, Ari dijo:

—La regla es buena. No puedo tomar muy en serio el ejemplo de Lisa, porque sé que los aviones sí vuelan. Pero tampoco puedo mostrar en qué se equivoca. Al menos no puedo en este preciso momento.

—Creo que es una buena regla porque me ayuda a entender qué significa entender —señaló Toni.

—Sí —contestó Ari—. Pero, sabés, entender es algo como volar. Siempre vas desde lo que sabés hacia lo que no sabés, o desde lo que no sabés hacia lo que sabés. Pero desde luego no me explico cómo pasa.

EPISODIO 9. *¿Toni debe pelear con Sebastián?*

Miguel Minkowski le dio un ligero golpe a Toni en las costillas y le preguntó:

—¿Qué hay entre Laura y vos?

—¿De qué hablás? —protestó Toni—. Nada.

—No es lo que cuenta Laura —insistió Miguel.

—¿Qué querés decir? —preguntó Toni.

—Bueno, Sebastián Valdéz ha estado tras ella, tratando de conseguir que vaya con él a unos recitales de rock. Pero Laura siempre le dice que no puede salir con él porque está saliendo con vos.

Toni estaba perplejo.

—¡Es mentira! Nunca en mi vida salí con ella.

—Bueno, todavía te falta escuchar lo peor.

—¿Hay más?

—Sí. Laura le dijo a Sebastián que vos dijiste que si seguía molestándola, lo ibas a molar a palos.

—Pero... pero... —balbuceó Toni—, ¡ella sabe que no es así! De hecho, el otro día me dijo... dijo que no iría conmigo a ninguna parte, aunque se lo pidiera.

—Bueno, obviamente te cuenta una cosa a vos y a Sebastián le dice exactamente lo contrario. Viene bien para que veas cómo son las chicas: unas histéricas.

—No sé de las chicas —dijo Toni meditativamente—, pero seguro que no puede ser cierto que salgo y que no salgo con ella. De todos modos, dudo que Sebastián la tome en serio.

—Ahí es donde te equivocás. Me pidió que te dijera que mañana a las cuatro en punto estés en la parte de atrás de la escuela. Dice que te va a hacer pedazos de verdad.

—Ah, bárbaro —murmuró Toni—. ¡Es sencillamente fantástico!

Llegó Lisa, y Miguel le contó el desafío de Sebastián a Toni. Luego llegó Ari, y Miguel volvió a contar la misma historia del principio al fin. Mientras tanto, Toni escuchaba sin decir una palabra y trazaba líneas en la arena con la punta de su zapatilla.

—¿Estás preocupado, Toni? —quiso saber Miguel.

Toni se alzó de hombros.

—¿Por qué debería estarlo?

—Bueno, podrías recibir una paliza.

—Mirá —replicó Toni con impaciencia—, o habrá una pelea o no habrá una pelea. Ésas son las dos únicas posibilidades. Si no hay pelea, no tengo nada de qué preocuparme. Y si la hay, bueno, puedo cuidarme solo.

Ari reflexionó sobre los comentarios de Toni.

—¿Nos estás diciendo, como suele decirse, que "lo que será, será"?

—Supongo que sí.

—Así que... —Ari prosiguió con su idea—, entonces, no importa lo que pase mañana, ¿ya está decidido?

Toni se encogió de hombros.

—No dije eso. ¿Adónde querés llegar?

—A lo que me refiero —dijo Ari, luego de un momento de pausa— aunque *nosotros* no sepamos qué va a pasar mañana, ¿es posible que ya esté decidido qué *va a* pasar? Todo lo que *nosotros* podemos decir es que mañana habrá una pelea o no la habrá. Eso es lo que podemos explicarnos a partir de la regla que descubrieron Flo y Lisa: ambas cosas son posibles. Pero en realidad, sólo una de ellas va a pasar verdaderamente, aunque no sabemos cuál. Así que, a lo mejor, lo que sucederá en tu pelea de mañana ya está decidido.

—Nooo —dijo Toni—, estás completamente equivocado. El futuro no está decidido para nada. Claro, es cierto que mañana habrá una pelea o no la habrá. Pero en uno u otro caso, *cualquier cosa* es aún posible.

—No estoy de acuerdo con vos —objetó Miguel—. Yo creo que lo que va a pasar mañana ya está bastante determinado. Mirá, suponéte que mañana me voy a resfriar. Bueno, eso significa que las condiciones para que mañana me resfríe ya están presentes hoy, ¿cierto?

—¡Cierto! —dijo Ari.

—Así que si un médico me revisara con cuidado hoy, podría decir si me voy a resfriar mañana, así como el meteorólogo puede pronosticar tormentas. Yo creo que el futuro ya está decidido, incluso lo que te pase mañana, Toni.

—¿Y vos? —Ari le preguntó a Lisa.

Ari sacudió la cabeza:

—Estoy con Toni —dijo Lisa simplemente—. Puede pasar cualquier cosa. ¿Vos qué opinás?

—Sencillamente, no sé. Cuando escucho a Toni, estoy convencido de que tiene razón, y cuando escucho a Miguel, me convenzo de que es *él* quien la tiene. Pero, en realidad, si me obligaras a elegir, supongo que estaría con Miguel.

—Dos a dos —dijo Lisa—. Empate.

—¿Pero será un empate mañana? —dijo Miguel.

Tal como resultaron las cosas, la pelea sí se produjo. Luis y Miguel fueron con Toni al lugar y la hora convenidos. Toni le entregó sus anteojos a Luis. Entonces Sebastián, seguido por varios de sus amigos, se precipitó sobre él, que levantó los brazos para protegerse. Toni recibió un golpazo en el pecho y cayó al suelo. Lo siguiente que pudo saberse fue que Sebastián se marchaba con la nariz sangrante, mientras Toni estaba sentado en la escalera de emergencia tratando de recuperar el aliento.

—Ganaste, Toni —dijo Luis con entusiasmo.

Toni alzó la vista hacia él.

—Sí, claro.

—Bueno —dijo Miguel—, podés estar orgulloso, ¡mirá toda la sangre que hay!

Toni no contestó. Tenía la idea de que los amigos de Sebastián, mientras lo ayudaban con su nariz, también *lo* felicitaban por su victoria. Finalmente, señaló:

—Sebastián creyó que no tenía otra opción. Sintió que tenía que hacer lo que hizo. Puedo entenderlo; no estoy enojado con él. Si Laura me hubiese dicho algo así, a lo mejor habría hecho lo mismo que Sebastián. —Hizo una pausa y luego agregó—: por otro lado, yo hice lo que *tenía* que hacer. Cuando todo empezó a suceder, sentí que en realidad no tenía muchas opciones. Ahora, simplemente me gustaría olvidar todo el asunto.

Un rato después, Toni se marchó con Luis, dejando a Miguel sentado en uno de los escalones más altos de la escalera de emergencia.

CAPÍTULO 5

EPISODIO 10. *Las tres cabezas del gigante*

—Profesor Sáenz —dijo Toni—, suponga que piensa que algo es importante y realmente cree que es así. ¿Cómo se lo demuestra a otras personas?

El profesor alzó las cejas.

—¿Me estás preguntando cómo podés defender tus creencias?

—Su-supongo que sí.

—Bueno, ¿el año pasado no aprendimos que hay dispositivos de razonamiento que se llaman *argumentos*...?

—Exacto..., premisas y conclusiones.

—¿Y qué averiguamos sobre la manera en que podíamos garantizar que nuestras conclusiones fueran verdaderas?

—¡Ya me acuerdo! —exclamó Lisa—. Si uno construye un argumento, tiene que usar un dispositivo de razonamiento correcto y estar seguro de que las premisas son verdaderas. Ésa es la única forma, cuando se razona, de estar seguro de la verdad de la conclusión.

—Está bien —dijo Toni—. Miren, chicos, tenemos resuelto el problema. Lo único que tenemos que hacer ahora es explicarnos qué es lo que hace verdaderas las proposiciones.

—Muy sencillo —dijo Sebastián sarcásticamente—. Todo lo

que tenemos que hacer es explicarnos qué es lo que hace verdaderas las proposiciones. ¡Vamos!

Lisa se dirigió al profesor.

—¿Toni tiene razón, profesor? ¿Eso es todo lo necesario?

El profesor Sáenz miró un largo rato por la ventana, luego se volvió hacia ella.

—Supongo que Toni tiene razón, Lisa —dijo—. Pero Sebastián también. No va a ser fácil.

* * *

—Papá.

—Hijo.

—Papá, ¿podés cortarla? Quiero preguntarte algo.

—Sin duda sabés cómo sorprender a un sujeto. Pronto me vas a decir otra cosa impresionante, como que el día sigue a la noche.

—¡Papá, dále!

—¿Cuál es tu pregunta?

—Bueno, estamos tratando de explicarnos qué es cierto, y cómo distinguir las proposiciones verdaderas de las falsas.

—¿Llegaron a algún lado?

—No, no muy lejos.

—Si averiguan algo, ponéme al tanto.

—Pa, no sos de mucha ayuda.

—Todavía no me preguntaste nada.

—¿Cómo sabemos qué es verdadero?

—¿Querés la verdad?

—Por supuesto.

—No sé.

—Eso es sencillamente grandioso. ¡Creía que tenía que pedirles a mis padres que me explicaran la diferencia entre el bien y el mal!

—No me preguntaste por la diferencia entre el bien y el mal. Me preguntaste la diferencia entre verdadero y falso.

—Bueno, están relacionadas. Siempre está bien decir algo verdadero y siempre está mal decir algo falso.

—Mirá, Ari, en realidad vos sabés todas las respuestas. No sé por qué te molestás en preguntarme nada.

—¡Por eso siempre tengo que hacer preguntas! Porque en el momento en que trato de decir algo, te burlás de mí.

—No me estoy burlando de vos. Sólo trato de mantenerte alerta.

—Está bien, entonces, si no te gusta la forma en que lo digo, dejáme que lo exprese como una pregunta. ¿Alguna vez está bien mentir?

—Si hay veces en que está mal decir lo que es verdad, entonces hay veces en que está bien decir lo que no lo es.

—¡Papá! Terminá con las historietas, ¿querés?

—Ari, seguí haciéndome estas preguntas que parecen muy simples en la superficie, pero que no lo son en absoluto. Una pregunta tuya es casi tan inocente como la hoja de una navaja. Tendría que estar bastante distraído para darte una respuesta simple.

—¿Por qué no podés decir sólo sí o no?

—Está bien, si eso es lo que querés. Pero antes, contestáme una pregunta. ¿Soy inteligente?

—Yo...

—La verdad ya, Ari.

—Lo que quiero decir es...

—Claro, lo que querés decir es que en ciertos aspectos creés que lo soy y en otros creés que no lo soy, ¿no?

—No querés esperar mi contestación.

—No necesito esperar. Ya planteé mi argumento.

—¿Que es cuál?

—Que cuando me hacés una pregunta, querés una respuesta inmediata, por sí o por no, pero cuando yo te hago el mismo tipo de pregunta, querés tener tiempo para los "este..." y los "bueno...".

—Papá.

—Estoy aquí.

—Está bien; ahora, mirá, lo que me parece que decís es que la pregunta referente a decir la verdad es diferente de la pregunta acerca de qué es la verdad. También me parece

que decís que ambas son más complicadas de lo que parecen, ¿no?

—Sí.

—Bueno, tomemos una de ellas: decir la verdad. ¿Podés explicarme por qué es tan complicada que no podés darme una respuesta sencilla?

—¿Te acordás de ese cuento de hadas noruego que solía leerte, sobre el gigante con dos cabezas de más, una debajo de cada brazo?

—Claro.

—Bueno, ahora suponéte que te pregunte si el gigante era lindo. ¿Qué dirías?

—No podría contestarte si considerara sólo una de las cabezas. Tendría que ver las tres para saber qué aspecto tienen juntas.

—Muy bien; ¿no es posible que tu pregunta también tenga dos cabezas ocultas además de la visible?

—Sí, pero no te entiendo.

—Digamos que la cabeza evidente, visible, es si lo que decís es verdadero o falso. Digamos que una de las cabezas escondidas es lo que tratás de hacer al decirlo. Y digamos que la otra cabeza escondida es si lo que decís es perjudicial para alguien. Ahora, como lo señalaste antes, podrías querer ver las tres cabezas y cómo se relacionan, antes de concluir si está bien o no decir algo.

—Entonces, ¿cuándo estaría mal, siempre mal, mentir? ¿Cómo podría asegurarme de que está mal hacerlo?

—No sé si absolutamente seguro, pero creo que podrías estarlo bastante si supieras que lo que dijiste es falso, que tenías la intención de dañar a alguien y que decirlo haría realmente más mal que bien.

—¿Ésas son las tres cabezas del gigante?

—Exacto. Ésas son las tres cabezas del gigante. Pero quiero advertirte que es muy raro que encuentres las tres juntas, y si sólo podés ver una o dos de ellas, lo único que podés hacer es suponer.

—Papá, ¿podés explicarme mejor qué pasa cuando sólo

ves un par de cabezas, en lugar de las tres?

—Claro, pero tendrás que aguantar que te cuente una historia. ¿Creés que podés soportarlo?

—Voy a tratar. Voy a tratar de hacer cualquier cosa.

—Está bien. Es una especie de recuerdo personal...

—¿Querés decir que es verdad?

—¿Qué te dije de hacer preguntas como ésa?

—Bueno, cierro el pico. Contámelo de la forma en que lo recordás.

—Cuando era chico, mucho más que vos, mi madre decidió que tenía que hacerme una fiesta de cumpleaños, a la que invitaría a todos mis compañeros de clase. Así que me dijo que escribiera invitaciones para todos, diciéndoles que vinieran a mi fiesta la noche del 14. Ahora bien, al primero que le escribí fue a Carlos. Pero Carlos no me gustaba y quería lastimarlo. Así que deliberadamente le dije que viniera el 16. Pero de algún modo averiguó que la fiesta era el 14, así que apareció ese día y la pasó maravillosamente.

Ari alzó la vista atentamente:

—Ajá... mentiste y tu intención era maliciosa, pero no resultó un gran perjuicio.

—Exacto. Después le escribí a Sandra, a quien no podía aguantar. Le dije que viniera el 14 y que me parecía que era repulsiva.

—Entonces —interrumpió Ari—, lo que dijiste era verdad, pero tenías la intención de lastimarla.

—Y lo hice. El siguiente que invité fue mi amigo Samuel, que no estaba en nuestra clase. Le escribí diciéndole que mi madre quería que viniera, lo que no era cierto para nada. Pero no pretendía hacer ningún daño. Y Samuel vino y la pasó muy bien.

—¿Había alguien más?

—Sólo mencionaré a una: Liliana. Ella me gustaba mucho, pero por error la invité para el 16. Así que se perdió la fiesta y resultó muy lastimada.

—Falso, dañino pero no malicioso —dijo Ari.

—Podría seguir y seguir.

—No, por favor. La cabeza ya me da vueltas.

—Bueno, querías que fuera exacto.

—Así es —dijo Ari severamente—; de otro modo no lo habría aceptado.

EPISODIO 11. Molestan a María

El chaparrón había terminado y Ari, Marcos y Luis habían equilibrio sobre el cordón de la vereda de la escuela, mientras contemplaban la esquina inundada.

—El desagüe está tapado —señaló Luis.

—Sí —contestó Marcos—. Dejen que lo destape un poco con esta rama. —Pero las empapadas hojas formaban una masa tan compacta que Marcos fue incapaz de moverlas. Luis encontró un pedazo de madera y empezó a ayudarlo.

Pronto aparecieron dos chicos más grandes. Marcos los reconoció como los que habían molestado a María cuando volvía a su casa desde la escuela la semana anterior. Ellos no sabían que Marcos era su hermano. Uno de los dos preguntó:

—¿Alguno de ustedes vio a María?

Luis y Ari negaron con la cabeza.

El otro chico dijo:

—Queremos divertirnos un poco con ella. —Su amigo lanzó una risita tonta.

—Me parece haberla visto salir del colegio hace unos diez minutos. Dijo que iba directo a la casa —señaló Marcos.

Los dos chicos lo miraron fijamente durante un momento y luego siguieron su camino. Luis volvió a remover las hojas atascadas. Después de un rato, apareció Malena.

—Marcos —dijo con su voz aguda—, ¿viste a María?

Marcos asintió con la cabeza.

—Sí, todavía está en la escuela. Está haciendo no sé qué tarea especial con Lisa y Flo. —Malena volvió a la escuela.

—Te hicieron exactamente la misma pregunta —le dijo Luis a Marcos—, pero les diste respuestas exactamente opuestas.

Marcos indicó que sí con la cabeza.

—Situaciones diferentes —dijo.

En ese preciso instante, María, Flo, Malena y Lisa salían de la escuela. Marcos le contó a su hermana lo que había pasado. Los otros escuchaban atentamente. Luego Luis señaló:

—Fue bastante gracioso ver que le hacían la misma pregunta dos veces seguidas, y una vez la contestó con una mentira y la otra con la verdad.

Lisa no pudo evitar tomarle un poco el pelo a Marcos.

—Hiciste bien, Marcos. Pero en coherencia no te sacás un puntaje muy alto.

Marcos se ruborizó y nadie pareció tener nada que decir, hasta que, por último, Ari salió con un: "Bueno...".

Lisa lo miró interrogativamente.

—Lo que quiero decir —dijo Ari lentamente— es que Marcos habría sido incoherente sólo si las dos situaciones hubiesen sido iguales. Pero no lo eran. Una estaba a kilómetros de la otra.

—¿Mediste la distancia entre ellas? —indagó Lisa, todavía maliciosa—. ¿Podés decirnos cuáles son tus criterios?

Ari se exprimió el cerebro y estaba a punto de rendirse cuando recordó las tres cabezas del gigante. Pero antes de que pudiera decir algo, Malena exclamó:

—Seguro que esos chicos no estaban tramando nada bueno. ¡No tenían derecho a una respuesta honesta! ¡Sólo una pregunta honesta merece una respuesta honesta!

—¿Eso significa —preguntó Flo— que antes de contestar las preguntas de quien sea, tenés que saber si tienen buenas o malas intenciones?

Ari no pudo contenerse más.

—¡Esperen! —exclamó, con las manos extendidas, las palmas hacia arriba y los dedos bien separados—. ¡No es tan difícil! Sí, *hay* criterios: la verdad, las consecuencias y las intenciones. —Los otros no hicieron más que mirarlo fijamente, sabiendo que no tendrían que instarlo a seguir—. Miren, tomen el caso de esos dos tipos. Hicieron una pregunta, pero su intención, su propósito al hacerla, no era buena. Su mala

intención descalificó su pregunta, y ahí es donde estoy de acuerdo con Malena. Y las consecuencias de que Marcos la contestara honestamente podrían haber sido malas.

—Está bien —dijo Lisa—, ¿pero qué pasa con la respuesta que le dio a Malena?

—Los mismos tres criterios —retrucó Ari—. La intención de Malena era buena y las consecuencias de contestarle honestamente también lo parecían, así que Marcos dijo la verdad. No veo nada de malo en lo que hizo.

—¿Pero qué pasa con su incoherencia? —insistió Lisa.

Ari se encogió de hombros.

—No creo que *fuera* incoherente. Todos estamos de acuerdo en que las dos situaciones eran completamente diferentes. Si hubieran sido iguales y él hubiese dicho una cosa una vez y lo contrario la siguiente, *entonces sí* habría sido incoherente.

Más tarde, Flo y Lisa se marcharon juntas. Lisa dijo:

—En realidad, yo no tenía nada en contra de lo que hizo Marcos. Sólo quería empujarlo a que dijera por qué razón lo hizo.

—¿Mentir no es un problema para vos?

—No es un problema *personal* para mí —respondió Lisa rápidamente—. Quiero decir, no siento muchas veces la tentación de mentir. *Odio* mentir y en realidad disfruto diciéndolo la verdad. ¿Pero por qué lo hacemos?

—¿Por qué hacemos qué?

—¿Por qué decimos la verdad? Es gracioso, no puedo acordarme de ninguna vez que mis padres me hayan dicho que nunca mintiera y siempre dijera la verdad.

—Vos te preguntás por qué decimos la verdad, y yo me pregunto cómo podemos decir qué es verdad. —Flo pensó durante un instante y luego añadió—: de todos modos, a lo mejor aprendemos más de la manera en que vemos vivir a nuestros padres que de lo que nos dicen.

Lisa lanzó una risita.

—Y a lo mejor yo soy sólo una persona propensa a preocuparse. Eso es lo que me dice mi padre.

Flo recordó repentinamente que al día siguiente tenía que entregar una tarea de biología.

—Escucháme, Lisa —dijo—, ¿mañana me vas hacer acordar de algo?

—Puede ser —replicó Lisa.

EPISODIO 12. *El intento de salvar al profesor Sáenz*

Era jueves a la tarde, momento previsto para que la delegación se reuniera con el director. En el vestíbulo frente al despacho de éste, Marcos dijo:

—Eh, esperen un minuto, ¿no tendríamos que tener una estrategia antes de entrar?

—Lo mejor es explicarle sencillamente que no fue culpa del profesor Sáenz —dijo Malena.

—No —contestó Marcos—, tenemos que tener un plan.

Pero nadie hizo ninguna sugerencia, y pudieron ver que la secretaria del director les echaba un vistazo. Marcos miró nerviosamente a Ari.

—Bueno... —comenzó Ari vacilante—, supongo que deberíamos tratar de mostrarle que lo que estuvimos haciendo está de acuerdo con *sus propias* creencias.

—¡Eso es! —exclamó Flo—. ¡Y que lo que él ha hecho no lo está!

La secretaria los condujo al despacho del señor Pastorino, aunque Marcos señaló que todos sabían dónde estaba. Cuando entraron, el director estaba hablando por teléfono, así que se sentaron en silencio en los grandes sillones y el sofá tapizados de cuero a la espera de que terminara de hablar.

Finalmente, colgó el tubo y se volvió hacia los chicos. Les dijo que le encantaba poder discutir sus problemas con ellos, habló de las pocas veces que tenía tiempo para hacerlo, que en el futuro había que repetir con más frecuencia ese tipo de cosas, de cuán orgulloso estaba de ellos porque les interesaba discutir racionalmente los problemas y que sabía que también sus padres lo estaban.

—Ahora —dijo el director—, ¿cómo puedo ayudarlos?

Marcos fue el primero en hablar.

—Señor Pastorino, queremos hablar con usted acerca del profesor Sáenz.

A Lisa le pareció que la expresión del director cambiaba muy ligeramente, pero éste se limitó a preguntar:

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo que tenemos que discutir sobre él?

—Antes de que nadie pudiera contestar, prosiguió—: permítanme decirles que tengo la más alta consideración por el profesor Sáenz. Definitivamente. Un excelente profesor y un excelente joven. Sí, en efecto, un motivo de orgullo para su estirpe.

Los ojos de Flo centellearon.

—Director, cuando usted dice todo eso, parece que él es una especie de excepción, usted sabe, algo que en realidad los demás mucho no somos. ¿Diría eso de alguno de los otros profesores, que son “un motivo de orgullo para su estirpe”?

Pero en ese momento Lisa y Suki le susurraron que “aflojara” y, aunque evidentemente molesta, Flo no dijo nada más.

El señor Pastorino intentó suavizar las cosas y volvió a aludir a la alta estima en que tenía al profesor Sáenz.

—Pero estoy seguro de que no vinieron aquí para que les dijera cuánto lo considero. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Marcos volvió a probar.

—Circula el rumor de que al profesor Sáenz no le van a dar el ascenso, y que a lo mejor ni siquiera van a renovar el contrato, porque nos dejó debatir durante las horas de clase la partida del señor Lamonedá. El rumor es que lo acusan de mostrar poco criterio al permitirnos discutir las políticas de la escuela en la clase. Así que pensamos que lo mejor era venir a hablar con usted.

—Puedo asegurarles... —el señor Pastorino pareció buscar las palabras precisas—, puedo asegurarles que todos comprendemos que ninguno de los niños tuvo responsabilidad en ese incidente. Definitivamente no. Nadie los va a culpar en lo más mínimo.

—Señor Pastorino —lo interrumpió Ari—, no vinimos aquí porque creyéramos que *nos* iban a culpar de nada. Nunca se nos ocurrió que pudiera haber algo malo en lo que hicimos, y aun usted no hace más que decirnos lo orgulloso que está de nosotros. Queremos aclararle que no hablamos de nosotros mismos. Hablamos del profesor Sáenz.

El señor Pastorino carraspeó y empezó a enumerar las muchas responsabilidades de un profesor de escuela y su obligación de cumplir las reglas y los reglamentos del colegio. El director se extendió en abundancia sobre el tema, y nadie estuvo dispuesto a interrumpirlo.

Finalmente hubo una pausa, y Toni la aprovechó para preguntar qué iba a pasar con el profesor Sáenz.

El señor Pastorino puso las manos frente a él, con las palmas hacia arriba.

—¡Por favor, por favor! ¡No tengo la bola de cristal! No tengo idea de qué pasará en este caso porque no controlo en absoluto estas cuestiones. Están completamente fuera de mi alcance. Y aun si no lo estuvieran, sería definitivamente inadecuado que las discutiera con los alumnos.

—Pero, señor Pastorino —dijo Suki—, todo lo que queremos es decirle lo convencidos que estamos de que el profesor Sáenz es inocente.

—Así es —dijo Marcos—. No nos parece que haya hecho nada malo en absoluto. Nos sentiríamos muy mal si pensáramos que en nuestra escuela se castiga a un inocente. Y nos sentiríamos aún peor si pensáramos que lo castigan por causa nuestra.

—Señor Pastorino —agregó Ari—, si vamos a recibir una buena educación en esta escuela, entonces no debe culparse a nadie por ayudarnos a pensar por nosotros mismos.

—Sí, pero al profesor Sáenz *lo culpan*, aunque todo lo que hizo fue ayudarnos a pensar por nuestra cuenta —la voz de Flo le tembló al hablar.

El señor Pastorino contempló con calma a la delegación.

—Se deduce entonces que ustedes no pueden recibir una buena educación en esta escuela; ¿es así?

Antes de que nadie pudiera replicar, entró la secretaria.

—Está la señora Van Zant para hablar con usted acerca de Juan —anunció.

El señor Pastorino se levantó, por lo que los alumnos hicieron lo mismo.

—Estoy muy contento de que hayamos tenido esta pequeña charla —dijo con afabilidad—. Es bueno que de vez en cuando podamos compartir nuestros sentimientos y pensamientos. —Tras lo cual los escoltó amablemente fuera del despacho.

Marcos parecía sombrío.

—Sí, compartimos nuestros pensamientos con él, pero seguramente él no compartió ninguno de los suyos con nosotros. ¡Se esforzó un montón!

—Ni siquiera tuvimos la posibilidad de discutirlo, porque esa secretaria nos dio sólo algunos minutos —dijo Toni—. Chicos, fuimos unos tontos al no pedir más tiempo.

—No hubiera servido de nada —comentó Flo—. Lo sabés.

* * *

Miguel, que estaba parado junto a la ventana, descubrió algo interesante abajo, en el patio delantero de la escuela. Un auto se había detenido junto al cordón y de él había bajado una joven que ahora subía por el sendero hacia la puerta. Cuando estaba más o menos a mitad de camino, salió apurado el profesor Sáenz, que bajó corriendo los escalones y le dio un gran abrazo.

Los alumnos observaron en silencio. Cuando el profesor y la chica entraron al auto, Miguel entonó:

—Y así, mientras el sol se hunde lentamente detrás de las colinas purpúreas, dejamos a nuestro héroe y nuestra heroína mientras caminan de la mano hacia el ocaso.

Marcos comentó:

—No importa, Miguel, ése no es nuestro problema; nuestro problema es qué vamos a hacer con la situación aquí en la escuela.

Laura respondió:

—¿Hacer? ¿Por qué deberíamos hacer algo? A mí me parece que al profesor Sáenz no le preocupa el director. En este preciso momento está más interesado en ella... —y señaló la vereda donde acababan de ver a la pareja—. Además, cualquier cosa que hagamos para agitar las cosas sólo creará mayor confusión.

A lo cual Marcos replicó:

—¡Otra vez: bienvenida a la casa de los avestruces!

Al día siguiente, Miguel no perdió el tiempo.

—Profesor Sáenz —preguntó—, esa chica a la que vimos con usted, ¿quién era?

El profesor pareció levemente sobresaltado.

—¿Por qué? Era Violeta.

—¿Y qué es suyo... o se supone que no tenemos que preguntar? —dijo Laura tímidamente.

—¿Es su novia? —preguntó Malena.

—¿Se va a casar con ella? —preguntó Luis.

El profesor levantó las manos, muy divertido.

—Miren, si hago una declaración sobre eso, ¿me prometerán dejarme en paz, sin más preguntas? ¿Me lo juran? —Asintieron ávidamente—. Está bien, hemos hablado de casarnos, pero no resolvimos nada. Ella estudia en la universidad, así que no tiene trabajo, y yo no sé si lo tendré el año que viene, de modo que todavía estamos viendo qué vamos a hacer.

—¡Cásense de todos modos! —exclamó Miguel. Luego le dijo intencionalmente a Tomás:

—¡Qué bomboncito!

—Calláte, Miguel —dijo Ari, molesto. Se volvió hacia el profesor—: ¿eso significa... no entiendo... eso significa que a lo mejor no va a estar aquí el año que viene?

—¿No acordamos que no iba a haber más preguntas? —dijo el profesor.

—Ésa también es una pregunta —retrucó Miguel, y todo el mundo se rió.

CAPÍTULO 6

EPISODIO 13. Lisa va de compras

—¿Tengo que hacerlo? —La voz de Lisa estaba al borde de la irritación.

—No vas a visitar al tío Fredi y la tía Georgina sin un vestido nuevo —dijo con firmeza la señora Tessio—. Sabés cuánto les gusta llevarte a pasear y agasajarte cada vez que los visitás. Lo menos que podés hacer es comprar un vestido nuevo para la ocasión.

—Pero ya tengo algunos vestidos buenos que podría usar.

—Sí, pero no son nuevos. No discutamos más. Vamos a ir de compras el sábado. —Como Lisa no dijo nada, su madre agregó—: ¿querés lucir bien, no?

—¿Qué querés decir con “bien”? —preguntó Lisa. Pero aun cuando hizo esa pregunta, se dijo a sí misma—: “¿Por qué tengo que desafiarla cada vez que dice algo? No entiendo por qué lo hago”.

Deseosa de que Lisa no fuera tan irritable, su madre trató de contestarle con calma.

—Bueno, querida, supongo que un vestido está bien si es el que cualquier chica querría usar si fuera a visitar a sus parientes favoritos.

—Odio usar vestidos —dijo Lisa con un gesto serio—. Y además, yo no soy cualquier chica.

—No quise decir que lo fueras —se apresuró a señalar la mujer—. A lo que me refiero es que lo que está bien llevar sería lo que *todas* las chicas querrían.

—Eso no es mejor —dijo Lisa con vivacidad—. En realidad, es peor. No todas las chicas son del mismo talle. Necesito algo que me siente a *mí*, no algo que esté bien para todo el mundo. No soy como todo el mundo. No soy como todo el mundo. Yo soy yo. ¿Podés entenderlo?

—Las personas tienen distintos talles, y los vestidos lo mismo —dijo su madre.

Lisa rió. Pero ni ella ni su madre estaban demasiado ansiosas por seguir con el tema, de modo que lo abandonaron. Además, Lisa sospechaba que su madre siempre llamaba la atención hacia su figura o su inteligencia para que no se fijaran en su cara. Y cuanto más lo hacía, más aparecía ella con los *pulóveres* y *jeans* más enormes que pudiera encontrar.

Llegó el sábado, las compras se llevaron a cabo y el conflicto que ambas preveían pronto estalló.

—Aquí hay uno. Probátelo —indicó la señora Tessio. Era un vestido que estaba en la vidriera. Había unos quince en el perchero, de varios talles, todos de idéntico color y estilo.

Obediente, Lisa se probó uno, pero sin comprometerse. Su madre la presionó, pero ella insistió en mirar un poco más. Un poco después, encontró un vestido en un perchero de ropa en liquidación.

—Mirá, éste es bárbaro.

—Lo rebajaron a la mitad.

—¿Y qué? Me gusta.

—Tendríamos que esperar a que lo rebajaran una vez más; deberían pagarnos por sacárselo de encima.

—¡Ay, mamá, nunca vi nada así! ¡Es simplemente perfecto para mí!

Hubo un intercambio de palabras y ambas dijeron cosas de las que inmediatamente se arrepintieron. En definitiva, la señora Tessio, bastante taciturna, compró los dos vestidos. Cuando llegaron a su casa, Lisa colgó el vestido caro sin mi-

rarlo más. En cambio, se puso el otro y giró a uno y otro lado frente al espejo—. “¡Está tan bien!” —se dijo a sí misma en un estado de éxtasis—. “Tal vez no esté bien para todos, pero para mí no podría ser mejor”. Luego se miró con admiración al espejo y dijo: “Lisa”.

EPISODIO 14. *El partido de fútbol*

Miguel, Sebastián y Beto jugaban un rato a la pelota, todos los días después de clase. Miguel traía la pelota, hacían algunos pases y se turnaban para patear al arco. A veces, cuando otros chicos se quedaban, jugaban un partido.

Uno de esos partidos estaba empezando, con Miguel y Beto de un lado, y Sebastián y Ari del otro. Unos cuantos chicos se preparaban para colocarse en uno u otro equipo, cuando aparecieron Florencia y Lisa, y sobre la marcha anunciaron que querían jugar. Las chicas esperaban que se opusieran y se sorprendieron de que los chicos no pusieran ninguna objeción. Parecía haber un acuerdo tácito de que Sebastián era el capitán de un equipo, mientras que Miguel y Beto eran co-capitanes del otro. Era bien sabido que Flo jugaba al fútbol tan bien como la mayoría de los varones; era buena sobre todo pateando penales y como arquera.

Antes de comenzar, los chicos se pusieron de acuerdo en cuanto a las reglas con las que jugarían: si el partido terminaba empatado, el resultado se definiría por penales; cada jugador podría tirar una sola vez.

El juego fue entretenido y por momentos tuvo jugadas emocionantes. Como no hubo goles en ninguno de los dos tiempos, descansaron unos minutos y comenzaron a turnarse para patear los penales. Sólo le faltaba tirar a Lisa y era la última posibilidad que tenía el equipo de Miguel de definir el partido a su favor. Miguel, que ya había pateado su penal, se acercó a Lisa y le sacó la pelota. Lisa quedó tan sorprendida que no puso ninguna objeción. Tomó carrera y cuando iba a patear, Flo desde el arco gritó:

—¡Esperá! ¡No es justo! No tenés derecho a ocupar su lu-

gar sólo porque ella es una chica. ¡No lo harías si fuera un varón!

Miguel no dijo nada. Continuó de pie mirando el arco. Sebastián se acercó y dijo:

—Miguel, ¡no podés hacer eso! ¡Va contra las reglas que establecimos! No podés volver a tirar, y además Lisa es la única de tu equipo que todavía no pateó.

Toni, que estaba en el equipo de Sebastián, también apoyó la objeción:

—Es verdad, Miguel, las reglas son las reglas.

—En primer lugar —dijo Miguel de mal humor— ella no sabe patear. En segundo lugar, es mi equipo.

—¿Qué querés decir con "tu equipo"? —preguntó Flo.

—Quiero decir que ésta es mi pelota. Están conmigo Sebastián y Beto porque siempre jugamos juntos, sólo estamos permitiendo que el resto de ustedes juegue con nosotros.

Ari permanecía cerca del medio de la cancha, sin decir nada. Por fin se acercó a Lisa y le dijo:

—Escucháme, ¿por qué no dejás que Miguel pateé el penal? Si Flo sigue insistiendo, el partido nunca va a continuar.

Flo miró a Ari, furiosa:

—Vos lo sabés mejor que nadie —le gritó—. Sabés que no es justo que el mismo jugador tire dos veces. Los varones siempre patean, no importa que lo hagan mal. ¿Por qué te metés en esto?

Ari se quedó confundido. Miró a Miguel y empezó a decirle:

—No parece justo, Miguel...

Pero Miguel había levantado la pelota y se iba de la cancha seguido por Beto. Después de un momento, Sebastián se encogió de hombros y se fue. Acto seguido también se fueron los otros. Flo los miraba con desdén.

—No saben lo que significa ser justo —dijo al fin.

—No tiene sentido jugar a algo si no pensás seguir las reglas —observó Toni.

Ari se hubiera ido con los otros, pero Marcos se acercó

para saber lo que había pasado. Flo se lo contó, indignada aún. Cuando terminó se dio vuelta hacia Ari y le dijo:

—Gracias, ¡me fuiste de gran ayuda!

Ari se puso colorado. Entonces Marcos apoyó la crítica que Flo le había hecho.

—Viste que no era justo, ¿por qué no hiciste algo?

—Porque no estaba seguro de qué era lo correcto hacer en este caso —dijo Ari.

—Eso es lamentable —dijo Flo—. Si admitís que lo que ellos hicieron no era justo, entonces no hay ninguna manera, ninguna forma, de que pudiera ser correcto que vos no hicieras nada.

—Es verdad —acordó Marcos—. Lo que es justo, es correcto, y lo que es correcto es justo.

Flo y Marcos se fueron juntos, discutiendo aún el incidente.

Lisa miró a Ari, que sólo en ese momento se dio cuenta de que ella no había abierto la boca.

—Si se van a poner así —acotó Lisa—, no entiendo por qué se la agarran con vos y no con Miguel.

—Sí —dijo Ari— ¿por qué conmigo? —Luego se volvió hacia ella—. ¿Por qué no dijiste nada?

Lisa se encogió de hombros.

—No sé porqué no dije nada. Simplemente no lo hice. —Luego añadió pausadamente—. Si hubiera sido Flo, seguro que ella habría protestado. Tal vez no lo hice porque se trataba de mí.

Ari asintió.

—Sí, entiendo lo que querés decir. Pero yo pude haber protestado por vos, y todo lo que hice fue quedarme aquí con la boca cerrada.

Lisa le respondió inmediatamente que no lo estaba acusando de haberla abandonado.

—No es nada de eso. No, es otra cosa lo que me tiene confundida... —Lisa le contó el incidente de la tienda con su madre—. Mi mamá piensa que lo que es correcto para todos tendría que ser correcto también para mí, y yo creo que a

nadie le importa en lo más mínimo lo que yo elijo para ponerme, pero a mí me importa mucho. Así que mi postura es la siguiente: independientemente de cómo se visten los demás, lo que es correcto para mí es lo que yo pienso que me queda mejor.

—Pero, ¡me estás hablando de ropa! —protestó Ari—. No podés comparar si un vestido es correcto o incorrecto con el hecho de si lo que hice fue correcto o incorrecto.

—¿Por qué no? —quiso saber Lisa.

—Porque... —dijo Ari. Lisa lo miró expectante, así que él prosiguió—, porque si un vestido te queda bárbaro una vez puesto, seguro podés decir que se ve bien. Pero verse bien no es lo mismo que cuando se dice que una persona ha hecho algo bueno o algo malo.

—Bueno —dijo Lisa—, ¿qué opinás de lo que dijo Marcos cuando se iba? Que lo que es justo es correcto y que lo que es correcto es justo. ¿Estás de acuerdo con él?

—No sé. Nada concuerda hoy.

—Tal vez no siempre todas las piezas tengan que coincidir.

—¿Qué querés decir con eso?

—Bueno —Lisa hizo un esfuerzo para poner en orden sus pensamientos—, ¿podría ser que lo que es justo no sea correcto para alguno y que lo que es correcto para alguno no sea justo?

—¿Querés decir que lo que es justo y lo que es correcto no tienen por qué coincidir? Bueno, jeso es muy difícil de creer!

Lisa continuó con su idea.

—Quiero decir que lo que es justo, puede ser tal vez lo que es adecuado para alguien, no importa quién. Lo que es justo es lo que todos deberían hacer. Por ejemplo, si yo fuera a un colegio donde todos llevaran un cierto tipo de uniforme, como un determinado tipo de vestido azul, entonces sería injusto que se me permitiera vestir como yo quisiera. Pero no es eso. Se supone que debemos pensar por nosotros mismos, no elegir por otros la comida, la ropa, las viviendas

y todo eso. Entonces, sólo es justo que yo elija mis propios vestidos. Debería ser así para todo el mundo.

—De acuerdo, eso es lo que es justo. Pero, entonces, ¿qué es lo correcto?

—Lo que es justo es lo que para todos es adecuado hacer. Lo que es correcto es aquello que es adecuado sólo para nosotros, sólo para cada uno de nosotros. Sólo es justo que los demás me dejen elegir mi propia ropa, y que yo les deje elegir la de ellos. Pero lo que yo elijo para ponerme es asunto mío y yo decido lo que pienso que es correcto para mí.

—Entiendo. Lo que es justo es lo que considerás que afecta a otros. Correcto es lo que considerás que te afecta sólo a vos misma.

Lisa se rió.

—Imagináte que es mitad y mitad, ¿qué hacés?

—Ese fue mi problema antes —exclamó Ari—. Yo no creía que lo que hizo Miguel fuera justo, pero tampoco pensé que fuera correcto meterme en el asunto. Así que no supe qué hacer. Pero ahora lamento no haber dicho algo. ¿Qué importaba que se hubiera ido de la cancha? Lo iba a hacer de todos modos. Creo que fue incorrecto no haber dicho algo.

—Bueno —dijo Lisa, tirando de la cuerda para cerrar su mochila—, todavía creo que es posible que lo que es justo y lo que es correcto no sean lo misma cosa. Lo que es correcto para mí puede ser incorrecto para vos, aun cuando lo que es justo es justo para todos.

Ari reflexionó.

—Pero Lisa, no ves que la palabra “correcto” puede tener más de un significado. En los casos en que actuaríamos de modo semejante, podría significar lo que es correcto para todos, y en los casos en que cada uno de nosotros es diferente, podría significar lo que es correcto para cada uno de nosotros.

—¡Claro! —añadió Lisa—, entiendo lo que querés decir. La palabra “correcto” podría querer decir cosas muy diferentes. Pero cuando yo la uso, quiero decir con ella que lo que es correcto para mí depende de la clase de vida que yo quiero

vivir y no de cómo vos o cualquier otro quiere vivir.

Ari se encogió de hombros.

—Si eso es lo que vos querés que signifique —contestó—, es tu privilegio.

—No —interrumpió Lisa—, es mi derecho.*

* * *

Se estaba haciendo tarde y Ari sabía que tenía que volver a su casa. Pero cuando pasó por el complejo de departamentos donde vivía Luis, vio justamente llegar a éste en su bicicleta, y ambos decidieron que un vaso de leche no sería una mala idea.

En la cocina de Vázquez encontraron a Martín, el hermano mayor de Luis, a punto de tomar una cerveza, de modo que los tres se sentaron alrededor de la mesa, con su mantel amarillo brillante, y bebieron en silencio.

Luego de un rato, Ari les contó lo que había pasado durante el partido de fútbol. Pero también se preocupó por contarles su conversación posterior con Lisa.

Martín miró su bebida y luego dijo:

—Hay montones de leyes y las reglas que nos dicen lo que se supone que tenemos que hacer. Pero las leyes y las reglas sólo se aplican a lo que es justo. Ninguna ley hecha puede decirnos qué es bueno.

Luis paseó su mirada de Martín a Ari, luego volvió a Martín y movió la cabeza.

—Ustedes deben de estar locos. ¿Cómo va a decir alguien qué es bueno a menos que conozca las reglas? Tomen por ejemplo al árbitro de un partido. ¿Podría ser un buen juez pese a no conocer las reglas? Es lo mismo con una bue-

* En todo el capítulo se juega con diversos significados del inglés "right": correcto, bueno, bien y derecho, como en este último caso. No existe en castellano una palabra que sin forzar la traducción equivalga a todos ellos (n. del t.).

na persona: es un tipo que conoce las reglas y no las viola. Si yo hubiera estado en el partido de fútbol, habría dicho lo mismo que Toni: tenés que conocer las reglas y aferrarte a ellas.

—Mirá, Luis —dijo Martín suavemente—, ¿te acordás de la familia Helguera, del 8° C, que se mató en el accidente de auto el mes pasado? —Se volvió hacia Ari—. Toda la familia, padre, madre, tres hijos chicos, y todo porque algún idiota se agarró una borrachera impresionante y se metió en la mano equivocada de la autopista. Hizo que el auto de los Helguera diera contra un árbol, y ese desalmado salió sin un rasguño. *Hay* leyes: contra manejar borracho o en la mano contraria de la ruta. Son leyes que pretenden proteger a personas inocentes como los Helguera. No digo que todas las leyes sean buenas. Lo que digo es que no es justo que animales como ese conductor borracho pongan en peligro la vida de otras personas. Así que por eso tenemos leyes, para tratar de obligar a la gente a ser justa entre sí.

—¿Pero eso significa —preguntó Ari— que para todo lo injusto hay una ley que lo prohíbe?

Martín tomó otro trago de cerveza.

—No dije eso. Por ejemplo, donde yo trabajo, hay unas diez personas que tienen tareas como la mía, y yo trabajo tan bien como cualquiera de ellas. Pero de algún modo, los ascensos siempre los consiguen ellos. *Eso es* injusto y, hasta donde yo sé, el patrón no viola ninguna ley.

—Apuesto que sí —dijo Ari—. Apuesto que si te consiguieras un abogado, demostraría que tu patrón está violando alguna clase de ley.

Luis había estado mirándose las manos, como si se avergonzara por Martín. Pero ahora miró incisivamente a Ari.

—Yo puedo contestarte eso. Martín sabe cuáles serían sus posibilidades si tratara de actuar de esa forma. El que mucho abarca poco aprieta, como siempre dice mamá.

Martín terminó su cerveza en silencio. Luego de un rato, habló claramente:

—Déjenme que les cuente algo. Yo decido lo que es bue-

no para mí, y espero que Luis tenga la sensatez de decidir lo que es bueno para él. Nadie puede decirme con qué chicas salir o qué trabajo elegir o qué moto comprar o qué revistas leer, porque estas cosas no tienen nada que ver con la justicia. Y si salgo con alguna minita el sábado a la noche, dónde vamos y qué hacemos es asunto nuestro.

Esta vez le tocó a Ari mirar ligeramente incómodo; estaba molesto consigo mismo, porque ahí estaba Martín hablándole como si tuvieran la misma edad, y él apenas sabía qué decir.

—A mamá no le gustaría oírte decir esas cosas —murmuró Luis.

—Ella cree que debería escucharla cuando se trata de cómo tengo que vivir. Y probablemente tenga razón.

Luis se sirvió otro vaso de leche y luego miró inquisitivamente a Ari con el cartón de leche suspendido en el aire, pero su amigo negó con la cabeza.

Entonces Luis prosiguió:

—Es gracioso que mencionaran todo esto. Se ajusta a algo que me pasó la semana pasada. Martín, ¿te acordás de ese chico, Felipe, que hace el recorrido del diario al lado del mío? —Martín indicó que sí con la cabeza—. Bueno, ¿sabés qué me contó? Dijo que el tipo que maneja el servicio del reparto le habló de una habitación en la parte de atrás de un depósito que él tiene, con un montón de televisores nuevos todavía metidos en sus cajas. Y dijo que el jefe le contó que iba a dejar sólo un pequeño cerrojo en la puerta trasera, porque esperaba que robaran los televisores para poder cobrar el seguro. Felipe quería que fuera con él y con Jorge a abrir la puerta y llevarnos esos televisores. Decía que sería hacerle un favor al patrón. Yo le dije que el patrón apreciaría tanto el favor que iría a visitarme personalmente todos los días a la cárcel, para darme las gracias. De todos modos, Felipe consiguió a otra persona, y los pescaron.

Martín le sonrió con aprobación pero no dijo nada. Ari, sin embargo, no estaba satisfecho.

—Está bien, hubiera sido injusto robarle al tipo. Y ade-

más, por supuesto, hay montones de leyes contra ese tipo de cosas. Pero... —se volvió hacia Martín—, ¿significa eso que lo que hizo Luis fue *justo*, pero no podés decir que es *bueno*?

—¿Dije eso? —preguntó Martín suavemente—. ¿No podríamos decir que lo que Luis decidió hacer fue lo justo para *cualquiera* en esa situación, y a la vez lo bueno para *él*?

—¿Justo, porque tiene que vivir con los otros, y bueno, porque tiene que vivir consigo mismo? —preguntó Ari.

Martín sonrió.

—Diría que es una manera bastante justa de expresarlo.

Entonces Ari miró el reloj de la cocina y, preocupado por la hora que era, salió corriendo para su casa.

* * *

EPISODIO 15. *Malena y su abuelo visitan a los babuinos*

Los padres de Malena creyeron que olvidaría rápidamente a Pablo, pero estaban equivocados. A menudo le parecía difícil pensar en lo que pasaba en el aula; su mente estaba llena de recuerdos del hermoso animalito parecido a un yak al que había querido tanto.

Lo más difícil eran las noches. No sólo eran las pesadillas, aunque ya eran bastante malas. Era también el terror de estar tendida completamente despierta en la casa en silencio y sentir con absoluta certeza que había alguien de pie e inmóvil en el cuarto. Malena solía mirar detrás de la puerta, y convencerse de que la forma era la de una persona, a veces un hombre, otras una mujer. Finalmente lograba dormirse, y a la mañana se daba cuenta de que algunas de sus ropas, colgadas en la puerta, bien podían haber parecido una forma humana en la oscuridad. Pero eso no modificaba su convicción de que lo que había visto era realmente una persona. De modo que su vida se alternaba entre ensoñaciones diurnas sobre Pablo y noches de una imaginación desatada y alarmante.

Entonces, un día su padre le dijo que su abuelo iba a mu-

darse con ellos. No había cuarto de huéspedes, así que sería necesario que Malena le diera el suyo y durmiera en el sofá de la sala.

Malena apenas había conocido a sus abuelos. Siempre vivieron muy lejos, nunca había sido posible visitarlos y había pasado mucho tiempo desde la última vez que ellos visitaron a su familia. No obstante, ahí, en la puerta de calle, estaba su abuelo, que la saludaba y la besaba suavemente en la mejilla. Luego lo llevaron arriba, a su cuarto, donde deshizo las valijas y descansó un rato.

Malena se preguntaba cómo debía llamarlo. Abu, Francisco; ningún nombre tenía sentido. Una y otra vez tuvo la intención de preguntarle a su madre qué decir, pero ésta siempre parecía demasiado ocupada y agitada para molestarla. Cuando el abuelo salió finalmente del cuarto que había sido suyo, Malena le soltó abruptamente:

—No sé cómo llamarte.

Él sonrió.

—Bueno, me han dicho montones de cosas, así que en realidad no importa mucho. ¿Cómo *te* gustaría decirme?

Malena sólo lo miró fijamente y no dijo nada. Sabía que eso no era de buena educación y se sintió terriblemente avergonzada de sí misma, pero estaba absolutamente cohibida.

—¿Qué tal "abuelo"? —le sugirió él.

En cierto modo, Malena no había pensado en eso. Le gustó. Pensó en las generaciones y generaciones de sus antepasados. Y aquí estaba su propio abuelo en persona, mirándola apaciblemente e indicándole con una seña que se acercara a charlar con él mientras esperaban la cena.

Naturalmente, le contó lo de Pablo. Él quiso saberlo todo acerca de ese desafortunado cobayo: de qué color eran sus ojos y su pelo, y si roncaba al dormir (Malena protestó riendo ante esa sugerencia), y juntos se imaginaron cómo podría haber sido su vida en Perú.

Hablaron un largo rato de Pablo. Luego la conversación pasó al tema de la escuela, el barrio y los amigos de Malena.

¡Su abuelo tenía tantas preguntas! Malena se descubrió contestando con gran detalle, mientras su abuelo daba soplos en su pipa apagada, la golpeaba contra la palma de su mano, la limpiaba y hacía todo lo demás salvo fumarla.

Malena no tardó mucho en acostumbrarse a dormir en el sofá. Podría haber sido más difícil si sus padres siempre se hubiesen quedado en casa, pero ellos salían casi todas las noches, a veces juntos, a veces separados, y Malena podía irse a la cama a la hora que quisiera, como lo había hecho antes de la llegada de su abuelo. En cuanto a éste, todas las noches se iba a acostar temprano.

Cuanto más tiempo se quedaba su abuelo (ella nunca le preguntó cuánto tiempo iba a quedarse), más temas de charla encontraban. Si hablaban de la escuela, Malena comprobaba que él sabía mucho de las materias que ella tenía que estudiar y hasta podía ayudarla con sus tareas. Si hablaban de juegos, descubría que conocía más de los que ella hubiera soñado que existían. Él le enseñó toda clase de juegos de cartas; cuando terminaban de jugar, solía mostrarle cómo construir castillos de naipes o le hacía trucos maravillosos con éstos. Y cuando Malena se ponía alguna ropa que sabía que él no había visto, no dudaba en mencionarle el hecho, y su abuelo y ella discutían con calma cómo le quedaban sus "trapos", como los llamaba ella.

Pero el tema del que más disfrutaban era el de los animales, y Malena no tardó mucho en averiguar por qué su abuelo sabía tanto sobre ellos: había pasado la mayor parte de su vida en el servicio de guardaparques. Incluso había estado varios años en la Patagonia, y Malena nunca se cansaba de escucharlo contar sus encuentros con pumas y cóndores y otras innumerables criaturas salvajes.

Un día, él le preguntó si le gustaría ir al zoológico. Ella había estado varias veces antes, pero se imaginó al instante que una visita con su abuelo sería muy diferente de las anteriores.

—¿Puedo llevar a una amiga? —preguntó.

—Desde luego —respondió rápidamente su abuelo.

Malena no tenía muchas amigas para elegir, por lo que

pronto se decidió por Lisa. Ésta tampoco tardó en aceptar, ya que los animales le gustaban tanto como a Malena.

Fue una salida perfecta. Los pájaros eran espléndidos, las focas divertidísimas y los grandes felinos increíblemente llenos de gracia. Es cierto, la casa de los monos olía bastante mal. Pero los monos mismos eran absolutamente maravillosos. Lisa y Malena estaban tan fascinadas con los gibones, que se balanceaban de trapecio en trapecio en una fantástica danza aérea, que no tenían ningún apuro por terminar su recorrido. El abuelo de Malena tampoco mostraba impaciencia: parecía tan dispuesto como ellas a pararse y observar. Finalmente salieron de la montaña artificial, con sus cuevas, sus grutas y su foso serpenteante, y encontraron lo que parecía toda una sociedad de babuinos. Aquí y allá había grupos familiares, mientras los ejemplares más jóvenes corrían de un lado a otro y chillaban salvajemente sin razón aparente, tras lo cual se detenían de improviso, también sin un motivo que uno pudiera descubrir.

—Separarse es una parte tan importante de las cosas, como aparearse —señaló el abuelo de Malena, después de ver a dos babuinos abrazarse y luego marcharse en direcciones opuestas. Las dos chicas no estaban seguras de a qué se refería, así que no dijeron nada. Pero de algún modo, el comentario se fijó en la mente de Malena. Había una pregunta que había tenido en la punta de la lengua desde la llegada de su abuelo, pero nunca había podido animarse a hacerla. Ahora, una vez de regreso y solos en la sala, Malena lo enfrentó con la pregunta:

—Abuelo —dijo, con un tono apenas un poco más alto y menos casual de lo que pretendía—, ¿dónde... dónde está la abuela?— Como su abuelo no le contestó de inmediato, Malena no pudo evitar seguir adelante:

—¿Se murió?

Su abuelo parecía conmovido

—¡Creí que sabías! —exclamó—. ¡Creía que tus padres te lo habían contado!

—¿Contado qué?

—Que tu abuela y yo nos habíamos divorciado.

¿Un divorcio? A Malena nunca se le había ocurrido semejante posibilidad. Pero ahora se sentía con derecho a algún tipo de explicación.

—Bueno —empezó su abuelo, mientras golpeaba la pipa contra su palma con más energía que de costumbre—, nunca pasamos mucho tiempo juntos. Yo siempre estaba afuera, en los bosques o las montañas de algún lugar, así que en gran parte, ella tuvo que hacer su propia vida. Estuvimos muy de acuerdo en divorciarnos; de hecho, todavía somos buenos amigos.

—¿Pero dónde está ahora? ¿Qué hace?

Su abuelo rió entre dientes.

—Ah, le va muy bien, creo. Volvió a casarse.

—¿No es demasiado vieja para volver a casarse?

—¿Y ahora por qué decís eso? ¡Tiene alrededor de cincuenta y cinco años, como yo!

—Bueno —insistió Malena—, ¿y eso no es ser demasiado viejo?

Su abuelo rió.

—Veo que no recordás a tu abuela. ¿Demasiado vieja, ella? ¡Nunca será demasiado vieja! —Luego agregó, con un curioso matiz de orgullo—: de hecho, se casó con un hombre que tiene diez años menos que ella.

Los pensamientos de Malena remolinearon de un lado al otro. Más preguntas surgieron en su mente, pero no pudo decidirse a hacerlas. Esa noche soñó alternativamente con los babuinos y su abuela. Ésta estaba en un baile e insistía en no perderse una sola pieza. Luego aparecieron los babuinos, y también bailaron. Y pronto todos —babuinos y personas— bailaban juntos.

No era la clase de cosa que Malena podía evitar contarle a Lisa: ese extraño asunto del nuevo casamiento de su abuela, y con alguien mucho más joven que ella.

—Mmmm —murmuró Lisa—, yo diría que lo que tu abuelo tiene que hacer ahora es encontrar una linda viuda de cuarenta años.

Malena negó con la cabeza. La idea de que su abuelo volviera a casarse le parecía completamente inapropiada.

—¿Qué querés que haga, pasar el resto de su vida solo? —le preguntó Lisa.

Malena quiso saber qué habría de malo en eso.

—Bueno, mirá a tu abuela. Él podría estar felizmente casado, como ella.

Malena se estremeció.

—¿Cómo podés decir algo así? Está absolutamente, absolutamente mal que mi abuela se case con un hombre que es tanto más joven que ella.

Lisa frunció un poco los labios.

—¿Está mal que un hombre se case con una mujer más joven que él?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué está mal que una mujer se case con un hombre más joven?

—Porque está mal, por eso —dijo Malena.

Lisa meneó la cabeza.

—No entiendo. Si funciona para un lado, debería funcionar para el otro. Sencillamente no entiendo.

Las chicas siguieron discutiendo el problema: Lisa insistía en que lo que era justo para los hombres también tenía que serlo para las mujeres, y Malena sostenía que "no es cuestión de lo que es justo. Es cuestión de lo que es natural. ¡Y simplemente no es *natural* que las mujeres sean mayores que sus maridos!".

—No me parece que la cuestión de lo que es natural tenga algo que ver con esto —replicó Lisa—. Mirá, tal como yo lo veo, si está bien que un hombre pueda casarse con quien quiera, entonces debería estar bien que una mujer pudiera casarse con quien quisiera. ¡La edad no tiene nada que ver!

Ahora le tocó a Malena negar con la cabeza. Pero todo lo que pudo decir fue:

—Siempre hablás de lo que es "justo" y lo que está "bien", Lisa.

—¿Por qué no? —replicó ésta, un poquito mordazmente—. Pienso mucho en eso.

Esa noche, Malena se estudió extensamente en el espejo del baño.

—En cierto modo, parezco diferente —se dijo—. ¿Por qué parezco diferente? —Volvió a ponerse el pijama y se metió en su cama en el sofá. Pero tardó horas en dormirse.

A la mañana siguiente todavía se sentía diferente.

—Es como si hubiera descubierto una nueva parte de mí misma —reflexionó. Y esa noche, en vez de ponerse el pijama de algodón, como de costumbre, se puso el encantador camisón que su tía Margarita le había regalado para su cumpleaños.

CAPÍTULO 7

EPISODIO 16. *Lisa recuerda cosas pasadas mucho tiempo atrás*

Lisa y su padre habían rastrillado y juntado una enorme pila de hojas. Ahora estaban de pie frente a ella, apoyados en sus rastrillos, cansados pero orgullosos de su proeza.

—Me acuerdo de cómo ayudaba a mi padre a rastrillar hojas aquí, en este mismo jardín, exactamente como vos lo hiciste —señaló el padre de Lisa luego de un momento—. Cada otoño, cuando íbamos a visitar a mi abuelo en el campo, me reunía con mis primos al anochecer. Solíamos hacer fogatas y asar manzanas y papas. ¡Creo que lo que más me encantaba era la cáscara quemada de la papa, pero, ah, esas manzanas asadas sin duda eran ricas!

Lisa miró fijamente la pila de hojas y trató de imaginar grandes llamas que salían de ellas y luego disminuían gradualmente hasta convertirse en un resplandor cereza en el tonificante aire del anochecer, mientras el humo le hacía arder los ojos. Sostenía una manzana en un palo, a la espera de que se formara una deliciosa corteza marrón.

—¿No podríamos...? —comenzó vacilante.

—Me temo que no —contestó su padre antes de que terminara—. Hay una ley local que prohíbe hacer fogatas con hojas. Contaminan demasiado el aire.

—A lo mejor, si vos y tus primos no hubieran asado to-

das esas manzanas en las fogatas, hoy el aire estaría menos contaminado —señaló Lisa maliciosamente.

—No me sorprendería —admitió su padre amigablemente.

—Pero aún sigo deseando que pudiéramos hacer una fogata —suspiró Lisa—. Contemplar un fuego tiene algo que no es igual a nada en el mundo. Podría mirar uno en la chimenea durante horas, pero ya ni siquiera la encendemos. Creo que cuando tenías mi edad las cosas eran mejores para vos.

—A lo mejor sí —asintió su padre—. Es curioso, en estos días pienso mucho más en cómo era cuando tenía tu edad que en cosas que me pasaron hace pocos años—. Se volvió hacia ella y preguntó: ¿pensás mucho en lo que te pasó hace tiempo?

Lisa se rió.

—No, ¿por qué tendría que hacerlo? No podría pensar en nada. Nunca me pasó nada realmente digno de recordarse.

—Bueno —insistió su padre—, ¿pensás mucho en el futuro?

—¡Claro que no! —volvió a reírse Lisa—. Es una tontería, ¿por qué voy a hacerlo? ¿Qué podría pensar? No tengo ni idea. —Entonces su cara se ensombreció un poco y señaló: supongo que no es del todo cierto. Sí pienso a veces en cosas de hace tiempo y en lo que podría pasar, pero no muy a menudo.

—¿Pensás mucho en lo que harás cuando seas más grande?

—Sobre todo pienso en lo que me gustaría hacer ahora, no dentro de unos años. Como que quiero bailar, quiero bailar verdaderamente bien, pero apenas sé cómo hacerlo, y en realidad me odio por eso. Hay chicos en la clase que verdaderamente son grandiosos bailando, pero parece que yo tuviera los pies cuadrados y lo único que hago es andar a los tumbos de un lado a otro. —Ambos rieron al imaginarse la situación.

—¿Pero te acordás de cuando eras muy chica?

—Supongo que podría si quisiera, pero, ¿para qué? ¿Por qué seguís preguntándome? No quiero acordarme de todo ese lío. —Pero un momento después, su irritación dio paso a la diversión—. Como la vez que en primer grado, la señorita Silvia no me dejaba ir al baño, y mi compañero de banco, levantó la mano y la maestra dijo: “¡Vos tampoco vas!”. Y él le contestó: “¡Yo no quiero ir, quiero que *ella* vaya!”. ¡Ahora me puedo reír, pero durante años ese recuerdo me avergonzó!

—Llegará un momento en que recordarás las mejores cosas —dijo su padre—, como lo hago yo.

Lisa se alzó de hombros y contempló la pila de hojas con la esperanza de volver a verla como una gran hoguera, pero para su sorpresa descubrió que deseaba que Marcos apareciera por ahí y se detuviera a charlar con ellos. Más tarde, sola en su cuarto y mientras miraba fijamente el techo donde había clavado un enorme *poster* de un cerdo que la contemplaba tranquilamente, siguió preguntándose por qué esa idea sobre Marcos se había abierto paso súbitamente en su mente.

Esa misma noche, más tarde, Lisa le dijo a su padre:

—Estuve pensando en la ley contra las fogatas de hojas.

—¿Ah, sí? —contestó él mientras bajaba su libro—. ¿Creés que es una mala ley?

—No, para nada. Dijiste que los fuegos de hojas contaminan demasiado el aire, y ésa me parece una razón suficientemente buena.

—Entonces, ¿qué es lo que te inquieta?

—¿Debemos abstenernos de hacer fogatas por las consecuencias o por la ley?

Su padre frunció el ceño.

—¿Te molestaría repetírmelo?

—Bueno, digamos que no hay ninguna ley contra las fogatas de hojas. Sin embargo, si tomás en cuenta el bien de todos y no sólo el tuyo, no vas a hacer una fogata porque las consecuencias serían nocivas para todo el mundo.

—Está bien.

—Pero otra persona podría no hacerla, pero sólo porque la ley lo prohíbe, ¿sí?

—¿Independientemente de las consecuencias? Supongo que sí.

—Entonces, lo que pregunto es: ¿cómo decidimos hacer algo o no, debido a las consecuencias o porque hay o no una regla en contra?

El señor Tessio estudió la tapa del libro y al mismo tiempo pensó a fondo la pregunta de Lisa. Luego dijo:

—¿Tiene que ser o-o?

—No te entiendo —dijo Lisa frunciendo el entrecejo.

—Quiero decir, ¿no es posible que también juzguemos las leyes y las reglas por sus consecuencias? ¿No dirías que las consecuencias de que *haya* una ley contra la quema de hojas son mejores para todas las personas involucradas que las consecuencias de que *no* la haya?

—¡Papi —protestó Lisa—, seguís haciéndome esas preguntas imposibles!

—¿Ah, sí? —contestó él tranquilamente—. ¿Y quién empezó?

EPISODIO 17. *El padre de Lisa pierde su trabajo*

Suki y Lisa estaban muy impresionadas con el nuevo ballet de Ana. Lisa, en realidad, estaba impresionada con todo lo que había en esa casa, en especial con el cuarto de Ana; Suki ya había estado muchas veces. Las chicas hojearon una pila de bocetos a lápiz y acuarelas de su amiga.

— ¡Ay, Ana —exclamó Lisa—, sencillamente me encantan! Ana lanzó una risita de felicidad.

—Con eso me alegrás el día. Mi profesor de arte dice que tengo un camino terriblemente largo por delante.

—¿Un camino hacia dónde? —bromeó Suki.

La cara de Ana se puso un poco más seria.

—Hasta llegar a ser una artista, supongo, que es lo que me gustaría. Es tan divertido. Estoy segura de que escribir poemas también te parece divertido, ¿no, Suki?

—Divertido un cuerno —se rió Suki—. Es puro sufrimien-

to. Paso agonías sólo para conseguir un par de versos que suenen bien.

—¿Entonces por qué lo hacés? —preguntó Lisa.

—Porque es una agonía deliciosa, por eso —contestó Suki, y las tres chicas rieron.

Tras tomar su libro de bocetos y un lápiz, Ana se dirigió a Lisa:

—Escucháme, Lisa, dejáme que te dibuje.

—Ay, no, por favor, no —respondió Lisa, genuinamente alarmada. Como la idea de que le hicieran un boceto le parecía muy poco agradable, pero apenas sabía qué más decir, agregó: ¿por qué no dibujas a Suki? ¡Es mucho más linda! —En realidad, no era algo que hubiese querido decir; sentía que nunca lo habría confesado de no haber estado tan inquieta.

—Ana me dibujó un montón de veces —contraatacó Suki—. Además, no es cuestión de belleza o no. Tenés la clase de rostro que les gusta a los artistas.

—Es cierto —admitió Ana—. Vamos, Lisa, ¿qué tal si lo hacemos? ¿Sólo esta vez?

Las dos chicas insistieron e insistieron, hasta que Lisa, por fin, se rindió y dejó que la sentaran en una banqueta alta frente a la ventana, en tanto Ana se disponía a hacer su boceto. Mientras dibujaba, Ana alternativamente miraba malhumorada, fruncía el ceño, rezongaba, gruñía y murmuraba. Suki estaba de pie detrás de ella observando el progreso del dibujo, y al mismo tiempo se divertía extremadamente con las actitudes de su amiga.

—No sé por qué te quejás tanto —señaló maliciosamente, y luego agregó, con una voz que imitaba la de Ana—: Es tan divertido.

Ana no pudo evitar reírse, y luego volvió a enojarse consigo misma por la forma en que había dibujado la línea de la nariz de Lisa.

—No está para nada bien, está mal, mal, mal —rezongó mientras la borraba con una gran goma.

—Sé exactamente cómo te sentís —señaló Suki—. A veces, escribo un verso de un poema y sé que está mal, y sencilla-

mente lo odio, pero no puedo liberarme de él hasta encontrar otro mejor que lo reemplace. Pero tenés razón, tiene que estar bien.

En esos momentos Ana terminaba el dibujo.

—Vamos, Lisa —dijo Suki con su voz suave y musical—, te acompaño a tu casa.

Mientras caminaban por las veredas salpicadas de hojas, Lisa se dirigió a Suki.

—No quería que me dibujaran. Sabés qué quiero decir, ¿no?

Suki asintió con la cabeza, y si bien no dijo nada, tomó la mano de Lisa. Las chicas caminaron en silencio hasta llegar a la casa de Lisa; en ese momento, ésta se rió y le pidió a Suki que olvidara todo el asunto.

Esa frase: "Tenés razón, tiene que estar bien" se repetía como un eco en la mente de Lisa mientras subía por el sendero hasta la casa. "¿Cómo sabés cuándo algo está bien?" —se preguntaba.

Aunque ya estaba avanzada la tarde, no había esperado encontrar a su padre en casa: habitualmente, llegaba a la hora de la cena. Se encontraba de pie junto a la ventana de la sala y miraba caer en remolinos las hojas de los árboles en el vigorizante aire de abril. No escuchó a Lisa cuando ésta se acercó en puntas de pie por detrás. Se sorprendió y se deleitó cuando ella apoyó la cara en su espalda y lo abrazó con firmeza por la cintura.

—No puedo recordar un otoño tan hermoso como éste —dijo mientras Lisa lo liberaba del abrazo y miraba junto con él por la ventana—. ¡Es simplemente perfecto!

—Papi —empezó a decir su hija de la manera vacilante en que hablaba cuando estaba confundida—, ¿es que algo no está bien hasta que es perfecto?

Su padre sonrió.

—Me temo que tendrás que decirme algo más.

Lisa le contó lo que Ana y Suki habían hablado de conseguir que sus cuadros y sus poemas estuvieran bien.

—Así que supongo —concluyó— que lo que decían era que

sólo pueden estar satisfechas cuando lo que hacen es perfecto.

—Bueno, es bastante justo. —Su padre estaba seguro de que Lisa no había terminado.

—Es precisamente eso: vos lo dijiste, sólo que no es para nada lo que queremos decir con "justo". Un cuadro o un poema tienen que ser perfectos, ¡pero no tiene ningún sentido pretender que sean justos!

—Bueno, ¿a qué te referís con "justo" y a qué te referís con "perfecto"?

—La manera en que me lo imagino —Lisa trató de elegir cuidadosamente las palabras— es que si se espera algo de todos los demás, entonces es justo que también se espere de vos. Si se espera que todo el mundo haga un ejercicio de álgebra, también es justo que se espere que yo lo haga. Pero el simple hecho de que todo el mundo haga algo no lo hace perfecto en absoluto: es sólo justo. Por otro lado, algo es perfecto cuando en él todo está bien. Es el modo en que todo encaja: si algo no encaja, decimos que no está bien. Eso es lo que pasa con los cuadros, los poemas y cosas así.

—¿Y es lo que pasa también con las cosas que vos hacés? —preguntó su padre con su voz calma—. ¿Están bien cuando ayudan a que las cosas encajen perfectamente?

Lisa asintió con la cabeza.

Su padre prosiguió con las preguntas.

—Entonces, ¿qué pasa cuando, en lo que se refiere a vos, lo que te parece bien es lo que todos los demás consideran injusto?

—No sé —admitió Lisa—. Ésa es una de las cosas que me molestan. Sigo pensando que todo debería salir bien, y nunca lo hace.

—A veces, cuando no podemos encontrar las relaciones correctas, tenemos que inventarlas —reflexionó su padre. Dejó de observarla de manera inquisitiva a la cara para volver a mirar meditativamente por la ventana. Mientras ambos miraban, los últimos rayos del sol vespertino bruñían las hojas doradas, y él agregó:

—¡El sol parece en llamas a esta hora!

La madre de Lisa entró en la habitación. Su rostro parecía diferente.

—¿Le contaste? —preguntó a su marido.

Lisa se volvió hacia su padre.

—¿Me contaste qué? —preguntó.

Su padre sonrió lánguidamente.

—Oh, nada... nada más que un diario cerrado.

—¿Y qué tiene de malo un diario cerrado? —quiso saber Lisa.

—Bastante, cuando es el diario en el que trabajaba tu padre —contestó su madre.

Lisa sacudió la cabeza sin poder creerlo.

—¡Pero... pero... podés conseguir otro trabajo! ¡Hay otros diarios!

—Hay pocos, y están casi tan mal como estábamos nosotros, así que no van a tomar gente en estos momentos. Están recortando gastos. —Su padre puso el brazo con suavidad sobre el hombro de Lisa—. No te rompas la cabeza con eso, Lisa, todo va a estar bien. A lo mejor no perfecto, pero sí bien.

Cuando la ambulancia llegó en medio de la noche, Lisa se sintió tan perpleja que no pudo entender qué pasaba. Escuchó a su madre, como si estuviera muy lejos, decir que su padre había tenido un ataque cardíaco. Lisa cayó de rodillas junto a la cama y hundió la cara en las frazadas. Trató de contener el aliento, como si hacerlo pudiera evitar que algo más espantoso sucediera.

Todavía estaba arrodillada al lado de la cama cuando su madre volvió y se paró junto a ella. Lisa no tuvo más que mirarle la cara para comprender que su padre había muerto. Apretada contra ella, con la cara hundida en su cálida bata, recordó cómo había estado de pie con su padre junto a la ventana esa misma tarde. Sintió que su madre le acariciaba el pelo, y lloró.

CAPÍTULO 8

EPISODIO 18. *¿Siempre podemos creer en lo que nos dice un libro de texto?*

—Papá —dijo Ari—, ¿te enteraste de lo del padre de Lisa?

—Mmmm —contestó el señor Stotelmeyer—. Qué mal.

—¿Cuántos años tenía?

—No podía ser muy grande... probablemente más o menos como yo.

—¿Lo conocías?

—Supongo que lo vi un par de veces. Un buen tipo.

—¿Pero nunca hablaste con él?

—No, en realidad no.

Ari dedicó unos minutos al cierre de su mochila, que no funcionaba demasiado bien.

—Pa.

—¿Sí?

—¿Te acordás del año pasado, cuando hablamos del cigarrillo?

—Claro.

—Yo dije que no volvería a fastidiarte con eso y no lo voy a hacer. Pero hay algo que todavía no entiendo.

—¿Qué es?

—Bueno, el otro día Lisa dijo algo que me hizo pensar. Era acerca de cómo todo el mundo dice que fumar es malo

para la salud. Y sin embargo me parece que casi todo el mundo fuma, en cierto modo.

—¿Entonces?

—Entonces, si lo das vuelta, ¿hay cosas que todo el mundo hace, cosas que son perfectamente inofensivas, no obstante lo cual todos te dicen que son realmente malas para vos?

—Me imagino que sí.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a saber lo que está bien hacer y lo que no está bien?

—¿Acaso no es para averiguarlo que vas a la escuela?

—No es la clase de cosas de que hablamos en la escuela. Quiero decir, no en las clases regulares.

—Entonces me preguntás a mí.

—Sí.

El señor Stotelmeyer sonrió lánguidamente.

—La gente es curiosa, Ari. Me acuerdo de cuando era chico, mucho menor que vos ahora. Mi madre iba a salir unos minutos, yo estaba en la cocina y ella me dijo —en broma, supongo—: “Vuelvo en un momento, así que portáte bien y no te pongas porotos en la nariz”. Bueno, por mi cuenta, no se me hubiera ocurrido ni en un millón de años pensar en ponerme porotos en la nariz. ¿Pero sabés qué hice apenas ella cerró la puerta?

—Fuiste al armario y sacaste el tarro de los porotos.

—Exacto.

—¿Volviste a hacerlo alguna otra vez?

—No... supongo que con una fue suficiente. Pero desde entonces pensé a menudo en eso.

—Así que no se convirtió en un hábito, como fumar.

—No.

—¿La gente puede tener hábitos inofensivos que no confiesa porque todo el mundo dice que cosas como ésas están mal?

—Seguramente.

Ari movió la cabeza.

—Pa, ¿están todos locos?

El señor Stotelmeyer lo miró con curiosidad por encima de los anteojos.

—Um —dijo.

—¿Eso qué significa? —insistió Ari.

—Significa “un poco”.

—Mamá no fuma.

—¿Te diste cuenta alguna vez de la manera en que come?

Ahora le tocó a Ari quedarse en silencio. Finalmente habló en voz alta.

—Papá, ¿mamá y vos están preocupados?

—¿Por qué?

—Porque escuché que las preocupaciones hacen que uno coma de más y fume, así que quiero saber si están preocupados.

—No sé si “preocupación” es la palabra correcta.

—Bueno, ¿cuál es entonces la palabra correcta?

—No sé.

—Está bien, entonces, como se llame... ¿qué es lo que hace que se sientan así?

—Oh, nada en particular.

—¿Así que son las cosas en general?

—Calculo que sí.

—Papá, dicen que el padre de Lisa tuvo un ataque al corazón porque cerraron el lugar donde trabajaba.

—Podría ser.

—¿Ése es el tipo de cosas que te preocupa que pasen?

—No, no creo que pase en mi trabajo, y no creo que vaya a pasarme a mí.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa?

—Simplemente que no veo ninguna solución fácil. Creo que el mundo se pasó los últimos quinientos años metiéndose en líos de los que vamos a tardar otros quinientos años en salir. Y me parece que las cosas van a empeorar mucho antes de mejorar.

—¡Pa, debés de estar haciendo una broma! ¡Uno de los libros que usamos en la escuela dice exactamente lo contrario!

Dice que las cosas han mejorado cada vez más. ¡Tenés que estar equivocado!

El señor Stotelmeyer no dijo nada.

—Papá, ¿cómo va a estar bien lo que decís? Todos conocen el progreso. Está en todo el mundo. Realmente me confunde oírte decir cosas como ésa, cuando sabés que es un hecho que todo el mundo dice precisamente lo opuesto.

—Te confunde realmente, ¿no?

—Así es, de verdad.

—Es gracioso, hace un ratito me preguntabas si es posible que hacer algunas cosas no sea malo, aunque todo el mundo diga que lo es. Pero ahora tengo que estar equivocado sólo porque, a tu juicio, todos los demás tienen la opinión contraria.

El señor Stotelmeyer miraba fijamente a Ari y no sonreía. Ari no pudo sostenerle la mirada, así que empezó a dar vueltas otra vez con el cierre de la mochila.

Finalmente, preguntó

—Papá, ¿por qué pensás..., vos sabés, lo que dijiste?

—Ari, sos mucho más rata de biblioteca de lo que yo nunca fui. No puedo explicar demasiado bien por qué tengo algunas de las opiniones que tengo, así que me las guardo. No sé. Me parece que los grandes sistemas que se inventaron para que todos estuviéramos mejor, gradualmente crecieron y se hicieron más complicados de lo que nadie puede entender y, lo que es peor, ahora en cierto modo están fuera de control. Bueno, me preguntaste y yo te contesto.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—No tiene mucho sentido hacer nada mientras no sepamos qué estamos haciendo, y creo que va a pasar mucho, mucho tiempo antes de que lleguemos a ese punto.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer mientras tanto?

—Lo que vos hacés.

—¿Qué es?

—Tratar de entender.

—¿Y qué pasa con vos?

—Yo voy a estar bien —dijo el señor Stotelmeyer mientras encendía otro cigarrillo.

La mamá de Ari salió de la cocina secándose las manos en el delantal.

—¿Alguien quiere compartir conmigo una taza de té?

—A mí me gustaría —sonrió el señor Stotelmeyer—, pero me temo que en la taza no va a haber lugar para los dos.

EPISODIO 19 — *Suki consuela a Lisa*

—Lisa —llamó Suki—, esperá. —Lisa no dijo nada, pero se detuvo y esperó—. ¿Está bien que vuelva con vos? —preguntó Suki.

Lisa asintió con la cabeza. Caminaron juntas en silencio, una cuadra tras otra. Finalmente llegaron a la casa de Suki.

—¿No te gustaría entrar unos minutos? —preguntó Suki—. Kio salió con papá y no vuelven por lo menos hasta las cinco.

Lisa no dijo nada; era casi como si no hubiera escuchado en absoluto a Suki. Luego cabeceó casi imperceptiblemente en señal de asentimiento y siguió a su amiga a la casa. Fueron al cuarto de Suki.

—¿Querés sentarte? —preguntó ésta, mientras señalaba las varias sillas que había en la habitación. Pero Lisa se sentó en el suelo, con las piernas dobladas y los codos sobre las rodillas. Suki se sentó en la misma posición frente a ella.

Permanecieron así durante un rato, Lisa aturdida y silenciosa, Suki amable y paciente. Finalmente, Suki habló.

—Cuando murió mi mamá, lo que sentí debe de haber sido parecido a lo que vos sentís ahora.

Era difícil asegurar que Lisa hubiera escuchado; simplemente siguió mirando el suelo.

Luego de un rato, Suki notó que Lisa se inclinaba hacia adelante. Luego hacia atrás. Luego hacia adelante nuevamente. Empezaba a hamacarse y siguió haciéndolo bastante tiempo. Después, se detuvo de repente y miró fijamente a Suki. Intentó hablar, pero no lo consiguió del todo.

Suki extendió la mano y tocó suavemente su brazo. Lisa interrumpió sus intentos de hablar y se derrumbó en los brazos de su amiga, que la acunó y comenzó a mecerla. Todo su cuerpo se sacudía con los sollozos y Suki siguió meciéndola constantemente, mientras le frotaba dulcemente la cabeza y la acariciaba hasta que Lisa se calmó.

Finalmente, Lisa se sentó derecha.

—Estoy bien —anunció. Su voz sonaba ronca y un poco extraña.

—Claro que sí —respondió Suki cariñosamente.

—¡No es justo! —dijo Lisa—. ¡No se merecía morir!

—Todo lo que vive muere en uno u otro momento —dijo Suki con suavidad—. Es natural.

—¡Pero no tenía que morirse justo *ahora*! —gritó Lisa—. ¡Todavía tenía mucho por vivir! Además, lo natural es terminar lo que empezás. No simplemente interrumpirlo en el medio. ¡Hasta los árboles envejecen! ¿Por qué él no?

—No sé —murmuró Suki—. Es extraño, sin embargo. Cuando murió mi mamá, no dejé de pensar en cuánto había perdido *mi padre*. ¡Y ahora vos hablás de cuánto perdió *tu padre*! ¡Pero las dos cosas son tan diferentes!

—Bueno —replicó Lisa con una voz apagada y sin matices—, ¿qué importa?

—Tenés razón. Ahora no importa. Cuando me pasó, creí que nunca me iba a recuperar. Tardé mucho tiempo en aceptar lo que había pasado. Sólo entonces empecé a sentirme mejor.

—Nunca lo voy a superar —dijo Lisa con vehemencia—. ¡Nunca me voy a sentir mejor! ¡Nunca más quiero volver a sentir nada..., nunca!

Suki cambió de tema.

—¿Hablás con tu mamá?

Lisa negó con la cabeza.

—Estamos las dos igual; no puedo hablar con ella y ella no puede hablar conmigo.

—¿Por qué?

—Me parece que no puede arreglarse sin él. Está indefen-

sa, ¿podés imaginártelo? No hace más que preguntarme qué tiene que hacer.

Suki trató de tranquilizarla, diciéndole:

—Estoy segura de que tu mamá se recompondrá luego de un tiempo.

—Nunca podrá enfrentarlo, así que yo tendré que hacerlo por ella —replicó Lisa amargamente.

—Volverás a recuperar tus antiguos intereses.

—¿Qué intereses? No tengo intereses. Ni ambiciones. No soy como Jélica, que no ve la hora de ser médica, o como Flo, que está impaciente por ser abogada. Saben lo que quieren: ¡mejor para ellas! Pero yo no soy nada ni quiero ser nunca nada. —Ocultó la cara entre las rodillas y empezó a sollozar de nuevo—. Cuando él estaba aquí, nunca estaba sola. Y ahora, lo único que quiero es que me dejen sola.

Suki sacudió la cabeza compasivamente. Esta vez no trató de abrazar a Lisa o acariciarla. Simplemente se quedó callada.

Lisa lloriqueó y Suki le pasó un pañuelo de papel. Lisa dijo:

—Soy una tonta. Una completa idiota.

—No, no lo sos.

—Como si todo esto de seguir adelante pudiera significar una diferencia.

—Puede hacerte sentir mejor, y eso es una diferencia.

—Para mí, a lo mejor, pero para los demás no.

—Creí que no te importaba nadie más.

—En la escuela los chicos son agradables. No tengo nada contra ellos.

—Todos estuvieron muy preocupados. Mientras no ibas al colegio, Flo preguntaba todos los días por vos, y Ari y Marcos y montones más.

Repentinamente, Lisa se dio cuenta de que se sentía mejor. Pero no pudo decidirse a contarle a Suki lo mucho que había significado para ella esa última observación.

EPISODIO 20. *La escuela realiza un concurso de belleza*

El director entró a la clase de historia ni bien iniciada, y se sentó en la parte de atrás del aula. Los alumnos estaban desconcertados por su presencia.

Miguel le frunció el ceño a Flo, como para decirle:

—¿Por qué está acá?

Flo encorvó los hombros, como si le contestara:

—¿Cómo voy a saber?

Hacia el final de la clase, la profesora Quinteros le dijo al señor Pastorino que ya podía hablar con los alumnos.

—Apuesto que nos va a decir que el profesor Sáenz va a seguir aquí —le susurró María a Marcos.

—¿Querés apostar? —susurró a su vez Marcos.

El director habló con su calidez y gracia habituales.

—Antes que nada —comenzó—, permítanme decirles que había planeado visitarlos en la hora libre, en vez de interrumpir su clase de historia. Pero mis horarios no lo permitieron.

María miró a Marcos.

—Te dije que era sobre el profesor Sáenz —volvió a murmurar.

Marcos no dijo nada.

—También quiero decirles que me parecen un excelente grupo de jóvenes —continuó el señor Pastorino—. Tienen perseverancia y lealtad, cualidades que realmente admiro. Por un momento, estuve a punto de decir que son cualidades que una persona no puede tener en exceso, pero eso no sería totalmente correcto. Hay veces en que podemos ser más leales que lo necesario con alguien o algo, y entonces la lealtad se convierte en un defecto.

—¿La veracidad y la honestidad son como la lealtad? —preguntó Lisa.

—¿Cómo es eso? —inquirió el director.

—Quiero decir, ¿son cualidades de las que no deberíamos tener demasiado?

El señor Pastorino se rió.

—Bueno, no vine ahora a discutir moralidad con vos, y estoy seguro de que no haríamos más que aburrir al resto de la clase si nos enfrascáramos en una larga discusión sobre el bien y el mal. No, tengo que hablarles de algo que creo les parecerá mucho más interesante. De paso, voy a hablar con todas las clases de la escuela.

Los alumnos lo miraban expectantes.

—Lo que vine a comentarles —prosiguió— es que en la escuela circula una polémica que llegó a mi conocimiento. Como ustedes saben, cada año, como tradición, se elige a la chica más bonita del colegio. Envían un cuestionario a todos los alumnos, en el que les preguntan quién creen que es el chico con más probabilidades de éxito, la chica más bonita y toda esa clase de cosas. Bueno, últimamente ha habido ciertas críticas a la idea de realizar esa encuesta, y me pareció conveniente conocer su opinión al respecto.

Flo fue la primera en hablar.

—Señor Pastorino, ¿de dónde provino originalmente la idea de que los estudiantes se calificaran unos a otros?

El señor Pastorino sonrió.

—Por qué..., en realidad no sé, pero me dijeron que es algo que a los chicos naturalmente les gusta hacer.

—Bueno —contestó Flo—, creo que si los adultos no trataran siempre de calificarnos, no pensaríamos en hacerlo entre nosotros.

Lisa levantó la mano y fue la siguiente en hablar.

—¿Dijo usted “el chico de mejor aspecto y la chica con más probabilidades de éxito”?

—No —dijo el señor Pastorino con una risita ahogada—, hacemos concursos de belleza para chicas, no para varones. —Luego se apresuró a agregar—: no es obra mía, desde luego. Es sólo algo que siempre se hizo y lo organizan los propios alumnos.

—¿Por qué es así? —quiso saber Lisa, con la voz lo más firme que pudo.

—Bueno, dejáme decirte, dado que ésta es una clase de historia, que es principalmente una cuestión de historia. La

gente solía pensar que, como los hombres tienen las mayores responsabilidades en el manejo del mundo, son quienes deben ser más inteligentes y los que tienen que tener éxito. Por otro lado, la belleza en las mujeres se ha atesorado como uno de los más elevados ideales de la humanidad. ¡Acuérdense de cuántos hombres murieron por Helena de Troya!

—Señor Pastorino, sé que si me declaro en contra de los concursos de belleza, va a haber chicos que dirán: "Lo hace por pura envidia, porque sabe que nunca va a poder ganar ninguno". Y otros van a decir: "Lo próximo que querrás hacer es cancelar todos los certámenes, incluso los deportivos". Pero no estoy diciendo nada parecido.

—¿Qué es lo que *decís* entonces, Lisa? —preguntó Toni—. ¿No deberían calificarnos en materias como matemática y lengua?

Lisa lo miró fijamente durante un instante sin hablar. Luego volvió a dirigirse al señor Pastorino.

—Me parece que cada uno de nosotros piensa de manera diferente. Cada mente funciona a su propio modo. Y cada cara es hermosa a su manera; no importa si es la de un varón o una chica. Pero cuando usted señala sólo un tipo de inteligencia y dice: "Esto es ser inteligente", entonces hace que los demás se sientan como estúpidos. Y cuando señala sólo un tipo de belleza, hace que los demás sintamos que hay algo que anda mal en nosotros.

—¿Cómo se siente el resto con esta cuestión? —preguntó el director, dirigiéndose a los otros alumnos de la clase.

—Lisa tiene razón —dijo Ari.

—Sí —asintió Marcos—. Tiene razón.

Luego Toni dijo:

—Miren, esos concursos no pueden importarme menos. Pero es lo mismo, hay montones de lugares donde hay que tener reglas y criterios.

—¡Así es! —dijo el señor Pastorino—. En realidad, estoy de acuerdo con ustedes en casi todo lo que se dijo aquí. Nuestro principal objetivo en la escuela es ayudarlos a conseguir una educación. Ahora, lo que quiero saber es si este concur-

so ayudará a todo el mundo a conseguir una educación o no. Les pregunto a ustedes porque es su escuela y su concurso.

Luis se puso de pie. Había crecido tanto en los últimos meses que ahora era casi una cabeza más alto que el resto de la clase.

—Director —comenzó—, ese concurso no significa nada para mí. Creo que no significa mucho para nadie. Claro, usted podría liberarse de él, pero entonces los alumnos tendrán en esta escuela un poco menos de voz que antes. —Quería decir algo más, pero no podía expresarlo. Luego de permanecer unos instantes de pie, se desplomó lentamente en su asiento.

—¡Eh —exclamó Marcos—, Luis tiene razón! No es cuestión de si tenemos que hacer o no el concurso. ¡La cuestión es con qué lo reemplazamos!

—Exacto —dijo Flo—. Hagamos algo en la escuela que signifique una diferencia. Hagamos algo en que nuestros votos verdaderamente tengan importancia.

Se produjo un silencio. Luego, el señor Pastorino dijo:

—Déjenme que piense esto. Volveré a hablar con ustedes, lo prometo. A lo mejor podemos idear algo. —Tras lo cual se fue.

De pie en la escalinata del frente de la escuela, Flo le dijo a Lisa:

—Supongo que no me molestaría dejar que mi perro participara en una exposición canina, ¿pero por qué diablos queremos tratar así a la gente?

Lisa simplemente se encogió de hombros y no dijo nada, pero Ari señaló.

—En una exposición canina, hay criterios que tienen sentido, como la forma en que los perros se paran y el tipo de pelo que tienen...

—¡Igual que en un concurso de belleza para chicas! —dijo bruscamente Lisa.

—Todo lo que digo —insistió Ari— es que hay criterios pa-

ra casi todo. Como para las manzanas; lo que decide que sean de calidad especial o extra es el diámetro y el color...

Flo lo interrumpió con una carcajada.

—Me acuerdo el año pasado cuando empecé a discutir con mi madre en la verdulería sobre qué manzanas comprar. Ella decía que las verdes eran buenas y yo que no, que las buenas eran las rojas. Bueno, después resultó que ella hablaba de *cocinarlas* y yo de *comerlas*.

—Las juzgaban de manera diferente porque usaban criterios diferentes —comentó Malena.

—Exacto —asintió Flo—. Tratar de comparar diferentes tipos de manzanas no es mejor que tratar de comparar manzanas y naranjas.

—¿Entonces no podemos clasificar y calificar las cosas al menos que sean del mismo tipo? —preguntó Toni.

—¿No es lo que hacen los profesores aquí? —respondió Miguel—. Todos integramos la misma clase, así que a fin de año clasifican nuestro rendimiento y nos dan una calificación.

—Ya que estamos —dijo Rodolfo—, ¿acaso es diferente en el mundo de los negocios? Los empleadores tienen que tener criterios para contratar y ascender a la gente.

Flo parecía confundida.

—Esto está bien... pero no se dan cuenta, ¡los criterios no bastan! ¡Tiene que haber mecanismos que aseguren que se usan adecuadamente!

—¡Y tiene que haber mecanismos para certificar que los criterios *no se usen* cuando sean *inapropiados*! —exclamó Lisa—. Eso es lo que tenía en contra del concurso de belleza. No era que no se pudiesen encontrar criterios. ¡Es sólo que me opongo a que clasifiquen a la *gente* de la forma en que los carniceros clasifican la carne en un mercado de hacienda!

Ari dijo:

—Supongo que a lo mejor se puede distinguir un lugar, como una escuela o una empresa, por los criterios y mecanismos que usan o no usan.

—En cuanto a eso —respondió Lisa—, ¿no es lo mismo con

la gente? Yo no la juzgo sólo por lo que dice y ni siquiera por lo que hace. Quiero saber cuáles son sus criterios y sus costumbres. O sea, quiero saber cuál es su *carácter* y juzgarlo por...

—¿Lo que hacen característicamente? —dijo Marcos. Lisa le echó una mirada agradecida, aunque se preguntó al mismo tiempo si podía darse cuenta de cuánto cariño sentía por él.

* * *

De regreso en su casa, Lisa subió a su cuarto.

Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, tomó un paquete de cartas de un estante del armario y las desparramó ante sí. Eran cartas que su padre le había escrito todos los veranos que ella había ido al campamento: largas, repletas de sus observaciones y reflexiones y escritas con esas claras y bellas palabras que sabía usar tan bien. Mientras leía, Lisa tenía los ojos secos, pero estudiaba cada carta como si tratara de extraerle todo el significado posible.

Entonces, en un momento, alzó la vista.

—Las palabras —pensó—. ¡Están vivas!

CAPÍTULO 9

EPISODIO 21. *Asaltan a Miguel*

Miguel, Ari y Lisa estaban sentados en unas sillas fuera del auditorio de la escuela cuando dos alumnos del último año pasaron por allí. Uno tenía tatuajes en ambos antebrazos y usaba anteojos de sol espejados, el otro estaba cubierto de cuero y metal bruñado.

—¡Che —murmuró Miguel—, miren esos tatuajes! ¡Ojalá mi papá me dejara tatuarme los brazos!

El chico vestido de cuero cambió de rumbo y se encaminó hacia Lisa. Se inclinó y la miró fija y resueltamente durante un minuto. Ella alzó la vista hacia él con calma. Luego, sin una palabra, el chico se reunió con su compañero, esta vez con un contoneo que hizo que Lisa riera ruidosamente. El chico la oyó, se detuvo y dijo por encima del hombro: "Nunca me olvidarás. No te atreverías". Luego, ambos desaparecieron tras una esquina.

Miguel volvió a suspirar.

—Los tatuajes verdaderamente me gustan... y si alguien se siente bien tatuándose... si eso lo hace feliz, está bien para mí.

Ari frunció el ceño.

—¿Decís que si algo se siente bien está bien... y si se siente mal está mal?

—Claro —replicó Miguel con convicción.

—¿Entonces una misma cosa podría estar bien para mí y mal para vos?

—Sí —contestó Miguel.

En cuanto a Lisa, aunque no estaba segura de si concordaba con Miguel, dijo abruptamente:

—Tiene toda la razón, Ari. —No obstante, se dijo a sí misma: "¿Cómo podría ser realmente la misma cosa si diferentes personas la sienten de manera diferente?".

—¿Pero algo está bien porque se siente bien o se siente bien porque está bien? —preguntó Ari.

Lisa se puso de pie.

—¡La verdad, a veces ponés a prueba mi paciencia, Ari! —exclamó.

Ari lanzó una risita irónica.

—¡Te la pondré a prueba si vos ponés a prueba la mía!

—En otro momento. Me estás dando dolor de cabeza y tengo que partir —replicó Lisa.

Miguel alzó la vista interrogativamente.

—Tengo un dolor que se me *parte* la cabeza —agregó Lisa mientras le lanzaba una mirada a Ari.

El padre de Miguel tenía un negocio de venta de *jeans* y su hijo lo ayudaba todas las tardes. Iba allí inmediatamente después de la escuela, y ese día, al entrar, encontró a su padre impaciente por irse.

—¿Qué te demoró tanto? —preguntó su padre sin esperar respuesta—. Tengo que arreglar ese préstamo en el banco antes de que cierre. Cuidá el negocio. Aquí está la llave de la caja registradora.

Quizás unos diez minutos después de que su padre se fuera, Miguel se vio frente a un hombrecito con la mano izquierda en el bolsillo de una raída chaqueta y con la derecha hundida en un bolsillo del pantalón.

—Por favor, quisiera que me dieras el dinero de la caja

registradora —le dijo suavemente. Miguel lo miró fija e incrédulamente. El hombre tosió fuertemente y tironeó de algo en el bolsillo de la chaqueta. De repente, Miguel se dio cuenta de que estaba sacando un revólver.

"Mi papá me matará si le doy lo que hay en la registradora, pero este tipo me matará si no se lo doy", pensó Miguel.

De mala gana, abrió el cajón y sacó todos los billetes. Tuvo la precaución de mantener las manos a la vista del hombre y moverse con lentitud. El hombre metió descuidadamente el dinero en el bolsillo y se dio vuelta para correr hacia la puerta. Al volver a guardar el revólver en su chaqueta, empezó a toser. De improviso, hubo un fuerte estampido; Miguel se dio cuenta de que el hombre se había disparado en la pierna. El ladrón se bamboleó y luego se desplomó en la entrada. Mientras lo hacía, Miguel apretó el botón de la alarma. Pocos minutos después llegó la policía.

Al día siguiente, Miguel contó su historia una y otra vez; cada versión era más heroica que la anterior. Pero cuando Ari y Lisa le preguntaron, tuvo que admitir que entregarle el dinero al hombre había representado un problema.

—No lo recuperaremos hasta dentro de varias semanas —se lamentó—, lo retienen como prueba.

—No entiendo de qué te quejás —comentó Lisa—. Sólo hacía lo que era bueno para él en ese momento. ¡El único problema fue que le salió mal!

—Bueno, claro —contestó Miguel—. Malo es lo que sale mal. Bueno es lo que sale bien. ¡No puedo soportar el fracaso!

—¿Querés decir que si se hubiera ido con el dinero eso habría hecho que estuviera bien? —preguntó Ari.

—Sí, para él —replicó Miguel.

—No sé —señaló Lisa—. Creo que fue algo malo, al margen de que fallara o no.

Marcos, que había estado escuchando, se unió a la conversación.

—Creo que cada persona tiene derecho a vivir su vida como quiera, en la medida en que no impida a otras personas vivirla como *ellas* quieran.

—¿Y entonces? —preguntó Lisa.

—Entonces, asaltar a Miguel fue algo malo porque lo perjudicaba a él y a su familia —explicó Marcos.

Ari lanzó una risita irónica.

—Suena bien. Pensálo de esta forma, Miguel: podés revolver el brazo todo lo que quieras, pero tu libertad de hacerlo termina donde empieza mi nariz.

Estaban de pie en el pasillo frente a un aula, y el profesor Sáenz estaba por cerrar la puerta, pero Lisa vaciló, renuente a interrumpir la conversación antes de poder hallar un sentido a las diversas cosas que habían dicho.

—Vamos a ver si ahora lo comprendí —dijo lentamente—. Podemos decir que algo está *bien* o *mal* si se ajusta o no se ajusta a la manera en que queremos vivir. Pero si yo quiero hacer algo que perjudicará a otra persona, ésa es una razón para calificarlo de malo. Y si, al contrario, la ayuda, entonces tenemos motivos para considerarlo bueno.

Ari cabeceó en señal de acuerdo. Se dirigió a Miguel.

—Miguel, ¿seguís pensando que está bien cualquier cosa que signifique un éxito?

—Sí —replicó Miguel—. ¡Y por eso lo que ustedes dicen está mal, porque sus ideas *nunca funcionan*!

* * *

Algunas semanas más tarde, Ari le preguntó a su padre:

—Pa, ¿qué pasa cuando un juez instruye a un jurado?

—El juez les explica la ley y ellos tienen que considerar si corresponde aplicarla al caso en cuestión. ¿Por qué lo preguntás?

—El caso de ese tipo que asaltó a Miguel en el negocio de su padre va a ser visto hoy por el jurado. ¿Qué dirá el juez?

—Ah, probablemente les dirá que el robo es un delito, y ellos tendrán que decidir si en este caso se trató efectivamente de un robo. Si lo fue, entonces el hombre cometió un delito.

—A mí me parece evidente. ¿Por qué molestarse en hacer un juicio? —preguntó Ari.

—Tal vez te parezca evidente porque sólo escuchaste la versión de Miguel sobre lo que pasó. ¿El hombre no tiene derecho a contar la suya? —replicó su padre.

Ari se quedó en silencio durante algunos minutos. Luego dijo:

—Papá, ¿es lo mismo cuando la gente trata de decidir si algo que piensa hacer está bien o está mal?

—¿A qué te referís?

—Quiero decir, cuando pensás hacer algo, ¿no te preguntás qué regla se le aplica y si, en realidad, es lo que vos pensás que es? O sea, yo a lo mejor considero la posibilidad de decir algo y me digo a mí mismo: "Mentir está mal". Pero entonces me pregunto: "Aun así, ¿lo que estoy por decir es *de hecho una mentira*"?

—Suena como si hubieras contestado tu propia pregunta —señaló su padre.

EPISODIO 22. *Lisa siente la tentación de subir al auto de un extraño*

—Lisa, antes de que salgas para la escuela, ¿te molestaría ir al negocio de la esquina y comprarme algunas cosas?

Lisa se dio vuelta ante la puerta para dirigirse a su madre, y replicó con voz exasperada:

—Ma, sabés que voy a llegar tarde si me paro a hacer otra cosa. Ya estoy atrasada.

—Hoy te vas un poco más temprano que de costumbre, y sólo te llevará dos minutos.

—Ufa, está bien, dame la lista—. Tomó el pedazo de papel que su madre le tendía junto con algo de dinero y salió corriendo de la casa. En pocos minutos estaba de vuelta; arro-

jó las compras con tanta fuerza sobre la mesa que la bolsa se rompió, y volvió a salir corriendo.

Cuando su casa se perdió de vista, aminoró el paso hasta transformarlo en una caminata agradable. En su mente aún ardía el resentimiento, y repasaba una y otra vez cómo su madre la había demorado innecesariamente. También la enfurecía su propia incapacidad para enfrentarse al desamparo de su madre. Se sentía atrapada.

Era una mañana cubierta de neblina; ésta era especialmente densa en el parque que rodeaba el camino de Lisa hacia la escuela. Ella apenas advirtió el auto que paraba a su lado, hasta que una voz amigable la llamó:

—Hola, ¿quieres que te lleve?

El rostro, en la medida en que podía vislumbrarlo, era joven y agradable. Y como Lisa no contestó y siguió caminando, la voz insistió:

—¿Qué decís? ¿Quieres que te lleve?

Era como una película en cámara lenta, allí, en medio de la neblina, mientras ella se demoraba en su camino y el auto se movía despaciosamente a su lado. Pero Lisa también notaba la turbulencia de sus pensamientos y sus sentimientos. Por un lado, sabía muy bien que las advertencias de sus padres y su propio sentido común le decían que hiciera todo lo posible para evitar una situación que tal vez no fuera capaz de manejar. Pero, por el otro, había dos intensos sentimientos de los que era claramente consciente. Uno era la tentación de embarcarse en una pequeña aventura, un animado paseíto hasta la escuela del que podría jactarse ante sus amigos. El otro, aún más fuerte, era que ésta era una manera de alejarse, simplemente alejarse.

El auto se detuvo, la puerta del lado del conductor se abrió y el chico empezó a salir, aunque ahora parecía más un hombre que un chico. Lisa vaciló y luego comenzó a correr. El hombre volvió al auto y la alcanzó rápidamente.

Un semáforo se puso en rojo en medio de la neblina. El auto paró por la luz y otro se detuvo detrás de él. Lisa vio que era su oportunidad. Atravesó velozmente el cruce y co-

menzó a correr las tres cuadras que todavía la separaban de la escuela. Al mirar atrás y ver que un automóvil se encaminaba con lentitud hacia ella, se escondió detrás de unos tachos de basura en un callejón y lo observó. Aliviada, se dio cuenta de que era otro auto. Pronto se encontró en terreno de la escuela. Había llegado bastante temprano. De una manera despreocupada, casi como si vagabundeara, entró al edificio.

Cuando le contó la historia a Suki, reflexionó sobre su propia respuesta a lo ocurrido. La perturbaba en particular el hecho de que la hubiera atraído el peligro y que hubiese tenido que luchar para superar sus propios impulsos, aun cuando en ese mismo momento sabía cuán irrazonables eran. Consideró alentadora la circunstancia de que, efectivamente, hubiese intentado salvarse, y le pareció que podría haberlo logrado aun sin la afortunada aparición del otro auto.

—Aprendí un montón sobre mí misma —le dijo a Suki.

—Ésa es una manera de hacerlo —replicó ésta sin sonreír—. La manera difícil.

—Estoy aprendiendo sobre la vida —argumentó Lisa.

—Claro, sólo que la próxima vez a lo mejor lo que aprendes no se refiere a la vida.

Lisa la miró fijamente y luego dijo, lenta y casi mecánicamente:

—La verdad es que no puedo bancármelo mejor que mi mamá. Cada vez que hay una crisis, la pesca desprevenida. ¡Y mirá, conmigo pasa lo mismo! Se supone que puedo pensar por mí misma, pero cuando surge un problema real, ¡siento que me tironean en mil direcciones distintas! Ay, Suki, soy una farsante tan grande: ¡simulo y finjo, pero cuando la cosa viene en serio, no sé cuidarme mejor que Kio!

Todo lo que Suki dijo fue:

—Seguís buscando atajos, como subirte a un auto para alejarte. Pero en realidad no hay atajos. Lleva su tiempo...

Unos días más tarde, Suki llamó por teléfono. La excitación la tenía sin aliento.

—Mi prima, No, viene desde Brasil. Va a participar en un certamen en Rosario y se quedará aquí un par de días.

—¿No? ¿Así se llama?

Suki se rió.

—Bueno, su nombre es Nobuko Tong, pero todos le decimos No. Una vez me contó que cuando era muy chica y la gente trataba de impedir que hiciera algo malo diciéndole "no", sencillamente fingía que la llamaban por su nombre y seguía haciéndolo.

—¿En qué tipo de certamen interviene?

—De música. Es violinista. Hay otro concursante de Brasil que va a estar con ella. Es un pianista, y tocarán primero solos y luego un dueto.

—Se llama Sí, seguramente.

Suki emitió una risita.

—Me temo que no. Es Vicente. —Luego preguntó—: ¿te gustaría conocerlos mientras estén aquí?

—¡Ay —dijo Lisa—, me encantaría!

Lisa no pudo conocer a No y Vicente la primera noche que pasaron con los Tong, pero la segunda, justo antes de que tomaran un vuelo nocturno a Rosario, la invitaron a reunirse con ellos.

Lisa estaba acostumbrada a las conversaciones en la casa de los Tong, y se sorprendió —aunque no fue en absoluto una sorpresa desagradable— al comprobar que dedicaron la velada a ensayar para la competencia. Cuando No terminó la partita de Bach, Kio ya estaba inquieto y se fue a la cama. Luego Vicente tocó algo de Stravinsky y juntos interpretaron una sonata de Schubert. Lisa no creyó entender la música mejor de lo que lo hacía cuando su padre intentaba hacerla escuchar los cuartetos de Beethoven, pero la fascinaron tanto los veloces movimientos de los dedos de No y los rápidos cambios de sus expresiones faciales que no la perturbó la extrañeza de la música.

Luego de la interpretación, Lisa y Suki fueron al cuarto

de No para ayudarla a hacer las valijas. Suki se sorprendió al escuchar a Lisa volver a contar su aventura con el hombre del auto. Pero en lugar de jactarse, su amiga admitió que la historia demostraba cuán confusa y desconcertada estaba en realidad.

—Por supuesto —dijo con pesar—, puedo ir al colegio y volver todos los días, pero, ¿cómo me preparo para una crisis?

No escuchó pensativa, y luego señaló:

—Creo entender lo que decís. Después de todo, cuando doy un concierto público, tiene que ser perfecto. Eso significa que todas las representaciones son una crisis para la que tengo que prepararme. —Puso el violín suavemente en su estuche—. Estar lista siempre es una terrible lucha para mí.

Suki dijo con dulzura:

—Nadie podría imaginarlo al escucharte tocar. ¡Es tan sereno y refinado! Pero cuando tocás, la lucha por la que pasaste todavía se refleja en tu cara. Parecés estar en paz y sufrir, ambas cosas al mismo tiempo.

—Cuando era muy chica —respondió No—, ya era consciente de que tenía fuertes sentimientos competitivos, y me preocupaba que algún día pudieran hacerme lastimar a alguien. Ése era mi problema, ves, pero cuando empecé a estudiar violín, gradualmente me sentí menos y menos desasegada.

Lisa señaló con lentitud:

—Veo la comparación que hacés, No. Yo tenía sentimientos conflictivos y no podía armonizarlos, así que estuve a punto de hacer algo tonto. Pero en tu caso... es casi como si hicieras que el conflicto de tus sentimientos trabajara en tu favor. ¿Cómo lo hacés?

—Práctica, sobre todo. Horas y horas y horas de práctica, todos los días. Práctica de digitación, práctica con el arco... hay tantas habilidades individuales que hay que dominar, y todas significan trabajo. Después hay que reunir las con tanta perfección que nadie pueda ver las costuras.

Lisa sacudió la cabeza con desesperación.

CAPÍTULO 10

EPISODIO 23. *El viaje en barco por el río*

Era el día anterior al viaje de la clase. Todos los años, solían ir a un lugar de interés histórico, y esta vez habían decidido visitar la antigua mansión en la que un siglo atrás habían sucedido importantes hechos históricos. Hoy formaba parte de un parque nacional.

Lo más emocionante era la posibilidad de llegar a ella en barco por el río. Para María, ésa prometía ser la característica que más la entusiasmaba de toda la salida. Ella y Malena estaban tan inmersas en la discusión sobre qué ponerse y qué clase de sandwiches llevarían que no pudieron dejar de hablar cuando el profesor Sáenz golpeteó ligeramente sobre su escritorio.

El profesor las observaba divertido mientras se esforzaban por prestar atención. Finalmente señaló:

—Sé que quieren hablar un poco más acerca de lo que hace verdaderas las proposiciones. Pero si no les molesta, hay algo que me gustaría decirles antes. Creo que tienen derecho a saberlo.

Marcos, como muchos otros en la clase, sintió angustia.

—Va a decirnos que lo echaron —pensó.

—Todos ustedes saben —prosiguió el profesor— que hubo cierta discusión acerca de la forma en que se ejecutaron este

año las políticas escolares, y soy consciente de que, como resultado de ello, algunos de ustedes se preocuparon por mi futuro. Sin embargo, ahora puedo decirles que en gran medida fue una tempestad en un vaso de agua, y todos los involucrados han acordado olvidarla.

—¿Entonces se queda? —preguntó Marcos con alivio.

—No, no exactamente. Me ofrecieron un puesto de vicedirector en otra escuela de la ciudad, y voy a aceptarlo. Así que el año que viene no estaré aquí.

Hubo un rumor de conversaciones que el profesor permitió durante unos momentos. Luego dijo:

—Vamos, volvamos a la cuestión de lo que hace verdaderas las proposiciones.

—¿Sabe qué? —dijo Lisa—. Creo que no vamos a llegar a ninguna parte mientras no tengamos alguna idea de cuáles resultan ser las diversas teorías sobre la verdad. ¿Alguno las conoce aquí? ¿Tiene alguien aquí alguna idea?

Su propuesta fue seguida por unas cuantas discusiones sin rumbo que finalmente se apagaron por completo. Lisa miró a Ari y se encogió de hombros.

—Lo intenté —dijo.

* * *

Al día siguiente, todos estaban a bordo del barco mientras éste traqueteaba lentamente río arriba. Una multitud de jóvenes estaban de pie inclinados sobre la borda, mirando la gigantesca rueda de paletas que revolvía la barrosa agua marrón hasta salpicarla de verde y blanco.

Marcos pudo ahuecar su mano por encima de la baranda y atrapar algunas gotas de rocío.

—Escucháme, Stotelmeyer —llamó—, ¿quieres que te pruebe que la proposición “el agua está mojada” es verdadera? Bueno, ¿qué tal esto como prueba? —Y antes de poder contestar, Ari recibió una salpicadura de agua en la cara. Se rió de buena gana y devolvió el favor un momento después. Pero Marcos tuvo la precaución de recordarle lo mismo.

—Ves, las proposiciones son verdaderas cuando responden a los hechos. Lo que dije era verdad porque el agua está realmente mojada.

Más tarde se unieron a Toni y se sentaron en unas sillas de cubierta cerca de la proa del barco. Un rato después, Toni contó que la noche anterior había tenido un sueño en el que estaba en China.

—¡Era tan real! —exclamó—. Creía realmente estar ahí. ¡Podía ver la Gran Muralla, los palacios imperiales, las pagodas, todo!

—Entonces —contestó Ari—, si te parecía real, ¿cómo es posible que ahora pienses que estás despierto y que China era sólo un sueño? ¡A lo mejor este barco es un sueño y China era de verdad!

Toni sabía que Ari le tomaba el pelo, pero estaba listo para responderle.

—Es fácil —dijo—. Lo que pasaba durante el sueño parecía tan real como cualquier otra cosa, como si estuviera pasando. Pero cuando me desperté, comprendí que no podía haber pasado la noche en China y no recordar que había viajado allí ni regresado ni nada. Entonces, lo que pasó en el sueño no era coherente con el resto de mi vida. No era coherente, por lo tanto no era verdad. ¡Así de simple!

Ari se alzó de hombros y Marcos permaneció callado.

Luego de que el barco atracó en el embarcadero, todo el mundo se precipitó a tierra para explorar la mansión y, más tarde, el terreno circundante. Los tres chicos se encontraron con Malena, Lisa y Laura cuando cruzaban el terreno en pendiente, y juntos empezaron a explorar los senderos que llevaban a la zona boscosa. La mayoría tenía señales, pero pronto encontraron uno sin marcar. Se internaron más y más en el bosque. El sendero se fue desvaneciendo y finalmente lo perdieron. Entonces se dieron cuenta de que ellos mismos se habían perdido.

Durante un tiempo vagabundearon de uno a otro lado, hasta que al final llegaron a un pequeño arroyo. Marcos y Laura iban a cruzarlo para internarse en el bosque de la otra

orilla, con la esperanza de dar pronto con algún camino. Pero Ari señaló que el bosque bien podía extenderse ante ellos a lo largo de muchos kilómetros.

—Bueno —dijo Laura—, ¿alguien tiene alguna idea?

—Todo lo que necesitamos es una brújula —contestó Malena—. ¿Alguien tiene una?

—No estamos para chistes —gruñó Toni.

Marcos dijo:

—Ojalá tuviéramos un mapa. Podríamos ubicar este arroyo y entonces sabríamos dónde estamos y cómo salir de aquí.

—Pero no lo tenemos —replicó Ari.

—Mi abuelo vivió en esta zona —dijo Toni—. La conocía como la palma de su mano. No necesitaba un mapa. Tenía una idea clara de todo el terreno. Si conociéramos este bosque como él lo conocía, podríamos salir de aquí sin ningún esfuerzo.

—¡Eso es grandioso, Toni! —respondió Lisa rápidamente—. ¡Si tuviéramos una idea clara del bosque, no estaríamos perdidos! —Luego agregó—: pero, esperen un minuto; ¿por qué no consideramos la posibilidad de que este arroyo desembogue en el río por el que llegamos hasta aquí? Una vez que demos con él, sabremos dónde estamos.

—Buena idea —dijo Ari, y los demás estuvieron de acuerdo en que nada perdían con intentarlo.

Durante algún tiempo los seis caminaron a lo largo de la orilla del arroyo. Justo cuando estaban por renunciar al plan de Lisa, el río apareció ante su vista y pudieron divisar la mansión no muy lejos aguas arriba.

Lisa no pudo evitar fanfarronear un poquito.

—Ven, cuando vas directo al grano, lo verdadero es lo que está bien cuando actuas de acuerdo con eso. Yo tuve una corazonada; actuamos de acuerdo con ella; resultó ser cierta. Eso es todo.

—¡Esperá —dijo Ari—, esperá! Miren, ¿cuál era la proposición que tratábamos de establecer como verdadera o falsa?

—Era: “si seguimos el arroyo, volveremos a la mansión” —dijo Toni.

—De acuerdo —dijo Marcos—, entonces, lo que hizo que fuera cierta fue que volvimos y vimos la mansión. Como yo dije, ver para creer.

—No —lo contradijo Toni—, lo que hizo que resultara verdadera fue que era coherente con todo el esquema del terreno aquí, con *todo* lo que cualquiera sabe de este lugar. Si no lo hubiera sido, todavía estaríamos dando vueltas a los tropezones por el bosque.

Lisa se rió.

—¡El problema con ustedes, chicos, es que no quieren admitir que están equivocados! Miren, si tenemos la proposición “si seguimos el arroyo, volveremos a la mansión”, hay una sola forma de decir con seguridad si es verdadera o no.

—Seguir el arroyo —dijo Laura.

—No del todo —contestó Lisa—. Teníamos que suponer adónde llevaba el arroyo. Miren, sabíamos con certeza que la mansión estaba junto al río. Y sabíamos con certeza, también, que estábamos en el arroyo. Ahora, lo mejor que podíamos suponer era que el arroyo conducía al río. Así que no hicimos más que hacerle caso a nuestra mejor suposición. ¡La sometimos a prueba y, desde luego, encontramos el camino de vuelta a la mansión! ¿No se dan cuenta? ¡Nuestra idea era verdadera porque funcionó!

Pero Toni y Marcos exclamaron al unísono:

—¡No, funcionó porque era verdadera!

EPISODIO 24. *La cadena y el cable*

—Abuelo —dijo Malena bruscamente, sin preliminar alguno—, ¿soy tonta?

—¿Sos qué?

—Tonta. Estúpida.

—¿Por qué lo preguntás?

—Esta tarde, después de la escuela, en el terreno de juegos... un par de chicos me dijeron tonta.

—¿Lo dijeron por algo que estabas haciendo?

—Todo lo que hice fue atravesar la cancha mientras prac-

ticaban fútbol. Ni siquiera estaban jugando un partido, sólo practicaban. A lo mejor me puse un poquito en su camino, pero ésa no era una razón para decirme "tonta".

—Supongo que fue la primera palabra que se les ocurrió. En vez de decirte: "Eh, Malena, qué tonta sos", ¿podés imaginarte que te dijeran: "Eh, Malena, qué poco considerada sos"? O tal vez: "Malena, jeso es muy desatento de tu parte!".

A pesar de sí misma, Malena tuvo que reírse.

—En realidad no estoy enojada con ellos. Son sólo varones.

—Sólo varones —repitió su abuelo como un eco.

—Me toman el pelo todo el tiempo.

—Si gastan tanto tiempo con vos, deben de considerarte interesante.

—Ojalá tuviera una lengua realmente incisiva, como Jésica. Pero nunca se me ocurre nada para decir.

—A veces es mejor no decir nada.

—Ya lo sé, ¿pero cuáles son esas veces? Montones de veces abro la boca cuando tendría que haberla mantenido cerrada, y otras no digo nada cuando debería haber hablado claramente.

—Con el tiempo aprenderás cuándo hacer qué.

—Claro, y por entonces me conocerán como "Estúpida" con E mayúscula. Incluso voy a tener que ponerme una gran "E" en el *pulóver*. —Malena pensó en el nuevo cobayo que le había comprado su abuelo—. Al menos Pedro no cree que sea estúpida —dijo riéndose.

—Eso es porque te conoce mejor que esos chicos —respondió su abuelo. Luego agregó—: también sabe con cuánto cuidado lo atendés y cuánto lo querés. Muchas veces los animales pueden distinguir, sabés... en ese aspecto, son como niños.

Malena corrió a buscar a Pedro y volvió con él acunado en sus brazos. Entonces se le ocurrió otra cosa.

—Abuelo, ¿soy inferior?

—Decididamente. Hay gente en el mundo que puede ha-

cer lucha libre mejor que vos, y otros que pueden pilotear aviones mejor que vos, e incluso hay quienes pueden nadar debajo del agua mejor que vos. Así que creo que sos definitivamente inferior.

Malena se rió.

—No, dejá de tomarme el pelo. Quiero decir, ¿soy inferior a los otros chicos de la clase? Algunos de ellos tratan de hacerme creer que lo soy. Sé que mis calificaciones no son demasiado buenas, ¿pero eso me hace inferior?

—Malena —dijo su abuelo—, supónete que uno de los chicos es bueno en aritmética, y otro en el cuidado de animales, y otro en el canto, y otro es un buen bailarín, y otro es bueno en historia, y otro es un buen patinador, etcétera; ¿dirías que alguno de esos chicos es inferior?

—Ya veo a qué te referís. —Malena sopesó las observaciones de su abuelo—. Pero, ¿qué pasa si no sos buena en montones de cosas, y buena sólo en unas pocas? ¿Y si las cosas en que no sos buena son justo las cosas en las que la escuela siempre te pone a prueba? ¿Eso no te hace inferior?

—Malena, siempre hay muchísimas cosas en las que una persona puede tener puntos fuertes o débiles; son sencillamente incontables. Pero, desde luego, siempre hay alguien que insiste en que la verdadera prueba para decir si la gente es mejor o peor es justo alguna cosa en que, casualmente, *él* es bueno. Cuando estaba en la Patagonia, en el Servicio de Guardaparques tenía la reputación de ser el que mejor localizaba nidos de aves. Pero eso nunca hizo que me imaginara que todos los demás eran inferiores a mí simplemente como seres humanos.

—¿Pero yo no soy buena en casi *nada*! —sollozó Malena. Su abuelo sonrió.

—¿Qué es lo que tenés alrededor del cuello?

Malena hizo pucheros.

—Sólo una alhaja de fantasía barata.

—Pero es un collar, ¿no? ¿Una cadena?

—Sí. ¿Qué tiene?

—¿Y cada eslabón es un pequeño círculo de cable?

—Sí.

—¿Cuánto costaría romper la cadena?

—No mucho. Si tirara apenas de él, uno de los eslabones se abriría y la cadena se rompería. Ah, ya veo adónde querés ir... vas a decirme que una cadena sólo es tan fuerte como su eslabón más débil.

—Sí, iba a hacerlo, pero me ganaste de mano. Ahora, ¿cuál es la diferencia entre una cadena y un cable?

—Bueno, ambos están hechos de pequeños tramos de alambre. Pero los de la cadena están todos en anillos separados que se unen, mientras que en el cable se llaman filamentos y están entrelazados.

—¿Y un cable no es tan fuerte como su filamento más débil?

—No. Si un eslabón de la cadena se rompe, se rompe toda la cadena. Pero si se rompe el filamento de un cable, el cable sólo queda apenas un poco más débil.

Su abuelo estaba muy divertido.

—Entonces, ¿no es posible que una persona, con montones y montones de puntos fuertes, tenga un punto débil muy grave, mientras que otra, aunque más bien común en muchos aspectos, reúna estos puntos fuertes comunes, como los filamentos de un cable, de una manera que los haga muy, muy fuertes?

Malena suspiró.

—Abuelo, ojalá pudiera creerte.

—Avanzá sin dudar. ¡No cuesta nada!

—Mi papá y mi mamá no me dicen esta clase de cosas. La mayoría del tiempo actúan como si no existiera. Les pregunto cosas y no me contestan. O si no me dicen cuál es mi pregunta antes de que la haga. Nunca me toman en serio. Es como si no importara, como si no fuera de veras una persona. ¿Cómo me puedo tomar en serio cuando ellos no lo hacen?

Ahora estaba cabizbaja, pero su abuelo le levantó el mentón para que lo mirara.

—A veces son poco considerados. A lo mejor muchas ve-

ces. Es como cuando cruzaste la cancha sin pensar. Cuando hablan así, desconsideradamente, es muy injusto para vos. Pero dudo que lo hagan a propósito, como vos tampoco lo hiciste.

—¡Pero se supone que me quieren! Si no me quieren, ¿por qué dicen que sí? ¡No deberían fingir! ¡A lo mejor ni siquiera quisieron tenerme! —Malena se aferró a su abuelo y lloró con la cara hundida en su vieja y gastada chaqueta, mientras él le palmeaba la espalda para consolarla.

—Me temo que la vida sea bastante loca a veces —dijo suavemente.

En un principio, Malena no contestó, pero luego de un rato dejó de sollozar, alzó la vista hacia él y preguntó:

—¿Qué quiere decir eso?

Su abuelo se alzó de hombros.

—No mucho, supongo. Es curioso, sin embargo. Puedo acordarme de cuando tenía más o menos tu edad. Tuve una idea extraña. Una idea verdaderamente graciosa.

—¿Cuál era?

—Creí que estaba loco. De veras. Creí que estaba ciento por ciento loco, mientras que todas las personas a mi alrededor estaban sanas y cuerdas.

—¿En serio? ¿Vos? ¿Una vez creíste que estabas loco? ¿Qué pasó?

—Tardé mucho en recuperarme de esa sensación. Poco a poco me fui dando cuenta de que en realidad no estaba más loco que los demás. A lo mejor no era más cuerdo, pero tampoco más loco. Empecé a ver que el mundo en que vivimos es... bueno, en ciertos aspectos, una especie de mundo loco, pero nos da la impresión de que *nosotros* somos los chiflados, no él.

—Es curioso —dijo Malena—. Justo hoy, en la hora de ciencias, estábamos estudiando a Copérnico. Cómo demostró que, aunque parezca que el sol gira alrededor de nosotros, en realidad es al revés, nosotros giramos alrededor del sol, y no obstante la gente lo llamó loco. Así que podría ser que al mundo realmente le faltara un tornillo, y no a nosotros.

—Exacto —agregó su abuelo—. Y si estás entre gente a la que no le importan nada los seres humanos, podrías llegar a creer que sos vos la que no vale nada o es estúpida o inferior.

—¡Escucháme, Copérnico —dijo Malena con su vocecita estridente—, esperáme!

CAPÍTULO 11

EPISODIO 25. *Ser amigos y querer a alguien*

—Ari —susurró Malena del otro lado de la mesa de la biblioteca—, ¿tenés abuelos?

Ari negó con la cabeza.

—Pero podés tener un gato, ¿no? —preguntó Malena, ignorando a Toni, que estaba sentado al lado de Ari y en ese momento alzaba la vista de su libro y le fruncía el ceño.

Ari miró a Toni como pidiéndole disculpas y luego hizo una seña a Malena para que salieran al pasillo, donde admitió que tenía un gato de nombre Mario.

—¿Por qué querías saberlo? —preguntó.

Malena rió levemente.

—Se me ocurrió preguntarte, nada más. No sé por qué. El mes pasado me regalaron un nuevo cobayo. Su nombre es Pedro. Y ya conocés a mi abuelo. Los quiero a ambos.

—¿Los querés a ambos?

—Claro, ¿por qué no?

—No sé. Sólo que suena un poco curioso escucharte decirlo así.

—Ah —dijo Malena—, pero hay una diferencia. Ves, mi abuelo y yo también somos amigos.

—¿Pero no sos amiga de Pedro?

Malena lanzó una risita.

—No, eso es tan tonto, Ari. ¿Cómo puede ser alguien amigo de un cobayo? Sólo lo quiero, eso es todo.

—¿No podemos ser amigos de los animales?

—¡Claro que no, tonto! Los animales no son nuestros iguales, y sólo podemos ser amigos de nuestros iguales. ¡Pero podemos amar a cualquiera, no importa lo grande o lo chico que sea!

—Pero todavía no entiendo cómo podés ser amiga de tu abuelo, si es tanto más grande que vos.

—¡Ufa, Ari, a veces actuás de una forma tan densa! ¿No te das cuenta de que cuando las personas son amigas no importa lo diferentes que sean en otros aspectos, porque en la medida en que son amigas son iguales? Por eso, cuando mi abuelo y yo hablamos o jugamos a las cartas, es como si fuéramos de la misma edad.

Ari se quedó en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Malena.

—Tengo un gato, pero no estoy seguro de que lo ame. No estoy seguro de no ser su amigo.

—Eso es ridículo, Ari. ¿Cómo podés decir semejante cosa?

Ari se alzó de hombros. Luego preguntó:

—¿Todos tus iguales son tus amigos?

—Claro que no. Montones de chicos son mis iguales porque tenemos la misma edad o la misma altura, pero no son amigos míos. Pero una vez que lo somos, nos aceptamos mutuamente como iguales.

—Ah —dijo Ari—. Entonces, todos los amigos son iguales, pero no todos los iguales son amigos. Supongo que por eso siempre te gustan tus amigos, pero tal vez no siempre te gusten tus iguales.

—Bueno, Ari, no importa si la gente te gusta o no. Al margen de lo que sientas por ella, hay que tratarla justamente. ¡Me da mucho odio cuando a algunos chicos de la clase les dan privilegios que otros no tienen!

—Si todos los tuvieran —señaló Ari con sequedad—, ¿seguirían siendo privilegios?

Malena no se rió. En cambio, lo miró pensativa y luego dijo:

—Dejáme ver si entiendo. Primero, está llevarse bien con la gente independientemente de las diferencias.

Ari asintió con la cabeza.

—Ahí es donde entra la justicia.

—Y segundo, está ser amigos...

—...lo que automáticamente los hace iguales. ¿Hay algo que esté en tercer lugar?

—¡Por supuesto Ari! Lo que hablábamos, donde cada persona reconoce qué tiene de especial la otra. En realidad, es donde cada persona reconoce lo que hay de especial en todo. Por eso amo a Pedro, porque es tan especial. Y por eso amo a mi abuelo, porque él también es algo especial.

—Nunca pensé en cosas así —admitió Ari.

—Yo tampoco lo habría hecho si no me hubieras preguntado como lo hiciste.

—Vamos a ver si tengo las cosas en orden. Primero, es cuando somos justos unos con otros a pesar de nuestras diferencias. Segundo, es cuando las diferencias no importan. Y tercero, es cuando las diferencias de otras personas son justamente lo que nos gusta de ellas.

—Lo cambiaste un poco —dijo Malena, un tanto vacilante.

—Seguro —aceptó Ari—, pero como vos dijiste, ¡entre amigos, las diferencias no importan!

EPISODIO 26. *El desafío del señor Pastorino*

El señor Pastorino caminó hasta la ventana y se paró en silencio mirando hacia afuera, con las manos enlazadas por detrás en la forma en que las ponía cada vez que se sumergía en sus pensamientos. Luego, de improviso, se dio vuelta.

—Bueno, ahora vamos a hacer una de esas, ¿cómo las llaman ustedes?, “sesiones de crítica” que siempre tienen con el profesor Sáenz.

—No las llamamos sesiones de crítica, señor Pastorino. No las llamamos de ninguna forma —dijo Marcos.

—Bueno, lo que quiero saber es qué tratan de demostrar.

—No tratamos de demostrar nada —dijo Flo—. Sólo tratamos de entender lo que pasa.

El señor Pastorino parecía perplejo.

—Sigo sin entender adónde van.

—Tratamos de explicarnos cómo probar nuestras creencias —dijo María.

—¿Qué creencias? —replicó el señor Pastorino—. ¿Qué creencias?

Se produjo un silencio que finalmente rompió Ari al decir:

—Todo lo que queremos mostrar es que los chicos pueden pensar por sí mismos, señor Pastorino.

Éste miró con calma a Ari.

—Bueno, pero eso no sirve. Simplemente no sirve. ¿Por qué debo creerles cuando me dicen que todos los chicos pueden pensar por sí mismos? Eso es lo que quiero saber.

Pero ahora Ari agitaba su mano.

—¡Señor Pastorino! No se da cuenta... no hay *manera*... no hay manera de que podamos probarle de una vez por todas que todos los chicos pueden pensar por sí mismos, porque tampoco podemos probar de una vez por todas nuestras razones. A lo mejor ni siquiera podemos probar *nada* de una vez por todas. Pero tal vez eso no sea tan malo. ¡Ahora, a lo mejor, si piensa que estamos equivocados, depende de *usted* mostrarnos por qué lo estamos!

—Tiene razón —dijo Lisa—. No ve, señor Pastorino, lo que pasa habitualmente es que todos suponen que no podemos pensar por nuestra cuenta, y a muchos nos cuesta esfuerzo probar que podemos, porque en realidad nadie quiere escucharnos. ¿Pero por qué la gente no supone que los chicos *pueden* pensar por sí mismos hasta que alguien pruebe que no pueden?

El director volvió a mirar por la ventana durante un instante y luego se dirigió a la clase.

—¿No sería mejor aceptar nuestra palabra en cuanto a lo que está bien? Después de todo, somos sus profesores. ¿Por qué tienen que exigir razones para todo?

—¡Para todo no! —interrumpió Marcos—. ¡Para todo no! Sólo para las cosas que nos preocupan.

—Así es —dijo Ari—. No tiene sentido tratar de probar *todo*, pero cada vez que tenemos preguntas, deberíamos buscar buenas razones para fundamentar lo que pensamos.

—¿Pero no se dan cuenta —contraatacó el señor Pastorino— de que cada razón es otra creencia, y también van a tener que encontrar razones para ella, así que nunca van a acabar de buscarlas? Es interminable.

—Ya lo sabemos, director —dijo Lisa tranquilamente—. Ya lo sabemos.

El señor Pastorino se cruzó de brazos.

—Escucho mucho palabrerío sobre "pensar por sí mismo". ¿Quién puede decirme qué es "pensar por sí mismo"? ¿Y en qué se diferencia del mero "pensar"?

Nadie se aventuró a responder. Por último, habló Marcos.

—Vamos, chicos. Podemos imaginarnos qué decir. Miren, ¿por qué no lo hacemos por turno? Una persona dice qué cree que es pensar y la siguiente dice qué es pensar por sí mismo.

—Yo empiezo —se ofreció Toni—. Pensar es explicarse las cosas.

—Y pensar por sí mismo es explicarse algo que se aplica particularmente a vos —dijo Flo.

—Pensar —dijo María—, cuando alguien dice algo, es saber lo que se deduce de lo que dice.

—Pero cuando pensás por vos mismo —señaló Luis—, significa que podés explicarte lo que se deduce a partir de tus propias ideas.

—Yo sé —anunció Malena—. Cuando alguien piensa, considera lo que es posible.

—Exacto —contestó Marcos—. Pero si una persona piensa por sí misma, considera lo que es posible para ella, cómo podría usar sus ideas.

—Pensar —sugirió Sebastián— es sólo tener pensamientos que dan vueltas por tu mente.

—Puede ser —estuvo de acuerdo Ari—, pero cuando pen-

sás por vos mismo, juntás tus pensamientos y te representás algo con ellos.

Miguel sugirió que "si podés explicarte por qué piensa otro de la forma en que lo hace, estás pensando. Pero si podés explicar tus propias razones para creer lo que creés, estás pensando por vos mismo".

—Bueno —replicó Marcos—, si pensás en la forma en que piensa todo el mundo, estás pensando, pero si encontrás una manera de pensar que sea totalmente propia, eso es pensar por vos mismo.

—Déjenme decirles lo que pienso que es —dijo Lisa—. No creo que necesitemos razones para pensar, y ni siquiera creo que haya que tener ideas definidas. Algo así como que, si uno tiene un problema y trata de resolverlo, está pensando, pero tal vez no tenga ninguna idea en particular en la mente en ese momento. Pero si es *su* problema y *uno* lo resuelve, está pensando por sí mismo.

En ese momento se alzaron varias manos.

—¡Lisa tiene razón! —dijo Ana—. Cuando trato de hacer un cuadro, pienso realmente mucho, y pienso por mí misma porque es *mi* cuadro, pero no lo hago en palabras, pienso en pinturas.

—Claro —dijo Beto—, y cuando yo estoy en la cancha de fútbol, tengo que pensar cómo correr y pasar la pelota, pero en realidad no pienso en palabras mientras juego. Es como si pensara con todo mi cuerpo.

—Y cuando canto —dijo Julia con su cálida y rica voz—, pienso en todo momento cómo cantar exactamente como corresponde la nota siguiente, pero no pienso en palabras, pienso en música.

—Puede ver, entonces —dijo Lisa, dirigiéndose al director—, que hay una gran diferencia entre pensar y pensar por uno mismo. Pero también hay montones y montones de formas diferentes de pensar, y algunas de ellas implican usar razones, pero otras no; y algunas significan pensar con palabras pero otras no, y algunas implican averiguar lo que se deduce, pero otras no.

—Además —dijo Ari—, algunos de nosotros pensamos con lentitud y otros verdaderamente rápido, como un relámpago. Pero pensar lenta o rápidamente no tiene nada que ver con pensar bien o mal.

Ari hizo una pausa como si hubiera terminado, pero luego agregó:

—Es lograr que tus pensamientos se conecten y estén juntos.

—Y eso es lo que hago cuando escribo un poema —dijo Suki.

El señor Pastorino asintió con la cabeza.

—Veo que todos han pensado sobre el pensar —señaló apaciblemente—. Tengo que darles crédito por haberse arreglado bien con las respuestas cuando los desafié. Pero no lo olviden: ¡yo fui quien los desafió! ¡Yo *los* incité a pensar! No estoy de acuerdo con muchas de sus respuestas, pero al menos concédannos que aquí, en la escuela, hemos montado el escenario para lo que están haciendo.

—Claro que sí, señor Pastorino —dijo Marcos tranquilamente—. Usted sí que nos desafió. ¿Pero lo habría hecho tan bien si nosotros no hubiéramos empezado por nuestra cuenta?

El director no contestó. Simplemente hizo una señal de asentimiento con la cabeza a los alumnos mientras se iba.

EPISODIO 27. *La canción de Kio*

Suki echó una mirada al cuarto de Kio.

—¿Qué pasa, Kio, no podés dormir?

—Estoy bien. Estoy penzando.

Suki entró y se sentó al lado de la cama.

—¿En qué pensás?

—Mi canción.

—¿Qué canción?

—Una que yo me canto.

—¿Te cantás una canción? Nunca te escuché.

—La tadadeo.

—¿Pero cuándo?

—Cuando estoy a dodmid.

—Ah, cuando te vas a dormir. Por eso no la escuché. Debés tararearla muy despacito.

—Tí —sonrió Kio.

—¿Kio?

—¿Mmmm?

—¿De qué es tu canción? Quiero decir, ¿qué dice? ¿Sabés la letra?

—No sé la leta. Lo que sé es que mamá cantaba a mí.

—¡Kio! ¿Te acordás de que te la cantaba?

—Tí.

—¿Cómo era? ¿Me la podés tararear?

Kio asintió con la cabeza y tarareó toda la canción. Cuando terminó, Suki exclamó:

—¡Kio! ¡Es la misma canción que me cantaba a mí! Nunca creí...

Kio la interrumpió:

—¿La zabéz?

—¿Querés decir si sé la letra? —se rió Suki—. Claro. Es bastante linda —y se la cantó. Kio la siguió encantado, dado que las palabras volvían nuevamente a él. Le pidió que la repitieran juntos hasta que estuvo seguro de que sabía bien toda la letra.

Unos minutos después, la puerta se abrió un poco más y entró el señor Tong. Le sonrió a Kio.

—¿Suki te está contando un cuento para dormir? —le preguntó suavemente.

—No —contestó Kio. Luego hizo un lugar en el borde de la cama para que su padre se sentara y dijo—: Zuki y yo que demos cantadte algo.

—Adelante. Los escucho.

Cantaron toda la canción sin un solo error:

El don es ser simple

El don es ser libre

El don es llegar

adonde debemos estar

*Y cuando estemos justo en ese lugar,
Estaremos en el valle del amor y del deleite.*

*Cuando conquistemos la verdadera simpleza,
No nos avergonzarán las reverencias ni los homenajes
Dar vueltas, dar vueltas será nuestro deleite
Hasta que al dar vueltas y vueltas, volvamos a levantarnos.*

El señor Tong los estrechó fuertemente en sus brazos y les dijo que su canción le había gustado mucho. Al mirarle la cara, Suki vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

EPISODIO 28. La señora Tessio encuentra trabajo

—Ah, ma, ¿sabés qué pasó hoy en la escuela?

—No, ¿qué, Lisa?

—Todos los chicos quieren darle al profesor Sáenz un regalo de despedida.

—Eso es lindo. No hables con la boca llena.

—No puede quedarse hasta fin de año. Lo necesitan en su nuevo puesto.

—Comé un poco de brócoli.

—Mamá, sabés que odio el brócoli.

—Bueno, comé un poco de pollo.

—Um, ¿hay algo más para comer?

—Eso es casi todo. ¿Pasa algo?

—No... a lo mejor voy a probar un poco de brócoli.

—Me parece bien. Es bueno para vos. Comé también un poco de arroz. —La madre de Lisa la miró un momento y luego preguntó—: ¿no vas a comer pollo?

—No, ma. Decidí que no voy a comer más. Tendría que habértelo dicho.

—¿Por qué no?

—Bueno, se me ocurrió que si de veras quisiera a los animales, no me los comería. Pero los he comido. Así que...

—Así que no vas a comerlos más.

—¿Está bien para vos? Quiero decir, ¿no te molesta?

—No, si eso es lo que querés, eso es lo que querés.

—Podés hacerme un montón de ensaladas. Y aprenderé a comer verduras... de verdad que lo haré.

—Es curioso, al decir eso me hiciste acordar de algo que pasó hace tanto tiempo.

—¿Qué fue?

—Cuando yo tenía tu edad..., no, miento, era mucho más chica. Bueno, como sea, mi madre siempre me pegaba. Así que un día le dije: "Si me quisieras, no me pegarías". ¿Y sabés qué hizo? —La madre de Lisa se rió al evocar el recuerdo—. Me pegó de nuevo por decirle eso.

En cierto modo, a Lisa le impresionaba que a su madre le pareciera divertido.

—¡Pero tenías razón!

—Claro que la tenía. Pero eso no le importó nada. Se imaginó que tenía buenos motivos para castigarme cuando lo hizo.

—¡Pero no era coherente! ¡Lo que hacés tiene que ser coherente con lo que decís!

—Sí, ya sé. Pero ella no lo creía así. Me pegaba coherentemente y me quería coherentemente. Pero nunca unió las dos cosas. Así era ella.

—Uno no debería lastimar a quien ama.

—Claro que no. No debería lastimar a nadie si puede evitarlo. Lo que trataba de mostrarte era que a lo mejor estaba equivocada cuando le dije "si me quisieras, no me pegarías". Me quería... sé que me quería.

—¿Estás tratando de decirme que puedo querer a los animales y pese a eso comérmelos?

—Lisa, creo que no estoy tratando de decirte nada. Estoy de acuerdo con lo que dijiste hace un momento, que lo que uno hace debería ser coherente con lo que dice. Ni siquiera habría que pensar en que fueran coherentes, uno debería vivir de manera tal que lo fueran. Pero si tiene que haber una excepción, debería haber una buena razón.

Lisa examinó su plato.

—Es igual —dijo—, basta de carne.

—Para mí está bien. Ah, ya que estamos, tengo trabajo.

Lisa la miró incrédula.

—Así es, Lisa. Llamé al odontólogo para pedirle un turno. Y para hacerla corta, no tenía recepcionista, así que le dije que una vez yo hice ese trabajo. Y me contrató a prueba durante dos semanas.

Lisa miró fijamente a su madre, luego saltó de su silla y se arrojó en sus brazos.

—¡Mamá, no lo puedo creer! ¡Lo hiciste así nomás! ¡No lo puedo creer!

—Me imaginé que ibas a estar orgullosa de mí. ¡Eh, dejá de limpiarte la nariz en mi vestido!

—No tengo pañuelo... y *estoy* orgullosa de vos.

—Acá tenés un pañuelo de papel... sonáte la nariz.

Lisa se sonó la nariz y se secó las lágrimas.

—¿No vamos a tener que mudarnos?

—Creo que no, si puedo mantener el trabajo.

—Lo vas a mantener... ¡lo vas a mantener, mamá, vas a ser la mejor recepcionista del mundo! —Lisa miró resuelta a su madre—. Pero ma, con uniforme blanco te vas a ver grandiosa, con tal de que te arregles el pelo.

—¿Qué tiene de malo mi pelo? ¡Así es como le gustaba a tu padre!

—Sí, pero hoy las cosas son diferentes, mamá. Tenés que pensar cómo lucís ante la gente *hoy*. Apuesto que si te lo cortás, vas a parecer diez años más joven.

—¡No te cortes el tuyo!

Lisa echó atrás la cabeza.

—¿Creés que *yo* quiero parecer diez años más joven? ¡Tendría que estar en pañales! —Estrechamente abrazadas, ambas rieron.

Luego la madre dijo:

—Bueno, lo pensaré. Ah, de paso, ¿no dijiste que estaba invitada a la obra escolar la semana que viene?

Lisa estudió cuidadosamente el rostro de su madre.

—Sí, claro que estás invitada. ¿Querés ir conmigo? Va a haber montones de padres y de abuelos.

—Creo que me gustaría —dijo su madre tras una pausa para reflexionar.

—No te estoy forzando. Depende de vos. Después no digas que te hice ir.

Su madre volvió a reír.

—¿Cómo podrías hacerme hacer lo que ya quiero hacer?

EPISODIO 29. *La fiesta sorpresa*

La fiesta sorpresa para el profesor Sáenz se hizo unos días más tarde. Cuando los alumnos empezaron a reunirse en la sala, no pudieron evitar mirar por las ventanas la tormenta que se avecinaba. Algunos dijeron que iba a llover; otros, que iba a caer granizo.

Pronto, trozos de hielo empezaron a golpear las ventanas, seguidos gradualmente por una constante e intensa lluvia. Los alumnos abrieron las ventanas y tomaron algunas piedras. Luego, algunos de los varones comenzaron a meter las piedritas por el cuello a las chicas, y en seguida éstas trataron de hacer lo mismo con ellos. Por último, Sebastián encontró un trapo y un secador, y junto con Luis empezó a secar el agua del piso. Acababan de ordenar el lugar cuando entró el profesor Sáenz. La sala resonó con los gritos de "¡sorpresa! ¡sorpresa!".

El profesor se sobresaltó. Luego esbozó una sonrisa de complicidad y dijo:

—Pero yo también tengo una sorpresa para ustedes. —Saltó al pasillo y volvió unos momentos después con una joven de la mano. La presentó a todos como "Violeta".

—Y tenemos otra sorpresa para ustedes —dijo el señor Sáenz—. Violeta y yo nos casamos mañana.

Hubo más hurras y felicitaciones.

—Profesor —dijo Marcos—, nunca tuvimos la oportunidad de felicitarlo por su ascenso. Nos tuvo preocupados durante unos minutos.

Luego se vio que habían planificado tener las gaseosas listas para cuando el profesor Sáenz entrara, pero éste los

sorprendió al llegar antes de lo esperado. Así que en ese momento hubo una corrida al armario en busca de tazas, gaseosas y la torta que había preparado Malena (con una ayudita de su abuelo). Entretanto, Rodolfo había sacado su grabador y en pocos instantes la clase se sacudía —de hecho, todo el edificio parecía vibrar un poco—. Colocaron las sillas contra la pared y algunos alumnos comenzaron a bailar. Todo el mundo estaba tan ocupado con las gaseosas y la música que sólo Marcos advirtió que el señor Pastorino pasaba, miraba a hurtadillas, sonreía lánguidamente y seguía su camino.

—El profesor Sáenz —dijo Ari— fue grandioso.

—Sí —dijo Marcos—, bueno de veras.

Otros alumnos aportaron sus evaluaciones.

—Realmente auténtico —dijo Malena.

—Buena onda —dijo Rodolfo.

—Agradable —dijo Ana.

—Súper —dijo María.

Lisa estrechó las manos de Violeta y del profesor Sáenz.

—Van a ser muy felices —dijo riendo.

Violeta sonrió.

—Me cuesta imaginar cómo podríamos ser más felices de lo que ya lo somos.

Marcos y Flo eran los bailarines más consumados de la clase, y todo el mundo admiraba lo sencilla y sin esfuerzos que parecía la danza para ellos. Malena, en contraste, simplemente saltaba arriba y abajo con toda energía, pero estaba resuelta a conseguir que Ari bailara con ella, y no mucho después él hacía algunos esfuerzos bastante torpes para seguirle el paso.

Al principio, Lisa no pudo decidirse a participar. Cuando se lo preguntaban, simplemente negaba con la cabeza, a la vez que decía para sí: "No sé bailar". La frase tamborileaba en su mente con más intensidad que la música. Repentinamente, Marcos dio unas vueltas frente a ella y extendió el brazo, y Lisa se dejó llevar en medio de los bailarines. Su torpeza quedó en el olvido. Todo parecía fácil y natural; el

ritmo de la música se convertía en el pulso de su movimiento.

Un pensamiento cruzó su mente:

—Dije que creer en algo podía hacer que se hiciera realidad. Pero no creí que pudiera bailar. ¡Y de todos modos se hizo realidad!

Con el rabillo del ojo, Lisa pudo ver a Violeta dando vueltas graciosamente alrededor del profesor Sáenz. Luego dirigió su atención a Marcos.

—Parece un poco irreal, ¿no? —le dijo éste.

—No —contestó ella—. Todo es real. Todo.

Colección Filosofía para Niños

Ann M. Sharp y Laurance Splitter, *La otra educación. Filosofía para Niños y la comunidad de indagación*

Stella Accorinti, *Introducción a Filosofía para Niños*

Stella Accorinti, *Trabajando en el aula. La práctica de Filosofía para Niños*

Stella Accorinti, *Lis. Un relato de Filosofía para Niños (5-6 años)*

Stella Accorinti, *Maravillándome con mi experiencia. Libro de apoyo para acompañar a Lis*

Ronald Reed, *Rebeca (6-8 años)*

Ronald Reed, *Libro de apoyo para el docente para acompañar a Rebeca*

Philip Cam, *Historias para pensar 1. Indagación en formación ética y social (9-13 años)*

Philip Cam, *Historias para pensar 1. Indagación en formación ética y social. Libro de apoyo para el docente*

Matthew Lipman, *Suki (11-15 años)*

Matthew Lipman, *La escritura: cómo y por qué. Libro de apoyo para el docente para acompañar a Suki*

Matthew Lipman, *Lisa (12-18 años)*

Stella Accorinti, *La Ciudad Dorada. Un relato de Filosofía para Adolescentes y Adultos*

Stella Accorinti, *Caminando hacia mis supuestos. Libro de apoyo para acompañar a La Ciudad Dorada*

Colección Biblioteca del Docente

John Barrel, *El aprendizaje basado en problemas.*
Un enfoque investigativo

Thomas E. Rowan y Barbara Bourne,
Pensando como matemáticos. La enseñanza de la matemática
de preescolar a 4to EGB

Thomas Amstrong, *Las inteligencias múltiples en el aula*

Nora E. Elichirry (compiladora), *Aprendizaje de niños*
y maestros. Hacia la construcción del sujeto educativo

Nora E. Elichirry (compiladora), *Aprendizajes escolares.*
Desarrollos en psicología educacional

Noemí Aizencang, *Jugar, aprender, enseñar. Relaciones*
que potencian los aprendizajes escolares

Martina López Casanova y Adriana Fernández,
Enseñar literatura.
Fundamentos teóricos. Propuesta didáctica

(12-18 años)

Lisa es un texto de Filosofía para Niños escrito para jóvenes de doce a dieciocho años en el cual los protagonistas y los lectores exploran cuestiones de ética y formación ciudadana. A lo largo de sus secciones nos vemos confrontados con las inmemoriales preguntas de la filosofía que comúnmente conocemos como ética: ¿cómo debemos vivir?; ¿pueden los fines justificar los medios?; ¿pueden ser malas las leyes?; ¿qué es justo y qué es la justicia? Se tocan en diversos momentos los siguientes temas: las reglas y la libertad, los derechos de los alumnos, los modales y la cultura, los hechos y los valores, la lealtad y la reciprocidad, la muerte, diferencias de contexto y diferencias morales, la consistencia ética y la identidad propia.

A lo largo de la lectura los alumnos exploran una amplia gama de cuestiones éticas y sociales, partiendo siempre de la investigación y de la experiencia de los personajes, que son niños y jóvenes como los alumnos a los que se dirige FpN.

Matthew Lipman, filósofo estadounidense, es el creador del programa Filosofía para Niños. Lleva más de treinta años desarrollando la teoría y los materiales que sustentan el programa en más de veinte países en todos los continentes.

